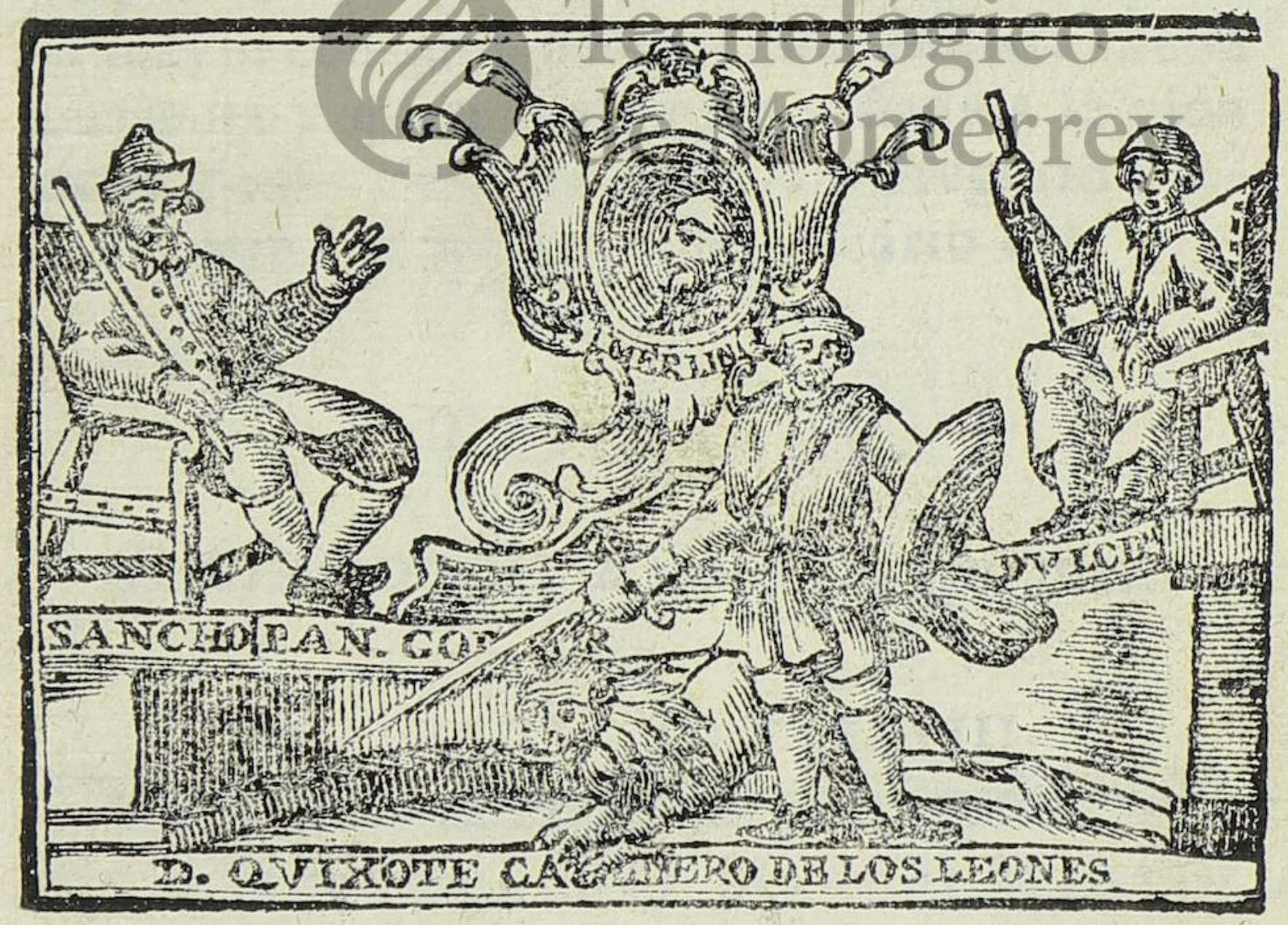
Tecnológico
de Monterrey

Tecnológico
de Monterrey

Tecnológico
de Monterrey

Tecnológico
de Monterrey

VIDA Y HECHOS
DEL INGENIOSO
CABALLERO
DON QUIJOTE
DE LA MANCHA.



TOMO IV.

VIDA Y HECHOS

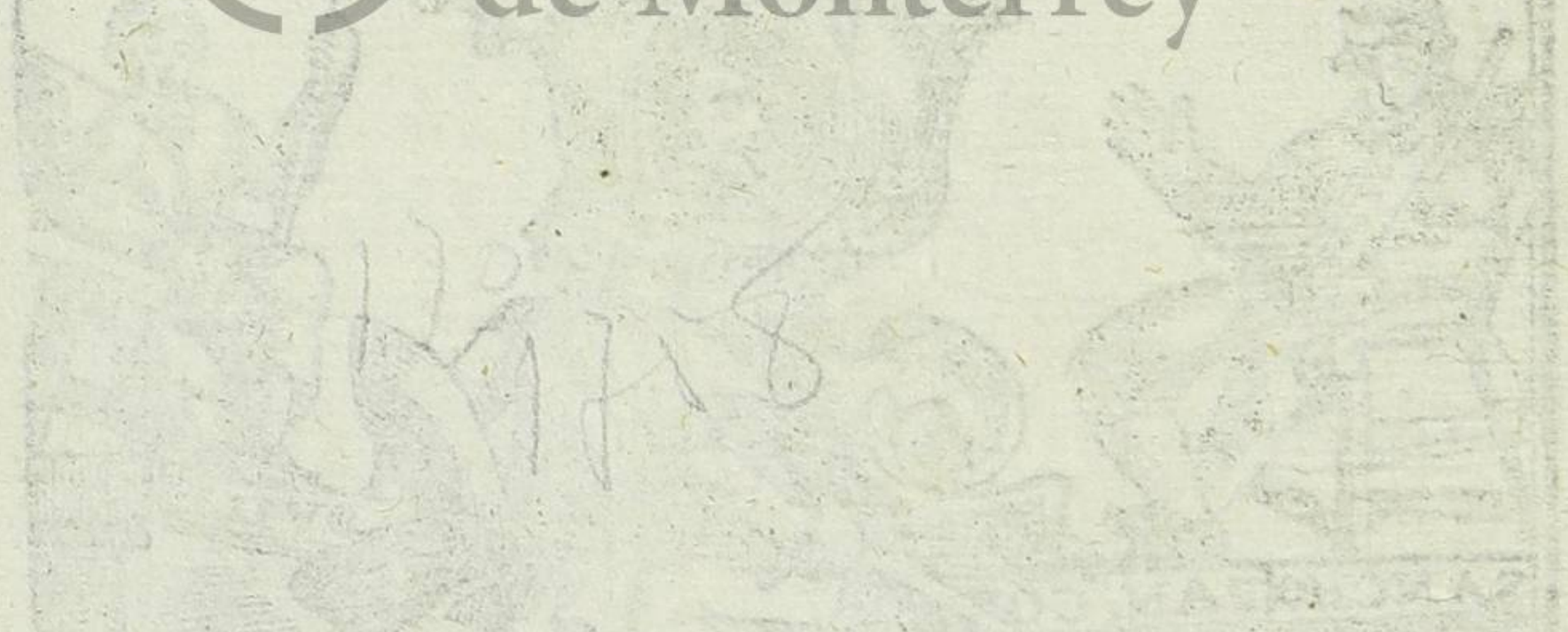
DEL INGENIOSO

CABALLERO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

Tecnológico de Monterrey



TOMO IV.

VIDA Y HECHOS

DEL INGENIOSO CABALLERO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

COMPUESTA

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION:

Repartida en quatro Tomos en octavo para la mayor comodidad: corregida é ilustrada con quarenta y quatro estampas: añadida la vida de su Autor, escrita por Don Gregorio Mayans y Siscar, Bibliotecario del Rey N. S.

TOMO IV.

DEDICADO AL MISMO D. QUIJOTE.

MADRID: MDCCLXXVIII.

En la IMPRENTA de D. MANUEL MARTIN, calle de la CRUZ, donde se hallará.

Con las licencias necesarias.

CP.
863.3
C497
v.4
1777-78

VIDA Y HECHOS

DEL INGENIOSO CABALLERO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

COMPUESTA

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION:

Repartida en quatro Tomos en octavo para la mayor comodidad de llevarla con quatrocientas y cincuenta estampas de su Autor, escrita por Don Gregorio Mayans y Siscar, Bibliotecario del Rey N. S.

TOMO IV.

DEDICADO AL MISMO D. QUIJOTE.

MADRID: MDCCLXXVIII.

En la Imprenta de D. Manuel Martin, calle de la Cruz, donde se halla.

Con las licencias necesarias.

Tecnológico de Monterrey

VIDA Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA.
PARTE SEGUNDA.

CAPITULO. XLI.

De la venida del Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura.

LLegó en esto la noche y con ella el punto determinado en que el famoso caballo

Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á Don Quijote, pareciendole que pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era el Caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla; pero veis aqui quando á deshora entraron por el jardin quatro salvages vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera: pusiéronle de pies en el suelo, y uno de los salvages dijo: Suba sobre esta maquina el que tuviere animo para ello. Aqui, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo animo, ni soy Caballero; y el salvage prosiguió diciendo: Y ocupe las ancas el Escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay mas que torcer esa clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los ayres adonde los aliente Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viage. Esto dicho, dejando á Clavileño con gentil continente, se volvieron por donde habian venido. La Dolorida asi como vió al caballo, casi con lagrimas dijo á Don Quijote: Valeroso Caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras bar-

barbas crecen, cada una de nosotras y con cada pelo de ellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas sino en que subas en él con tu Escudero, y dés felice principio á vuestro nuevo viage. Eso haré, Señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar coxin, ni calzarme espuelas por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, Señora, y á todas estas dueñas rasas y mondadas. Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo, ni de buen talante en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi Señor otro Escudero que le acompañe, y estas Señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los ayres. Y qué dirán mis Insulanos quando sepan que su Gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa mas, que habiendo tres mil y tantas leguas de aqui á Candaya, si el Caballo se cansa, ò el Gigante se enoja, tardarémos en dar vuelta media docena de años, y ya ni habrá Insula ni Insulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comunmente, que en la tardanza va el peligro, y que quando te dieren la baquilla, acudas con la sogilla, perdonenme las barbas de estas Señoras; que bien se está San Pedro en Roma; quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced

se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero, como es verme Gobernador. A lo que el Duque dijo : Sancho amigo, la Insula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva, raices tiene tan hondas echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones : y pues vos sabeis que se yo que no hay ningun genero de oficio de estos de mayor quantia, que no se grangee con alguna suerte de cohecho, qual mas, qual menos, el que yo quiero llevar por este Gobierno es, que vais con vuestro Señor Don Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura, que ahora volvais sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ahora la contraria fortuna os traiga y vuelva á pie hecho romero, de Meson en Meson, y de Venta en Venta, siempre que volvieredes hallareis vuestra Insula donde la dejeis, y á vuestros Insulanos con el mismo deseo de recibiros por su Gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma: y no pongais duda en esta verdad, Señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo. No mas, Señor, dijo Sancho, yo soy un pobre Escudero, y no puedo llevar acuestas tantas cortesías; suba mi Amo, tapenme estos ojos, y encomiendenme à Dios, y avisenme si quando vamos por esas altanerias podré encomendarme á nuestro Señor, ó invocar los Angeles que me favo-

vorezcan. A lo que respondió Trifaldi: San-
cho, bien podeis encomendaros á Dios, ó á
quien quisieredes, que Malambruno aunque es
encantador es Christiano, y hace sus encanta-
mientos con mucha sagacidad y con mucho
tiento sin meterse con nadie. Ea, pues, dijo
Sancho, Dios me ayude y la Santisima Trini-
dad de Gaeta. Desde la memorable aventura
de los Batanes, dijo D. Quijote, nunca he visto
á Sancho con tanto temor como ahora: si yo
fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad
me hiciera algunas cosquillas en el animo; pero
llegaos aqui, Sancho, que con licencia de esos
señores os quiero hablar á parte dos palabras; y
apartando á Sancho entre unos arboles del jar-
din, y asiendole ambas manos, le dijo: Ya ves,
Sancho hermano, el largo viage que nos espe-
ra, y que sabe Dios quando volverémos de él,
ni la comodidad y espacio que nos darán los
negocios; y asi querria que ahora te retirases en
tu aposento, como que vas á buscar alguna co-
sa necesaria para el camino, y en un daca las
pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y
trescientos azotes á que estás obligado, siquie-
ra quinientos, que dados te los tendrás, que
el comenzar las cosas es tenerlas medio aca-
badas. Par Dios, dijo Sancho, que vuestra
merced debe de ser menguado; esto es como
aquello que dicen, en priesa me ves, y don-
celléz me demanda; ahora que tengo de ir sen-
ta-

tado en una tabla rasa, quiere vuestra merced que me lastime las posas ? En verdad , en verdad que no tiene vuestra merced razon : vamos ahora á reparar esas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á vuestra merced , como quien soy , de darme tanta priesa á salir de mi obligacion, que vuestra merced se contente ; y no le digo mas. Y D. Quijote respondió: Pues con esa promesa, buen Sancho , voy consolado , y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre veridico. No soy verde , sino moreno , dijo Sancho: pero aunque fuera de mezcla cumpliera mi palabra : y con esto se volvieron á subir en Clavileño ; y al subir dijo D. Quijote: Tapaos, Sancho , y subid , que quien de tan lueñas tierras envia por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien de él se fia : y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino , la gloria de haber emprehendido esta hazaña no la podrá obscurecer malicia alguna. Vamos, Señor, dijo Sancho, que las barbas y lagrimas de estas Señoras las rengo clavadas en el corazon , y no comeré bocado que bien me sepa , hasta verlas en su primera lisura. Suba vuestra merced, y tapese primero, que si tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla. Asi es la verdad , replicò Don Quijote ; y sacando un pañuelo de la faltriquera , pidiò á

la

la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiendoselos cubierto, se volvió á descubrir, y dijo: Si mal no me acuerdo, yo he leido en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fue un caballo de madera que los Griegos presentaron á la Diosa Palas, el qual iba preñado de Caballeros armados, que despues fueron la total ruina de Troya; y asi será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estomago. No hay para qué, dijo la Dolorida, que yo le fio, y se que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traydor: vuestra merced, Señor D. Quijote, suba sin pavor alguno, y á mi daño, si alguno le sucediere. Parecióle á Don Quijote que qualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad, sería poner en detrimento su valentia; y asi, sin mas altercar subió sobre Clavileño, y le tentó lo clavija que facilmente se rodeaba; y como no tenia estrivos y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco, pintada ó tegida en algun Romano triunfo. De mal talante, y poco á poco llegò á subir Sancho, y acomodandose lo mejor que pudo en las ancas las halló algo duras y no nada blandas; y pidió al Duque, que si fuese posible le acomodasen de algun cogin, ú de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su Señora la Duquesa, ú del lecho de algun page, porque las ancas de aquel caballo mas parecian de marmol, que de leño.

A esto dijo la Trifaldi, que ningun jaez ni ningun genero de adorno sufria sobre sí Clavileño, que lo que podia hacer era ponerse á mugeriegas, y que asi no sentiria tanto la dureza. Hizolo asi Sancho, y diciendo: A Dios, se dejó vendar los ojos, y ya despues de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin, tiernamente y con lagrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos Pater nostes, y sendas Ave Marias, porque Dios deparase quien por ellos los dijese, quando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo Don Quijote: Ladron, estás puesto en la horca por ventura, ò en el ultimo termino de la vida, para usar de semejantes plegarias? No estás, desalmada y cobarde criatura en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del qual descendió, no á la sepultura, sino á ser Reyna de Francia, si no mienten las historias? Yo que voy á tu lado, no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimiò este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cubrete, cubrete, animal descorazonado, y no te salga à la boca el temor que tienes, á lo menos en presencia mia. Tampenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios, ni que sea encomendado, qué mucho que tema no ande por aqui alguna legion de diablos, que den con nosotros en Peralvillo? Cubrieronse, y sintiendo D. Quijo-

jote que estaba como habia de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella, quando todas las dueñas y quantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo: Dios te guie, valeroso Caballero, Dios sea contigo, Escudero intrépido; ya, ya vais por esos ayres, rompiendolos con mas velocidad que una saeta; ya comenzais á suspender y admirar á quantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no te caygas, que sera peor tu caida que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretandose con su Amo, y ciñendole con los brazos, le dijo: Señor, cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aqui hablando junto á nosotros? No reparas en eso Sancho, que como estas cosas y estas volaterias van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no se de que te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los dias de mi vida he subido en cabalgadura de paso mas llano; no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Asi es verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan re-

reció, que parece que con mil fuelles me están soplando; y asi era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo ayre. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque, la Duquesa y su Mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintiendose, pues, soplar D. Quijote, dijo: Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del ayre, adonde se engendra el granizo, las nieves, los truenos, los relampagos, y los rayos se engendran en la tercera region; y asi es que de esta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego, y no sé yo còmo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasémos. En esto, con unas estopas, ligeras de encenderse y apagarse, desde lejos, pendientes de una caña les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo: Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego, ó bien cerca; porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado; y estoy, Señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos. No hagas tal, respondió D. Quijote, y acuerdate del verdadero cuento del Licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el ayre, caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la Ciudad, y vió todo el fracaso, asalto y muerte de Borbon,

y

y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que habia visto; el qual asimismo dijo que quando iba por el ayre le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca á su parecer del cuerpo de la Luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse: asi que, Sancho, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas, y subiendo en alto, para dejarnos caer de una sobre el Reyno de Candaya, como hace el sacre ò neblí sobre la Garza para cogerla por mas que se remonte; y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardin, creeme que debemos de haber hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho Panza, solo sé decir, que si la Señora Magallanes ó Magalona se contentó de estas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas platicas de los dos valientes, oian el Duque y la Duquesa y los del jardin, de que recibian extraordinario contento; queriendo dar remate á la estraña y bien fabricada aventura, por la cola del Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los ayres con estraño ruido, y dió con D. Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya

ya se habia desaparecido del jardin todo el barbado esquadron de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardin quedaron como desmayados tendidos por el suelo. D. Quijote y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando á todas partes quedaron atonitos de verse en el mismo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto numero de gente; y creció mas su admiracion quando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente de ella y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el qual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

El inclito Caballero Don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida y compañia, con solo intentarla.

Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los Reyes D. Clavijo y Antonomasia en su pristino estado; y quando se cumpliere el escuderil vapulo, la blanca paloma se verá libre de los pestiferos girifaltes que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador, que asi está ordenado por el sabio Merlin, protoencantador de los encantadores.

Habiendo, pues, Don Quijote leido las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinéa hablaban; y dando mu-

muchas gracias al Cielo de que con tanto poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada téz los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecian, se fue adonde el Duque y la Duquesa aun no habian vuelto en si, y trabando de la mano al Duque, le dijo: Ea, buen Señor, buen animo, buen animo, que todo es nada, la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto. El Duque, poco á poco y como quien de un pesado sueño recuerda, fue volviendo en si, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podian dar á entender haberles acontecido de veras lo que tambien sabian fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fue á abrazar á D. Quijote, diciendole ser el mas buen Caballero que en ningun siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su gallarda disposicion prometida, pero dijeronle, que asi como Clavileño bajó ardiendo por los ayres, y dió en el suelo, todo el esquadron de las dueñas con la Trifaldi habia desparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones. Pregunto la Duquesa á Sancho, qué cómo le habia ido

en aquel largo viage? A lo qual respondió Sancho: Yo, señora, sentí que ibamos, segun mi señor mio dijo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo (á quien pedí licencia para descubrirme) no lo consintió; mas yo, que tengo no sé qué de briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorva y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto á las narices aparté tanto quanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por alli miré ácia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea quan altos debiamos de ir entonces. A esto dijo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decís, que á lo que parece vos no visteis la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro, que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo habia de cubrir la tierra. Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso la descubrí por un ládito y la vi toda. Mirad, Sancho, dijo la Duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira. Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, solo sé que será bien que vuestra Señoria entienda que pues volamos por encantamiento por encantamiento podia yo ver toda la tierra y todos los hom-

hombres por do quiera que los miraba ; y si esto no se me cree , tampoco creerá vuestra merced como descubriendome por junto á las cejas me vi tan junto al cielo , que no habia de m á él palmo y medio ; y por lo que puedo jurar, Señora mia , que es muy grande además , y sucedio que ibamos por parte donde estan las siete cabrillas ; y en Dios y en mi anima, que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo , que asi como las vi me dió una gana de entretenerme con ellas un rato , y si no lo cumpliera me parece que rebentara. Vengo , pues , y tomo , qué hago , sin decir nada á nadie ni á mi señor tampoco , bonita y pasitamente me apeé de Clavileño y me entretuve con las cabrillas , que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres quartos de hora , y el Clavileño se movió de un lugar y pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras , preguntó el Duque , en qué se entretenia el Señor D. Quijote ? A lo que D. Quijote respondió : Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural , no es mucho que Sancho diga lo que dice : de mi sé decir que ni me descubri por alto ni por bajo , ni vi el cielo , ni la tierra , ni la mar , ni las arenas. Bien es verdad que senti que pasaba por la region del ayre , y que aun tocaba á la del fuego ; pero que pasasemos de alli no lo pue-

do creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la ultima region del ayre, no podiamos llegar al cielo donde estan las siete cabrillas que Sancho dice, sin abrasarnos, y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento ni sueño, respondió Sancho, si no preguntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ò no. Digalas, pues, Sancho, dijo la Duquesa. Son respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esa, dijo el Duque, y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores. Bien claro está eso, dijo Sancho, si que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo. Decidme, Sancho, pregunto el Duque, visteis allá entre esas cabras algun cabron? No señor, respondió Sancho, pero ohi decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. No quisieron preguntarle mas de su viage, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de quanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion, este fue el fin de la aventura de la dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos, si los viviera. Y llegandose D. Quijote á Sancho

al

al oido, le dijo: Sancho, pues vos quereis que seos crea lo que habeis visto en el Cielo, yo quiero que vos me creais á mi lo que vi en la cueba de Montesinos; y no os digo mas.

CAPITULO XLII.

De los consejos que dió D. Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la Insula, con otras cosas bien considerables.

CON el felice, y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida, quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sugeto que tenian para que se tuviesen por veras; y asi, habiendo dado la traza y ordenes que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el Gobierno de la Insula prometida, otro dia, que fue el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque á Sancho, que se aliñase y compusiese para ir á ser Gobernador, que ya sus Insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humillo, y le dijo: Despues que bajé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la vi tan pequeña, se templó en parte en mi la gana que renia tan grande de ser Gobernador; porque qué grandeza es mandar en un grano de mostaza? ó qué Dignidad

ó Imperio el gobernar á media docena de hombres tan tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia mas en toda la tierra? Si vuestra Señoria fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque fuese mas de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor Insula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña, que á solo Dios estan reservadas esas mercedes y gracias. Lo que puedo dar os doy, que es una Insula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada y sobre manera fertil y abundosa, donde si vos os sabeis dar maña podeis con las riquezas de la tierra grangear las del Cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esa Insula, que yo pugnaré por ser tal Gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al Cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser Gobernador. Si una vez lo probais, Sancho, dijo el Duque comeros heis las manos tras el Gobierno, por ser dulcisima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro, que quando vuestro dueño llegue á ser Emperador, que lo será sin duda, (segun van encaminadas sus cosas) que no se lo arranquen como quiera, y que duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hu-

hubiere dejado de serlo. Señor, replicó San-
cho Panza, yo imagino que es bueno mandar,
aunque sea un hato de ganado. Con vos me
entierren, Sancho Panza, que sabeis de todo,
respondió el Duque; y yo espero que seréis
tal Gobernador como vuestro juicio promete,
y quedese esto aqui; y advertid que mañana
en ese mismo dia habeis de ir al Gobierno de
la Insula, y esta tarde os acomodarán del tra-
ge conveniente que habeis de llevar, y de to-
das las cosas necesarias á vuestra partida. Vis-
tanme, dijo Sancho, como quisieren, que de
qualquiera manera que vaya vestido seré San-
cho Panza. Asi es verdad, dijo el Duque;
pero los trages se han de acomodar con el ofi-
cio ò dignidad que se profesa, que no seria
bien que un Jurisperito se vistiese como Solda-
do, ni un Soldado como un Sacerdote. Vos,
Sancho, ireis vestido parte de Letrado, y par-
te de Capitan; porque en la Insula que os doy,
tanto son menester las armas como las Letras,
y las Letras como las Armas. Letras, respon-
dió Sancho, pocas tengo; porque aun no sé el
A, B, C; pero bastame tener el Christus en
la memoria para ser buen Gobernador. De las
Armas manejaré las que me dieren hasta caer,
y Dios delante. Con tan buena memoria, dijo
el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En
esto llegó D. Quijote, y sabiendo lo que pasa-
ba, y la celeridad con que Sancho se habia de

partir á su Gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fue con él á su estancia, con intencion de aconsejarle como se habia de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sì la puerta y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

Infinitas gracias doy al Cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á ti á recibir y á encontrar la buena ventura: yo que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tu antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber como ni como no se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aqui encaja y entra bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tu, que para mi sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la Andante Caballeria, sin mas ni mas te ves Gobernador de una Insula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ó Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que deis gracias

cias al Cielo que dispone suavemente las cosas, y despues la darás á la grandeza que en sí encierra la profesion de la Caballeria Andante. Dispuesto, pues, el corazon á creer lo que te he dicho, está, ó hijo, atento á este Caton que quiere aconsejarte y ser norte y guia que te encamine y saque á seguro puerto de este mar proceloso donde vas á engolfarte, que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ó hijo, has de temer á Dios; porque en el temerle está la sabiduria, y siendo sabio, no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á ti mismo, que es el mas dificil conocimiento que puede imaginarse: del conocerte saldrá el no hincharte como rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrás á ser feos pies de la rueda de tu locura con la consideracion de haber guardado puercos en tierra. Asi es la verdad, respondió Sancho, pero fue quando mucha-cho; y despues algo hombrecillo gansos fu eron los que guardé, que no puercos; pero esto parece me á mi que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de Reyes. Asi es verdad, replicó D. Quijote, por lo qual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia,

los

los libre de la murmuracion maliciosa de que no haya estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te desprecies de decir que vienes de Labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte: y preciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Inumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos, han subido á la suma Dignidad Pontificia, é Imperatoria; y de esta verdad te pudiera traer tantos exemplos que te cansaran.

Mira, Sancho, si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que los tienen Principes y Señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto asi como lo es, que si acaso viniere á verte quando estés en tu Insula alguno de tus parientes, no le deseches ni afrentes, antes le has de coger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al Cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes a la naturaleza bien concertada.

Si trajeres á tu muger contigo (porque no es bien que los que asisten á Gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias) enseñala, doctrinala y debastala de su natural rudeza; porque to-

todo lo que suele adquirir un Gobernador discreto, suele perder y derramar una muger rustica y tonta.

Si acaso enviudares, (cosa que puede suceder) y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que todo aquello que la muger del Juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el quarto tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti mas compasion las lagrimas del pobre; pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dadivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Quando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delinquente, que no es mejor la fama del Juez rigoroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dadiva, sino con el de la misericordia.

Quando te sucediere juzgar algun pleyto de al-

algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlo en la verdad del caso.

No te ciegue la pasion propia en la causa agena, que los yerros que en ella hicieres las mas veces serán sin remedio; y si le tuvieren será acosta de tu credito y aun de tu hacienda.

Si alguna muger hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lagrimas, y tus oidos de sus gemidos, y considera despacio la substancia de lo que pide, sino quieres que se anegue tu corazon en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdiccion, considera el hombre miserable sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra; y en todo quanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muestratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, titulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplacito de

de las gentes, y en los ultimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en la vejéz suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros nietezuelos. Esto que hasta aqui te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPITULO XLIII.

De los consejos segundos que dió D. Quijote á Sancho Panza.

QUien oyera el pasado razonamiento de D. Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero como muchas veces en el progreso de esta grande Historia queda dicho, solamente disparataba en tocandole en la Caballeria, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera, que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta de estos segundos documentos que dió á Sancho, mostró tener gran donayre y puso su discrecion y su locura en un levantado punto. Atentisimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y salir por ellos á buen parto de la preñez de su Gobierno.

Pro-

Prosiguió, pues, D. Quijote, y dijo:

En lo que toca á como has de gobernár tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es, que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel escremento y añadidura que se dejan de cortar fuese una, siendo antes garras de cernicalo lagartigero; puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de animo desmalazado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarroneria, y como se juzgó en la de Julio Cesar.

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio; y si sufriere que des librea á tus criados, dasela honesta y provechosa, mas que vistosa y bizarra, y repartela entre tus criados y los pobres; quiero decir, que si has de vestir seis pages, viste tres y otros tres pobres, y asi tendrás pages para el Cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no la alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villaneria: anda despacio y habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas á ti mismo, que toda afectacion es mala.

Co-

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estomago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo, dijo Sancho, y D. Quijote le dijo: Erutar, Sancho, quiere decir regoldar; y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua Castellana, aunque es muy significativo; y asi la gente curiosa se ha acogido al Latin, y al regoldar dice erutar, y á los regueldos erutaciones, y quando algunos no entiendan estos terminos, importa poco, que el uso los iria introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entienden; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vuelgo y el uso. En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo D. Quijote. Erutar diré de aqui adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus platicas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces las traes tan por los cabellos, que mas parecen disparates que sentencias.

cias. Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé mas refranes que un libro, y vienenseme tantos juntos en la boca quando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo; mas yo tendré cuenta de aqui adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener seso ha menester. Eso si, Sancho, dijo D. Quijote, encaja, ensarta y enhila refranes, que nadie te va á la mano: castigame mi madre, y yo trompegelas; estoyte diciendo que escuses refranes, y en un instante has echado aqui una letanía de ellos, que asi quadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refran traido aproposito; pero cargar y ensartar refranes á troche moche, hace la platica desmayada y baja.

Quando subieres acaballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo; ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el rucio, que el andar á caballo à unos hace Caballeros, y á otros caballerizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el Sol no goza del dia; y advierte, ó San-

Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamás llegó al termino que pide un buen deseo.

Este ultimo consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo, que no te será de menos provecho que los que hasta aqui te he dado, y es:

Que jamás te pongas á disputar de linages, á lo menos comparandolos entre si, pues por fuerza en los que se comparan uno ha de ser el mejor; y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco mas largo, greguescos, ni por pienso, que no les está bien á los Caballeros ni á los Gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido que aconsejarte, andará el tiempo, y segun las ocasiones, asi serán mis documentos, como tu tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor, respondió Sancho, bien veo que todo quanto v. m. me ha dicho son cosas buenas, santas, y provechosas; pero de que han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas, y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magin; pero esotros vadulaques y enredos y revoltillos, no se me acuer-

da ni acordará mas de ellos que de las nubes de antaño, y será menesrer que se me den por escrito; que puesto que no se leer ni escribir, yo se los daré à mi confesor para que me los encaje y recapacite quando fuere menester. Ah pecador de mi, respondió D. Quijote, y qué mal parece en los Gobernares el no saber leer ni escribir! porque has de saber, ó Sancho, que no saber un hombre leer; ó ser zurdo, arguye una de dos cosas, ó que fue hijo de padres demasiado de humildes, y bajos, ó él tan travieso y malo, que no pudo entrar en el buen uso ni en la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y asi querria que aprendieses á firmar siquiera Bien se firmar mi nombre, respondió Sancho, que quando fui prioste en mi lugar aprendi á hacer unas letras como de marca de fardo, que decian mi nombre; quanto mas, que fingiré que tengo tollida la mano derecha; y haré que firme otro por mi, que para todo hay remedio, sino es para la muerte, y teniendo yo el mando y el palo, haré lo que quisiere; quanto mas, que el que tiene el padre Alcalde, y siendo yo Gobernador, que es mas que ser Alcalde, llegaos que la dejan ver, no sino ponen y calonenme, que vendran por lana; y volverán trasquilados; y á quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necedades del rico, por sentencias pasan

en el mundo; y siendolo yo, siendo Gobernador y juntamente liberal, como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca. No sino haceros de miel, y paparos han moscas; tanto vale, quanto tienes, decia una mi aguela; y del hombre arraygado no te verás vengado. O maldito seas de Dios, Sancho, dijo á esta sazon D. Quijote, sesenta mil satanases te lleven á ti y á tus refranes, una hora ha que los estás ensartando, y dandome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un dia á la horca, por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades. Dime donde los hallas, ignorante? O cómo los aplicas, mentecato? Que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cabase-Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho; que v. m. se queja de bien pocas cosas. A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo ni otro caudal alguno, sino refranes y mas refranes; y ahora se me ofrecen quarro que venian aquí pintiparados ò como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho. Ese Sancho no eres tu, dijo D. Quijote, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso querria saber, qué quatro refranes te ocurrian ahora á la memoria, que venia aqui á proposito? qué

yo ando recorriendo la mia que la tengo buena y ninguno se me ofrece? Que mejores, dijo Sancho, que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares? Y á idos de mi casa y qué quereis con mi muger, no hay responder. Y si da el cantaro en la piedra ó la piedra en el cantaro, mal para el cantaro: todos los quales vienen á pelo. Que nadie se tome con su Gobernador, ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, (y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa) y á lo que dijere el Gobernador no hay que replicar, como al salios de mi casa, y que quereis con mi muger: pues lo de la piedra en el cantaro, un ciego lo verá. Asi que, es menester que el que ve la mota en el ojo ageno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: Espantóse la muerta de la degollada; y v. m. sabe bien, que mas sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la agena. Eso no, Sancho respondió D. Quijote, que el necio en su casa, ni en la agena sabe nada, á causa que sobre el aumento de la necedad no asienta ningun discreto edificio; y dejemos esto aqui, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mia la verguenza: mas consuelome que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras y con la discrecion á mi posible; con esto salgo de mi obligacion y de mi promesa:

sa: Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu Gobierno, y á mi me saque del escrupulo que me queda, que has de dar con toda la Insula patas arriba: cosa que pudiera yo escusar con descubrir al Duque quien eres; diciendole que toda esa gordura y esa personilla que tienes, no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias. Señor, replicó Sancho, si á v. m. le parece que no soy de pro para este Gobierno, desde aqui le suelto, que mas quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo, y asi me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como Gobernador con perdices y capones, y mas, que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos, y si v. m. mira en ello, verá que solo v. m. me ha puesto esto de gobernar, que yo no sé mas de gobiernos de Insulas que un buytre: y si se imagina que por ser Gobernador me ha de llevar el diablo, mas me quiero ir Sancho al Cielo, que Gobernador al infierno. Por Dios, Sancho, dijo D. Quijote, que por solas estas ultimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser Gebernador de mil Insulas: buen natural tienes sin el qual no hay ciencia que valga: encomiendate á Dios, y procura no errar en la primera intencion; quiero decir, que siempre tengas intento y firme proposito de acertar en quantos negocios te ocurriesen, porque siempre fa-

vorece el Cielo los buenos deseos ; y vamonos á comer , que creo que ya estos Señores nos aguardan.

CAPITULO XLIV.

Como Sancho Panza fue llevado al Gobierno, y de la estraña aventura que en el Castillo sucedió à Don Quijote.

DIcen , que en el proprio original de esta historia se lee , que llegando Cide Hamete á escribir este capitulo , no le tradujo su interprete como él le habia escrito , que fue un modo de queja que tuvo el Moro de si mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de D. Quijote ; por parecerle que siempre habia de hablar de él y de Sancho , sin osar estenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entendidos ; y decia que el ir siempre atenido el entendimiento , la mano y la pluma á escribir de un solo sujeto , y hablar por las bocas de pocas personas , era un trabajo incomportable , cuyo fruto no redundaba en el de su Autor ; y que por huir de este inconveniente habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas , como fueron las del Curioso Impertinente , y la del Capitan Cautivo , que es-

estar como separadas de la historia, puesto que las demás que alli se cuentan son casos sucedidos al mismo D. Quijote, que no podian dejar de escribirse. Tambien penso, como él dice, que muchos, llevados de la atencion que piden las hazañas de D. Quijote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas, ó con priesa, ò con enfado, sin advertir la gala y artificio que en si contienen; el qual se mostrará bien al descubierto, quando por si solas, sin arrimarse á las locuras de D. Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz; y asi en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos limites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir; y luego prosigue la historia diciendo: Que en acabando de comer D. Quijote el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado quando se le cayeron y vinieron à manos del Duque, que los comunicò con la Duquesa, y los dos

se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de D. Quijote ; y asi, llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él habia de ser Insula. Acaeció, pues, que el que le llevaba á cargo era un Mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso, (que no puede haber gracia donde no hay discrecion) el qual habia hecho la persona de la Condesa Trifaldi, con el donayre que queda referido; y con esto y con ir industriado de sus señores de cómo se habian de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo, pues, que acaeció que asi como Sancho vió al tal Mayordomo, se le figuró en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y volviendose á su Señor le dijo: Señor, ò á mi me ha de llevar el diablo de aqui de donde estoy en justo y en creyente, ó v. m. me ha de confesar que el rostro de este Mayordomo del Duque, que aqui está, es el mesmo de la Dolorida. Miró D. Quijote atentamente al Mayordomo, y habiendole mirado dijo á Sancho: No hay para que te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente, (que no se lo que quieres decir) que el rostro de la Dolorida es el del Mayordomo; pero no por eso el Mayordomo es la Dolorida, que à serlo implicaria contradicion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intrincados laberintos; creeme,

ami-

amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras, que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores. No es burla, Señor, replicó Sancho, sino que denantes le oi hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré, pero no dejaré de andar advertido de aqui adelante, á ver si descubre otra señal que confirme ó deshaga mi sospecha. Asi lo has de hacer, Sancho, dijo D. Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el Gobierno te sucediere. Salió, en fin, Sancho, acompañado de mucha gente, vestido á lo Letrado, y encima un gavan muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la gineta, y detrás de él, por orden del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes; volvia Sancho la cabeza de quando en quando á mirar á su asno, con cuya compañia iba tan contento, que no se trocara con el Emperador de Alemania.

Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su Señor, que se la dió con lagrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Deja, Lector amable, ir en paz, y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa, que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo, y en tanto atiende á saber lo que pasó á su amo aquella noche, que si

con

con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de ximia; porque los sucesos de D. Quijote; ó se han de celebrar con admiracion ó con risa. Cuentase, pues, que apenas se hubo partido Sancho, quando D. Quijote sintió su soledad; y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolia, y preguntóle que de qué estaba triste? Que si era por la ausencia de Sancho, que Escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa que le servirian muy à satisfaccion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió D. Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es ella la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestrà Excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen; y en lo demás suplico á vuestra Excelencia que de dentro de mi aposento consienta y permita, que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dijo la Duquesa, señor D. Quijote que no ha de ser asi, que le han de servir quatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mi, respondió D. Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Asi entraràn ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, dejeme que yo me las haya con-

conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla enmedio de mis deseos y de mi honestidad, y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra Alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude. No mas, no mas, señor D. Quijote, replicò la Duquesa; por mi digo, que daré orden que ni aun una mosca entte en su estancia, no, que una doncella; no soy yo persona que por mi se ha de descabalar la decencia del señor D. Quijote, que segun se me ha traslucido, la que mas campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnudese v. m. y vistase á sus solas y á su modo, cómo y quando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre essendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto Caballero; y los benignos Cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nuestro Gobernador un deseo de acabar presto sus disciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo qual dijo D. Quijote: Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca

de

de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala, ni mas venturosa, y mas conocida será en el mundo Dulcinéa por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darla los mas eloquentes de la tierra. Ahora bien: señor D. Quijote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar, venga v. m. y cenemos, y acostaráse temprano, que el viage que ayer hizo de Candaya no fue tan corto, que no haya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora, respondió D. Quijote, porque osaré jurar á v. Excelencia, que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada, ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo que le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cavalgadura, y abrasarla asi sin mas ni mas. A eso se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañia y á otras personas, y de las maldades que, como hechicero y encantador, debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio; y como á principal, y que mas le traia desasosegado, vengando de tierra en tierra, abrazó á Clavileño, que en sus abrasadas cenizas, y con el trofeo del cartel, queda eterno el valor del gran D. Quijot de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dijo D. Quijote á la Duquesa; y en cenando D. Quijote se retiró en su aposento so-

lo,

lo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinéa guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad del Amadis, flor y espejo de los Andantes Caballeros. Cerró tras si la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse, ó desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros, ni otra cosa, que desacreditasen la limpieza de su pulicia; sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha zelosia; afligióse en estremo el buen Señor; y diera el por tener alli un adarme de seda verde una onza de plata; digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aqui exclamò Benengeli, y escribiendo dijo: O pobreza pobreza! No se yo con qué razon se movió aquel gran Poeta Cordobés a llamarte dadiva santa desagradecida; yo aunque moro, bien se, por la comunicacion que he tenido con christianos, que la santidad consiste en la caridad; humildad, fe, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza, de quien dice uno de sus mayores Santos: Tened todas las cosas, como si no las tuviesedes, y à esto llaman pobreza de espiritu; pero tu, segunda pobreza, (que eres de la que yo hablo por qué quieres estrellarte

con

con los hidalgos y bien nacidos mas que con la otra gente? Por qué los obligas á dar pantalla á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidrio? Por qué sus cuellos, por la mayor parte han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde? (Y en esto se echará de ver, que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió: Miserable del bien nacido, que va dando pistos á su honra, comiendo mal y apuerta cerrada, haciendo hypocrita al palillo de dientes con que sale á la calle despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiarselos! Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estomago! Todo esto se le renovó á D. Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver, que Sancho le habia dejado unas botas de camino que pensó ponerse otro dia. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, asi de la falta que Sancho le hacia, como de la inreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos, aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas, hacia calor, y no podia dormir; levantóse del lecho,

y,

y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin ; y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba tanta gente en el jardin ; pusose á escuchar atentamente , levantaron la voz los de abajo, tanto , que pudo oir estas razones:

No me porfies, (ó Emerencia !) que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este Castillo , mis ojos le miraron, yo no se cantar , sino llorar ; quanto mas que el sueño de mi Señora tiene mas de ligero, que de pesado , y no querria que nos hallase aqui por los tesoros del mundo , y puesto caso que durmiese y no despertase , en vano seria mi canto, si duerme y no despierta para oirle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnecida. No des en eso , Altisidora amiga , respondieron , que sin duda la Duquesa , y quantos hay en esta casa duermen , sino es el señor de tu corazon , y el despertador de tu alma , porque ahora senti que abrian la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto : canta lastimada mia , en tono bajo y suave al son de tu harpa , y quando la Duquesa nos sienta , le echaremos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto , ó Emerencia ! respondió la Altisidora , sino en que no querria que en mi canto descubriese mi corazon , y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas

de

de amor, por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale verguenza en cara, que mancilla en corazon; y en esto oyó tocar una harpa suavisimamente: oyendo lo qual D. Quijote quedó pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquellas de ventanas, rejas y jardines, musicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de Caballerias habia leido: luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba de él enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad, temia no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer, y encomendandose de todo buen animo y buen talante á su señor Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la musica, y para dar á entender que alli estaba, dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que no deseaban otra cosa sino que D. Quijote las oyese. Recorrida, pues, y afirmada la harpa, Altisidora dió principio á este Romance.

O tu, que estàs en tu lecho
entre sabanas de Olanda,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana;
Caballero el mas valiente
que ha producido la Mancha,

mas

mas honesto y mas bendito
que el oro fino de Arabia.
Oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tu buscas tus aventuras,
y agenas desdichas hallas,
das las feridas, y niegas
el remedio de sanarlas.
Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia,
ó en las montañas de Jaca?
Si sierpes te dieron leche?
Si á dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas,
y el horror de las montañas?
Muy bien puede Dulcinéa,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha vencido
á una tigre y fiera braba.
Por esto será famosa,
desde Henares á Jarama,
desde el Tajo á Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocarame yo por ella,
y diera encima una saya
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.

O quièn se viera en tus brazos,
ó si no junto á tu cama,
rascandote la cabeza,
y matandote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada,
los pies quisiera traerte,
que á una humilde esto le basta.
O qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco;
qué de herreruelos de Olanda!
Qué de finisimas perlas,
cada qual como una agalla,
que á no tener compañeras
las solas fueran llamadas.
No mires de tu Tarpeya
este incendiò que me abrasa,
Neron Manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.
Niña soy, doncella tierna,
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi alma.
No soy renca, ni soy coja,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lyrios,
que en pie por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,

ser mis dientes de topacios
mi belleza al cielo ensalza,
Mi voz ya ves, si me escuchas,
que á la que es mas dulce iguala,
y soy de disposicion
algo menos que mediana.
Estas y otras gracias mias
son despojos de tu aljaba,
de esta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido D. Quijote, el qual dando un gran suspiro dijo entre sì:

Que tengo de ser tan desdichado amante, que no ha de haber doncella que me mire que de mi no se enamore? Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinéa del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia? Què la quereis, Reynas? A qué la perseguis, Emperatrices? Para qué la acosais, doncellas de á catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable, que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darla en rendirla mi corazon, y entregarla mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinéa soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acibar: para mi

sola Dulcinéa es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demas las feas, las necias, las livianas y las de peor linage: para ser yo suyo, y no de otra alguna me arrojó la naturaleza al mundo, llore ó cante Altisidora, desesperese madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinéa, cocido, ó asado, limpio, bien criado, y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra: y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera aconteeido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejarémos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso Gobierno.

CAPITULO XLV.

De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su Insula, y del modo que comenzó à gobernar.

O Perpetuo descubridor de los Antipodas, hacha del mundo, ojo del Cielo, meneo dulce de las cantimploras! Timbrio aqui, Febo alli, tirador acá, medico acullá, padre de la poesia, inventor de la musica, tu, que siempre sales: y (aunque lo parece) nunca te pones. A ti digo, ó sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre; á ti digo, que me favorezcas, y alumbres la obscuridad de mi

ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza, que sin tí yo me siento tibio desamazelado y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia: dieronle á entender que se llamaba la Insula Barataria, ó ya por que el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le habia dado el Gobierno. Al llegar á las puertas de la Villa, que era cercada, salió el Regimiento del pueblo á recibirle, tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegria, y con mucha pompa le llevaron á la Iglesia mayor á dar gracias á Dios; y luego con algunas ridiculas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo Gobernador en la Insula Barataria. El trage, las barbas, la gordura, y pequeñéz del nuevo Gobernador tenia admirada a toda la gente que el busilis del cuento no sabia, y aun á todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente, en sacandole de la Iglesia, le llevaron á la silla del Juzgado, y le sentaron en ella; y el Mayordomo del Duque le dijo: Es costumbre antigua en esta Insula, Señor Gobernador, que el que viene á tomar posesion de esta famosa Insula está obligado á responder á una pre-

pregunta, que se le hiciere, que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma, y toca el pulso del ingenio de su nuevo Gobernador; y asi, ó se alegra ó se entristece con su venida. En tanto que el Mayordomo decia esto á Sancho, estaba el mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas; y como èl no sabia leer, preguntó qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban? Fuele respondido: Señor, alli está escrito; y notado el dia en que V. S. tomó posesion de esta Insula; y dice el epitafio: *Hoy dia à tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesion de esta Insula el Señor Don Sancho Panza, que muchos años la goce.* Y á quién llaman Don Sancho Panza? preguntó Sancho. A V. S. respondió el Mayordomo, que en esta Insula no ha entrado otro Panza, sino el que está sentado en esta silla. Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linage le ha habido; Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho me llamó mi padre, y Sancho mi abuelo, sin añadiduras de dones ni donas; y yo imagino que en esta Insula debe de haber mas dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el Gobierno me dura quatro dias, yo escardaré estos Dones, que por la muchedumbre deben

de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el Señor Mayordomo, que yo responderè lo mejor que supiere, hora se entristezca, ò no se entristezca el pueblo. A este instante entraron en el Juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traia unas tijeras en la mano, y el sastre dijo: Señor Gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante v. m. en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniendome un pedazo de paño en las manos, me preguntò: Señor, habria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño, le respondi, que sí: él debióse de imaginar, à lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundandose en su malicia y en la mala opinion de los sastres: y replicóme, que mirase si habria para dos: adivinéle el pensamiento, y dijele, que sí; y el caballero en su dañada y primera intencion fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo seis, hasta que llegamos á cinco caperuzas, y ahora en este punto acaba de venir por ellas; yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague ó vuelva su paño, Es todo esto asi, hermano? preguntó Sancho. Si

se-

señor, respondió el hombre; pero hagale v. m. que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana, respondió el sastre; y sacando en continente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: He aqui las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia, que no me ha quedado nada del paño; y yo daré la obra à vista de veedores del oficio. Todos los presentes se riyeron de la multitud de las caperuzas, y del nuevo pleyto. Sancho se puso á considerar un poco, y dijo: Pareceme que en este pleyto no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varon; y asi yo doy por sentencia que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la carcel; y no hay mas. Si la sentencia que se referirà despues de la bolsa del ganadero moviò á admiracion á los circunstantes, esta les provocó á risa: pero en fin se hizo lo que mandó el Gobernador, ante el qual se presentaron dos hombres ancianos, el uno traia una cañaheja por baculo; y el sin baculo dijo: Señor, á este buen hombre le presté dias ha diez escudos de oro en oro, por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviese quando se los pidiese: pasaronse muchos

chos diàs sin pedirselos, por no ponerle en mayor necesidad de volvermelos, que la que él tenia quando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces; y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté; y que si se los presté, que ya me los ha vuelto: yo no tengo testigos, ni del prestamo, ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto; querria que v. m. le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aqui y para delante de Dios. Qué decis vos á esto, buen viejo del baculo? dijo Sancho. A lo que dijo el viejo: Yo, Señor, confieso que me los prestó, y baje v. m. esa vara; y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado leal y verdaderamente. Bajó el Gobernador la vara, y en tanto el viejo del baculo dió el baculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho; y luego puso la mano en la Cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian, pero que èl se los habia vuelto de su mano á la suya; y que por no caer en ello se los volvia á pedir por momentos. Viendo lo qual el gran Gobernador, preguntó al acreedor, qué respondia á lo que decia

su

su contrario? Y dijo, que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen christiano, y que á él se le debia de haber olvidado el cómo y quándo se los habia vuelto: y que desde alli en adelante jamás le pediria nada. Tornó á tomar su baculo el deudor, y bajando la cabeza, se saliò del Juzgado. Visto lo qual por Sancho, y que sin mas ni mas se iba, y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinò la cabeza sobre el pecho, y poniendose el indice de la mano derecha sobre las cejas, y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza, y mandó que llamasen al viejo del baculo, que ya se habia ido. Trajeronsele, y en viendole Sancho, le dijo: Dadme, buen hombre, ese baculo que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo, hele aqui, Señor, y pusosele en la mano: tomóle Sancho, y dandosele al otro viejo, le dijo: Andad con Dios, que ya vais pagado. Yo, Señor, respondió el viejo; pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Si, dijó el Gobernador, ò sino, yo soy el mayor porro del mundo, y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un Reyno; y mandó que alli delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hizose asi, y en el corazon de ella hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su Gobernador

por

por un nuevo salomon. Preguntaron de dòn-
de habia colegido que en aquella cañaheja es-
taban aquellos diez escudos? Y respondió que
de haberle visto dar el viejo que juraba á su
contrario aquel baculo en tanto que hacia el
juramento, y jurar que se los habia dado real
y verdaderamente, y que en acabando de ju-
rar le tornó á pedir el baculo, le vino á la ima-
ginacion, que dentro de èl estaba la paga de
lo que pedian; de donde se podia colegir que
los que gobiernan, aunque sean unos tontos,
tal vez los encamina Dios en sus juicios, y mas
que el habia oido contar otro caso como aquel
al Cura de su lugar, y que él tenia tan gran
memoria, que á no olvidarsele todo aquello
que querria acordarse no hubiera tal memo-
ria en toda la Insula. Finalmente, el un viejo
corrido, y el otro pagado, se fueron, y los
presentes quedaron admirados; y el que escri-
bia las palabras, hechos y movimientos de
Sancho no acababa de determinarse, si le
tendria ó pondria por tonto ó por discreto.
Luego acabado este pleyto, entró en el Juz-
gado una muger asida fuertemente de un hom-
bre, vestido de ganadero rico, la qual venia
dando grandes voces, diciendo: Justicia, Se-
ñor Gobernador, justicia, y si no la hallo en
la tierra, la iré á buscar al Cielo. Señor Go-
bernador de mi anima, este mal hombre me
ha cogido en la mitad de ese campo. y se ha

apro-

aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado; y (desdichada de mi) me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años ha, defendiendolo de moros y christianos, denaturales y estrangeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservandome entera, como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme. Aun eso está por averiguar si tiene limpias ó no las manos este galan, dijo Sancho; y volviendose al hombre, le dijo que què decia y respondia á la querella de aquella muger? El qual todo turbado, respondió: Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia de este lugar de vender, con perdon sea dicho, quatro puercos, que me llevaron de alcavalas y socaliñas, poco menos de lo que ellos valian: volviame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña; y el diablo que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogasemos juntos; paguéla lo suficiente, y ella malcontenta asió de mi, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto: dice que la forcé, y miente, para el juramento que hago ò pienso hacer; y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entonces el Gobernador le preguntó si traia consigo algun dinero en plata? El dijo que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bol-

bolsa de cuero, mandò que la sacase, y se la entregase asi como estaba á la querellante; él lo hízo temblando. Tomóla la muger, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando à Dios por la vida y salud del Señor Gobernador, que asi miraba por las huerfanas, menesterosas y doncellas, y con esto se salió del Juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero mirò si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, quando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lagrimas, y los ojos y el corazon sé iba tras su bolsa. Buen hombre, id tras aquella muger y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aqui con ella; y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fue á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos esperando el fin de aquel pleyto; y de alli á poco volvieron el hombre y la muger mas asidos y aferrados que la vez primera; y ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitarsela, mas no era posible, segun la muger la defendia, la qual daba voces, diciendo: Justicia de Dios, y del mundo, mire v. m. Señor Gobernador, la poca verguenza, y el poco temor de este desalmado, que en mitad de poblado, y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que v. m. mandó darme. Y ahosla quitado? preguntó el Gober-

nador. Cómo quitar? respondió la muger, antes me dejara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacarmela de las uñas, ni aun garras de leones, antes el anima dè en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas; y confieso que las mias no son bastantes para quitarsela, y dejóla. Entonces el Gobernador dijo á la muger: Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa. Ella se la dió luego, y el Gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada: Hermana mia, si el mismo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa, la mostraredes, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hercules no os hicieren fuerza: andad con Dios, y mucho de en hora mala, y no pareis en toda la Insula, ni en seis leguas á la redonda, so pena de doscientos azotes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaydora. Espantóse la muger, y fuese cabizbaja y mal contenta; y el Gobernador dijo al hombre: Buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero; y de aqui adelante, si do le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad

tad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuese : y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo Gobernador. Todo lo qual notado de su Cronista, fue luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando; y quedese aqui el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo, alborozado con la musica de Altisidora.

Tecnológico de Monterrey

CA-

CAPITULO XLVI.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió D. Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

DEjamos al gran D. Quijote envuelto en los pensamientos que le habian causado la musica de la enamorada doncella Altisidora: acostóse con ellos, y como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un puntò, y juntabansele los que le faltaban en sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay bar-

tanco que le detenga, corrió cáballero en lás horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo qual visto por D. Quijote, dejó las blandas plumas y no nada perezoso se vistió su camuzado vestido, y se calzó sus botas de camino, por encubrir la desgracia de sus mecdias; arrojóse encima su manto de escarlata, y pusose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata: colgó el tahali de sus hombros con su buena y tajadora espada; asió un gran Rosario que consigo continuo traia, y con gran prosopopeya y contonéo salió á la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos, y como esperandole: y al pasar por una galeria estaban aposte esperandole Altisidora y la otra doncella su amiga: asi como Altisidora vió á D. Quijote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con presteza la iba á desabrochar el pecho. Don Quijote que lo vió, llegandose á ella, dijo: Ya yo sé de qué, proceden estos accidentes: No sé yo de qué, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en quanto ha que la conozco, que mal hayan quantos Caballeros Andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: vayase v. m., Señor D. Quijote, que no volverá en si esta pobre niña en tanto que v. m.

aqui

aqui estuviere. A lo que respondió D. Quijote: Haga v. m., Señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré, lo mejor que pudiere, á esta lastimada doncella que en los principios amorosos: los desengaños presto suelen ser remedios calificados; y con esto se fue, porque no fuese notado de los que alli le viesen: no se hubo bien apartado, quando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo á su compañera: Menester será que se le ponga el laud, que sin duda D. Quijote quiere darnos musica, y no serà mala, siendo suya. Fueron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba, y del laud que pedia. D. Quijote: y ella alegre sobre modo, concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla, que fuese mas risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que el se vino tan apriesa, como se habia venido el dia, la qual pasaron los Duques en sabrosa platicas con D. Quijote; y la Duquesa aquel dia real y verdaderamente despachó á un page suyo (que habia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinéa) á Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que habia dejado para que se le enviase, encargandole le trajese buena relacion de todo lo que con ella pasase. Hecho esto, y llegadas las on-

ce horas de la noche, halló D. Quijote una viguela en su aposento, templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin; y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinandola lo mejor que supo, escupió, y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance que él mesmo aquel dia habia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio á las almas.
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.

Suele el coser y el lavar
Y el estar siempre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas
Que aspiran á ser casadas,
La honestidad es la dote
Y voz de sus alabanzas.

Los Andantes Caballeros,
Y los que en la Corte andan,
Requiebranse con las libres,
Con las honestas se casan.

Hay

Hay amores de levante,
Que entre huespedes se tratan,
Que llegan presto al poniente,
Porque en el partir se acaban.

El amor recien venido,
Que hoy llegó, y se va mañana,
Las imagenes no deja
Bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura,
Ni se muestra ni señala,
Y do hay primera belleza,
La segunda no hace baza

Dulcinéa del Toboso,
Del alma en la tabla rasa
Tengo pintada, de modo,
Que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
Es la parte mas preciada,
Por quien hace amor milagros.
Y á si mismo los levanta.

Aqui llegaba Don Quijote de su canto, à quien estaba escuchando el Duque y la Duquesa, Altisidora y casi toda la gente del Castillo, quando de improviso desde encima

de un corredor que sobre la reja de D. Quijote á plomo caia, descolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asi mismo traian cencerros menores atados á las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros, y el mayor de los gatos, que aunque los Duques habian sido inventores de la burla, todavia les sobresaltó, y temeroso D. Quijote, quedó pasmado, y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra, parecia que una legion de diablos andaba en ella: apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse.

El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba, la mayor parte de la gente del Castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse D. Quijote en pie, y poniendo mano á la espada, comenzò á tirar estocadas por la reja, y á decir á grandes voces: Afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo soy D. Quijote de la Mancha, contra quien no valen, ni tienen fuerza vuestras malas intenciones: y volviendose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por alli se salieron, aunque uno, viendose tan aco-

acosado de las cuchilladas de Don Quijote, le saltó al rostro, le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor Don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo qual el Duque y la Duquesa; y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre Caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea; acudió el Duque á desparcirla, y Don Quijote dijo á voces: No me le quite nadie, dejenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mi á él quién es Don Quijote de la Mancha. Pero el gato, no curandose de estas amenazas, gruñia y apretaba; mas en fin, el Duque le desagarró y le echó por la reja. Quedó Don Quijote acrivado el rostro, y muy despechado porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrin encantador. Hicieron traer aceyde aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquisimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponerselas, con voz baja le dijo: Todas estas mal andanzas te suceden, empedernido Caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y ple-

gue á Dios que se olvide á Sancho tu Escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta amada tuya Dulcinéa, ni tu la goces ni llegues á talamo con ella; á lo menos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió Don Quijote otra palabra sino fue dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque èl tenia temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla: que no creyeron que tan pesada y tan costosa le saliera á Don Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la qual no quiere su Historiador contar ahora, por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solicito y muy gracioso en su Gobierno.

CA-

CAPITULO XLVII.

Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en su Gobierno.

CUenta la historia, que desde el Juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso Palacio, á donde en una gran sala estaba puesta una real y limpisima mesa; y asi como Sancho entrò en la sala, sonaron chirimias, y salieron quatro pages á darle agua manos, que Sancho recibió con mucha gravedad: cesó la musica, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Pusose á su lado en pie un personage, que despues mostró ser Medico, con una barilla de ballena en la mano; levantaron una riquisima y blanca tohalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno, que parecia estudiante, hechò la bendicion; y un page puso un babador randado á Sancho; otro, que hacia el oficio de Maestresala, llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, quando el de la varilla, tocando con ella en el plato, se le quitaron de adelante con grandisima celeridad; pero el Maestresala llegó otro de otro manjar: iba á probarle Sancho; pero ante

te,

tes que llegase á él, ni le gustase, ya la vara habia tocado en él, y un page alzadole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo qual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos, preguntó si se habia de comer aquella comida como juego de Maesecorral? A lo que respondió el de la vara: No sé ha de comer, Señor Gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras Insulas donde hay Gobernadores. Yo Señor soy Medico, y estoy asalariado en esta Insula para serlo de los Gobernadores de ella, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del Gobernador para acertar á curarle quando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estomago; y asi, mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasiadamente humeda; y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar, por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especies que acrecientan la sed, y el que mucho bebe, mata y consume el humedo radical, donde consiste la vida. De esa manera aquel plato de perdices que están alli asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán algun daño. A lo que el Medico respondió: Esas no co-

merá el Señor Gobernador en tanto que yo tuviere vida. Pues por qué? dijo Sancho. Y el Medico respondió: Porque nuestro Maestro Hypocrates, norte y luz de la Medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdix autem pessima.* Quiere decir: todo hartazga es mala, pero la de las perdices malisima. Si eso es asi, dijo Sancho, vea el Señor Doctor, de quantos manjares hay en esta mesa, qual me hará mas provecho, y qual menos daño y dejeme como de él, sin que me la apalee; porque por vida del Gobernador, y asi Dios me le deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al Señor Doctor, y él mas me diga, antes será quitarme la vida, que aumentarla. Vuestra merced tiene razon, Señor Gobernador, respondiò el Medico, y asi es mi parecer que v. m. no coma de aquellos conejos guisados que alli están, porque es manjar peliaguado; de aquella ternera, si no fuera asada, y en adobo, aun se pudiera probar, pero no hay para qué. Y Sancho dijo: Aquel platonazo que está mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho. *Absit*, dijo el Medico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento; no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento, que una

olla

olla podrida ; allá las ollas podridas para los Canonigos , ó para los Retores de Colegios , ó para las bodas labradorescas , y dejenos libres las mesas de los Gobernadores , donde ha de asistir todo primor y toda arildadura ; y la razon es , porque siempre y á do quiera y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas ; porque en las simples no se puede errar , y en las compuestas si, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas ; mas lo que yo sé que ha de comer el Señor Gobernador ahora , para conservar su salud y corroborarla ; es un ciento de cañutillos de suplicaciones, y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo que le asienten el estomago , y le ayuden a la digestion. Oyendo esto Sancho , se arrimó sobre el espaldar de la silla , y miró de hito en hito al tal Medico , y con voz grave le preguntó , cómo se llamaba, y adónde habia estudiado ? á lo que él respondió : Yo , Señor Gobernador , me llamo el Doctot Pedro Recio de Aguero , y soy natural de un Lugar llamado Tirteafuera , que está entre Caraquél y Almodovar del Campo, á la mano derecha , y tengo el grado de Doctor por la Universidad de Osuna. A lo que respondiò Sancho todo encendido en colera: Pues Señor Doctor Pedro Recio de mal Agueró , natural de Tirteafuera , Lugar que está á la mano derecha como vamos de Caraquél á Al-

modovar del Campo, graduado en Osuna, quiteseme luego de delante, sino voto al sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar Medico en toda la Insula, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que á los Medicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas; y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aqui, y sino tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza, y pidanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar un mal Medico, verdugo de la Republica, y denme de comer, ó si no tomense su Gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño, no vale dos habas. Alborotóse el Doctor viendo tan colerico al Gobernador, y quiso hacer Tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle; y asomandose el Maestresala á la ventana, volvió diciendo: Correo viene del Duque mi Señor, algun Despacho debe de traer de importancia. Entró el Correo sudando y asustado; y sacando un pliego del seno, le puso en las manos del Gobernador, y Sancho le puso en las del Mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decia asi: *A D. Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria, en su propia mano, ó en la de su Secretario.*

Oyen-

Oyendo lo qual Sancho, dijo: Quién es aquí mi Secretario? Y uno de los que presentes estaban, respondió: Yo, Señor, porque sé leer y escribir, y soy Vizcaíno. Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podeis ser Secretario del mismo Emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice. Hizólo asi el recien nacido Secretario, y habiendo leido lo que decia, dijo, que era negocio para tratarle à solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedase en ella sino el Mayordomo y el Maestresala, y los demás, y el Medico se fueron, y luego el Secretario leyó la carta, que asi decia:

A mi noticia ha llegado, Señor D. Sancho Panza, que unos enemigos mios y de esa Insula le han de dar un asalto furioso no sé qué noche: conviene velar y estar alerta, porque no le tomen desapercibido. Sé tambien por espias verdaderas que han entrado en ese Lugar quatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio, abrid el ojo y mirad quien llega á hablaros, y no comais de cosa que os presentaren: yo tendré cuidado de socorreros, si os vieredes en trabajo, y en todo hareis como se espera de vuestro entendimiento. De este lugar á 16. de Agosto, á las quatro de la mañana. Vuestro amigo. El Duque.

Quedó atonito Sancho, y mostraron què-

dar-

darlo asimismo los circunstantes ; y volviendose al Mayordomo , le dijo : Lo que ahora se ha de hacer , y ha de ser luego , es meter en un calabozo al Doctor Recio , porque si alguno me ha de matar ha de ser él , y de muerte adminicula y pesima , como es la del hambre. Tambien dijo el Maestresala : me parece á mi, que v. m. no coma de todo lo que está en esta mesa , porque lo han presentado unas Monjas , y como suele decirse , detrás de la cruz está el diablo. No lo niego , respondiò Sancho , y por ahora denme un pedazo de pan , y obra de quatro libras de ubas, que en ellas uo podrá venir veneno , porque en efecto no puedo pasar sin comer ; y si és que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan , menester será estar bien mantenidos , porque tripas llevan corazon , que no corazon tripas. Y vos , Secretario , responded al Duque mi Señor , y decidle , que se cumplirá lo que manda como lo manda , sin faltar punto ; y dareis de mi parte un besamanos á mi Señora la Duquesa , y que la suplico no se la olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi muger Teresa Panza , que en ello recibire mucha merced , y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren , y de camino podeis encajar un besamanos á mi Señor D. Quijote de la Mancha , porque vea que soy pan agradecido ; y

vos,

vos, como buen Secretario, y como buen Vizcaino, podeis añadir todo lo que quisieredes y mas viniere á cuento; y alcense estos manteles, y denme á mi de comer, que yo me avendré con quantas espias, matadores y encantadores vinieren sobre mi y sobre mi Insula. En esto entró un page, y dijo: Aqui está un labrador negociante que quiere hablar á vuestra Señoria en un negocio, segun él dice, de mucha importancia. Estraño caso es este dijo Sancho, de estos negociantes: es posible que sean tan necios, que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? Por ventura los que gobernamos, los que somos Jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar al tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra marmol? Por Dios y en mi conciencia, que si me dura el Gobierno, (que no durará, segun se me trasluce) que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Ahora decid á ese buen hombre que entre; pero adviertase primero no sea alguno de los espias ó matador mio. No señor, respondió el page, porque parece una alma de cantaro, y yo sé poco, ó él es tan bueno como el buen pan: no hay que temer, dijo el Mayordomo. que aqui estamos todos. Serìa posible, dijo Sancho,

Maes-

Maestresala, que ahora que no está aquí el Doctor Pedro Recio que comiese yo alguna cosa de peso y de substancia, aunque fuese un pedazo de pan y cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará vuestra Señoría satisfecho y pagado, dijo el Maestresala. Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y de buena alma. Lo primero que dijo fue: Quien es aqui el Señor Gobernador? Quién ha de ser, respondiò el Secretario, sino el que está sentado en la silla? Humillome, pues á su presencia, dijo el labrador, y poniendose de rodillas, le pidió la mano para besarsela: negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hizolo asi el labrador, y luego dijo: Yo, Señor, soy labrador, natural de Miguél Turra, un Lugar que está dos leguas de Ciudad-Real. Otro Tirteafuera tenemos, dijo Sancho; decid hermano, que lo que yo sé decir, es, que se muy bien á Miguél Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo. Es, pues, el caso, Señor, prosiguiò el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la Santa Iglesia Catholica Romana: tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para Bachiller, el mayor para Licenciado: soy viudo, porque se murió mi mu-

ger, ó por mejor decir, me la mató un mal Medico, que la purgó estando preñada; y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera à estudiar para Doctor, porque no tuviera envidia á sus hermanos el Bachillet y el Licenciado. De modo, dijo Sancho, que si vuestra muger no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuerades ahora viudo? No Señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicó Sancho; adelante, hermano, que es hora de dormir mas que de negociar. Digo, pues, dijo el labrador, que este mi hijo que ha de ser Bachiller se enamoró en el mismo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquisimo; y este nombre de Perlerines no les viene de aholengo ni otra arcunia, sino porque todos los de este linage son perlaticos, y por mejorar el nombre, los llaman Perlerines; aunque si va á decir verdad, la doncella es como una perla oriental: mirada por el lado derecho parece una flor del campo; y por el izquierdo no tanto, porque la falta aquel ojo que se la salió de viruelas, y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que

no

no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usaran aspar labios, pudieran hacer de ellos una madeja; pero como tiene tan diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeado de azul y verde y averengenado. Y perdoneme el Señor Gobernador, si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintar lo que quisieredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pinturas; y si hubiera comido no hubiera mejor postre para mi que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos si ahora no somos: y digo, Señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser, á causa de que ella está goviada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar diera con la cabeza en el techo; y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi Bachiller, sino que no la puede estender, que está anudada; y con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestta su bondad

y buena hechura. Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los pies à la cabeza; que es lo que quereis ahora, y venid al punto sin rodeos, cadlejuelas, retazos ni añadiduras? Querria, Señor respondió el labrador, que vuestra merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicandole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza; porque para decir la verdad, Señor Gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que tres ó quatro veces no le atormenten los malignos espiritus; y de haber caido una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales, pero tiene una condicion de un Angel, y si no es que se aporrea, y se da de puñadas él mesmo á sí mismo, fuera un bendito. Quereis otra cosa, buen hombre? replico Sancho. Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha de podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, Señor, que querria que vuesrra merced me diese trescientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi Bachiller, digo para ayuda de poner su casa; porque en fin han de vivir por sì, sin estar sugetos á las impertinencias de los suegros. Mirad si quereis otra cosa, dijo Sancho, y no

la dejeis de decir por empacho ni por verguenza. No por cierto, respondió el labrador; y apenas dijo esto, quando levantandose en pie el Gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo: Voto á tal, don patan, rustico, y mal mirado, que si no os apartais y escondeis luego de mi presencia. que con esta silla os rompa y abra la cabeza: hi de puta, bellaco, pintor del mismo demonio, y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados; y donde los tengo yo, hediendo, y por què te los habia de dar, aunque los tuviera, socarron y mentecato? Y que se me da á mi de Miguél Turra, ni de todo el linage de los Perlerines? Va de mí, digo, si no, por vida del Duque mi Señor, que haga lo que tengo dicho. Tu no debes de ser de Miguél Turra, sino algun socarron que para tentarme te ha enviado aqui el infierno. Dime, desalmado, aun no ha dia y medio que tengo el Gobierno, y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizole señas el Maestresala al labrador que saliese de la sala, el qual lo hizo cabizbajo y al parecer temeroso de que el Gobernador no ejecutase su colera; que el bellaco supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su colera á Sancho, y andese la paz en el coro, y volvamos á D. Quijote que le dejamos vendado el rostro, y curando de las gatescas heridas, de las quales no sanó en ocho dias; en uno de los quales le sucedió

dió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y brevedad que suele contar las cosas de esta Historia, por minimas que sean.

CAPITULO XLVIII.

De lo que sucedió à D. Quijote con Doña Rodriguez, la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

ADemás estaba mohino y melancolico el mal ferido D. Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anexas á la

An-

Andante Caballeria. Seis dias estuvo sin salir en publico ; en una noche de las quales, estando despierto y desvelado pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobre saltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fé que guardar debia á su Señora Dulcinéa del Toboso : no, (dijo creyendo á su imaginacion, y esto con voz que pudiera ser oida) no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que yo tengo gravada y estampada en la mitad de mi corazon, y en lo mas escondido de mis entrañas, ahora estés, señora mia transformada en cebolluda labradora, hora en ninfa del dorado Tajo, tegiendo telas de oro y sirgo compuestas, hora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo. El acabar estas razones, y el abrir de la puerta fue todo uno. Pusose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los vigotes vendados; el rostro, por los aruños ; los vigotes, porque no se le desmayasen y cayesen, en el qual trage parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavò los ojos en la puerta, y quando esperaba ver entrar por ella

á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendisima dueña con unas tocas blancas, repulgadas y luengas, tanto, que la cubrian y enmantaban desde los pies à la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traia una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes anteojos: venia pisando quedito, y movia los pies blandamente. Miróla D. Quijote desde su atalaya, y quando vió su adeliño, y notò su silencio, pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel trage á hacer en él alguna mala fechoría; y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuese llegando la vision, y quando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces D. Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya; porque así como le vió tan alto, tan amarillo con la colcha y con las vendas, que le desfiguraban, dió una gran voz, diciendo: Jesus, que es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos: y viendose á obscuras, volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas, y dió consigo una gran caida. D. Quijote temeroso comenzó á decir: Conjurote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quien eres, y que me digas que es lo que me quieres? Si eres alma en pena, dimelo, que yo daré por ti todo quan-

quanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy Catholico Christiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la Orden de la Caballeria Andante que profeso (cuyo exercicio aun hasta hacer bien á las Animas del Purgatorio se estiende.) La brumada dueña que oyó conjurarse, por temor coligiò el de D. Quijote; y con voz afligida y baja le respondio: Señor D. Quijote (si es que acaso vuestra merced es D. Quijote) yo no soy fantasma, ni vision, ni anima del Purgatorio, como vuestra merced debe de haber pensado, sino Doña Rodriguez la dueña de honor de mi Señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuestra merced suele remediar á vuestra merced vengo. Digame, Señora Doña Rodriguez, dijo D. Quijote, por ventura viene vuestra merced á hacer alguna tercería? porque la hago saber que no soy de provecho para nadie: merced á la sin par belleza de mi Señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, Señora Doña Rodriguez, que como vuestra merced sabe, y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que mas mandare y mas en gusto le viniere, salvando como digo, todo incitativo melindre. Yo recado de nadie? Señor mio, respondió la dueña; mal conoce vuestra merced, sí, que aun no estoy en edad tan prolongada, que me acoja á semejantes niñe-

ñerias ; pues Dios loado, mi álma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios ; pero espereme vuestra merced un poco, saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contarle mis cuitas, como remediador de todas las del mundo ; y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó D. Quijote sosegado y pensativo esperandola : pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y pareciale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su Señora la fé prometida ; y deciase á sí mismo : Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con Emperatrices, Reynas, Duquesas, Marquesas ni Condesas ? que yo he oido decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede antes os la dará roma que aguileña. Y quién sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertará mis deseos que duermen, y haràn que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado ? Y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla ; pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamien-

to lascivo en el mas desalmado pecho del mundo. Por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? por ventura hay dueña en el orbe que deje, de ser impertinente, runcida y melindrosa? Afuera, pues, caterva dueñesca, inutil para ningun humano regalo. O quan bien hacia aquella Señora, de quien se dice que tenia dos dueñas de bulto con sus anteojos y almohadillas al cabo de su estado, como que estaban labrando: y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó del lecho con intencion de cerrar la puerta y no dejar entrar á la Señora Rodriguez; mas quando la llegó á cerrar ya la Señora Rodriguez volvia encendida una vela de cera blanca, y quando ella vió á D. Quijote de mas cerca envuelto en la colcha, con las vandas, galocha, ó bezoquin, temiò de nuevo, y retirandose atrás como dos pasos, dijo: Estamos seguras, Señor Caballero? porque no tengo á muy honesta señal haberse vuestra merced levantado de su lecho. Eso mismo es bien que yo pregunte, Señora, respondió D. Quijote; y asi pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado? De quien ò a quien pedis, Señor Caballero, esa seguridad? respondió la dueña. A vos y de vos la pido, replicò D. Quijote, porque ni soy de marmol ni vos de bronce, ni ahora son las diez

del

del dia, sino media noche, y aun un poco mas, segun imagino, y en una estancia mas cerrada y secreta, que lo debió de ser la cueba donde el traydor y atrevido Eneas gozó á la hermosa y piadosa Dido; pero dadme, Señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad, mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendisimas tocas; y diciendo esto, besó su derecha mano, y le asió de la suya, que ella le dió con las mismas ceremonias. Aqui hace Cidé Hamete un parentesis, y dice que por Mahoma que diera por ver ir á los dos asi asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenia. Entròse, en fin, D. Quijote en su lecho, y quedóse Doña Rodriguez sentada en una silla, algo desviada de la cama, no quitandose los anteojos ni la vela. D. Quijote se acurrucó y se cubrió todo, no dejando mas del rostro descubierto; y habiendose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fue D. Quijote, diciendo: Puede vuestra merced ahora, mi Señora Doña Rodriguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon y lastimadas entrañas, que será de mi escuchada con castos oidos, y socorrida con piadosas obras. Asi lo creo yo, respondió la dueña, que de la gentil y agradable presencia de vuestra merced no se podia esperar sino tan christiana respues-

ta.

ra. Es, pues el caso, Señor D. Quijote, que aunque vuestra merced me vé sentada en esta silla, y en la mitad del Reyno de Aragon, y en habito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella Provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber como ni cómo no, me trajeron á la corte de Madrid, donde por bien de paz, y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal Señora; y quiero hacerle sabidor á vuestra merced, que en hacer baynillas y labor blanca ninguna me ha hechado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo, y se volvieron á su tierra, y de alli á dos años se debieron de ir al Cielo, porque eran además buenos y Catholicos Christianos. Quedé huerfana, y atenida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suelen dar en Palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mi un Escudero de casa, hombre ya en dias, barbado, y apersonado, y sobre todo, hidalgo como el Rey, porque era Montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen á noticia de mi Señora, la qual por escusar dimes y diretes nos casó en

paz

paz y en haz de la Santa Madre Iglesia Catholica Romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese de parto, que le tuve derecho y en sazon, sino porque desde alli á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que ha tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuestra merced se admirara; y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: Perdoneme vuestra merced, Señor D. Quijote, que no va mas en mi mano; porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrasan los ojos da lagrimas. Valgame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi Señora á las ancas de una poderosa mula negra como el mismo azabache, que entonces no se usaban coches ni sillas como ahora dicen que se usan, y las Señoras iban á las ancas de sus Escuderos: esto á lo menos no puedo dejar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago de Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un Alcalde de Corte con dos Alguaciles delante; y asi como mi buen Escudero le vió, volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle: mi Señora, que iba à las ancas, con voz baja le decia: Qué haceis, desventurado, no veis que voy aqui? El Alcalde, de comedido, detuvo las riendas del caballo, y dijole: Se-

guid,

guid, Señor vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi Señora Doña Casilda, que asi era el nombre de mi ama. Todavia porfiaba mi marido con la gorra en la mano á querer ir acompañando al Alcalde. Viendo lo qual mi Señora, llena de colera, sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzon del estuche, y clavósele por los lomos, de manera, que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte, que dió con su Señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el Alcalde y los Alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara, (digo la gente valdía que en ella estaba) vinose á pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrian por las calles; y por esto y porque él era algun tanto corto de vista, mi Señora Doña Casilda le despidió, de cuyo pesar, sin duda alguna tengo para mi que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada, con hija á cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labandera, mi Señora la Duquesa que estaba recien casada con el Duque mi Señor quiso traerme consigo á este Reyno de Aragon, y á mi hija ni mas ni menos, adonde yendo

dias

dias y viniendo dias, creció mi hija, y con ella todo el donayre del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, bayla como una perdida, lee y escribe como un Maestro de escuela, y cuenta como un avariento: de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno mas á menos. En resolucion, de esta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquisimo, que está en una aldéa del Duque mi Señor, no muy lejos de aqui. En efecto, no sé cómo ni como no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposa burló á mi hija, y no se la quiere cumplir; y aunque el Duque mi Señor lo sabe, porque yo me he quejado á él, no una, sino muchas veces, y pedidole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de Mercader, y apenas quiere oirme; y es la causa, que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontar ni dar pesadumbres en ningun modo. Querria, pues, Señor mio, que vuestra merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos ó ya por armas; pues segun todo el mundo dice; vuestra merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos, y am-

pa-

para los miserables, y pongasele á v. m. por delante la huerfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de quantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato, y que una que llaman Altisidora, que es la que tiene por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa v. m. señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidora tiene mas de presuncion que de hermosura, y mas de desenvuelta que de recogida: además, que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento; y aun mi señora la Duquesa (quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oidos.) Qué tiene mi señora la Duquesa, por vida mia, señora Doña Rodriguez? preguntó Don Quijote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. Ve v. m. señor Don Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna,

y aquella gallardia con que vá pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa v. m. que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los Medicos que está llena. Santa Maria dijo D. Quijote, y es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran Frayles Descalzos; pero pues la Señora Doña Rodriguez lo dice, debe de ser asi; pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ambar liquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud. Apenas acabó D. Quijote de decir estas razones, quando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á Doña Rodriguez la vela de la mano, y quedò la estancia como boca de lobo, como suele decirse; y luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra, le alzaba las faldas, y con una al parecer, chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion; y aunque D. Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia que podia

dia ser aquello, y estabase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanta y tunda azotesca: y no fue vano su temor, porque en dejando molida á la dueña (la qual no osaba quejarse) los callados verdugos acudieron á D. Quijote, y desenvolviendole de la sabana y de la colcha, le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas; y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, salieronse las fantasmas, recogió Doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera sin decir palabra á D. Quijote, el qual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo se quedó solo donde le dejaremos deseoso de saber quien habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPITULO XLIX.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su Insula.

DEjamos al gran Gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarron; el qual industriado del Mayordomo, y el Mayordomo del Duque, se burlaba de San-

cho; pero él se las tenia tiesas á todos, ma-
guer á tanto bronco y rollizo, y dijo á los
que estaban, y al Doctor Pedro Recio, que
como se acabó el secreto de la carta del Du-
que, habia vuelto á entrar en la sala: Aho-
ra verdaderamente que entiendo que los Jue-
ces y Gobernadores deben de ser, ó han de
ser de bronce para no sentir las importuni-
dades de los negociantes que á todas horas,
y á todos tiempos quieren que los escuchen
y despachen, atendiendo solo á su negocio,
venga lo que viniere; y si el pobre del Juez
no los escucha y despacha, ó porque no pue-
de, ó porque no es aquel el tiempo diputado
para darles audiencia, luego les maldicen, y
murmuran, y les roen los huesos, y aun des-
lindan los linages. Negociante necio, nego-
ciante mentecato, no te apresures, espera
sazon y coyuntura para negociar; no ven-
gas á la hora del comer ni á la del dormir,
que los Jueces son de carne y hueso, y han
de dar á la naturaleza lo que naturalmente les
pide, sino es yo, que no le doy de comer á
la mia, merced al señor Doctor Pedro Recio
de Tirteafuera que está delante, que quiere que
muera de hambre, y afirma que esta muerte
es vida, que asi se la dé Dios á él, y á to-
dos los de su ralea, digo á los de los malos Me-
dicos, que la de los buenos palmas y lauros
merecen. Todos los que conocian á Sancho
Pan-

Panza se admiraban oyendole hablar tan elegante, y no sabian á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente, el Doctor Pedro Recio Aguero Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hypocrates. Con esto quedó contento el Gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche, y la hora de cenar; aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavia se llegó por el tan deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de baca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera algo entrada en dias: entregóse en todo con mas gusto que si le hubieran dado francolines de Milan, faysanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron, ó gansos de Lavajos; y entre la cena, volviendose al Doctor, le dijo: Mira, señor Doctor, de aqui adelante no os cureis de darme á comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estomago de sus quicios, el qual está acostumbrado á cabra, á baca, á tocino, á cecina, á nabos, y á cebollas; y si acaso le dan otros manjares de Palacio, los recibe con melindre, y algunas veces con asco: lo que el Maestresala puede hacer, es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras mas podridas son,

mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algun dia; y no se burle nadie conmigo, porque ó somos ó no somos: vivamos todos, y comamos en buena paz y compaña, pues quando Dios amanece para todos amanece: yo gobernaré esta Insula, sin perdonar derecho ni llevar cohecho, y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el vigote; porque les hago saber que el diablo está en cantillana, y que si me dan ocasion han de ver maravillas; no sino haceos de miel, y comeros han moscas. Por cierto, señor Gobernador, dijo el Maestresala, que v. m. tiene mucha razon en quanto ha dicho, y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos de esta Insula que han de servir á v. m. con toda puntualidad, amor y benevolencia; porque el suave modo de gobernar que en estos principios v. m. ha dado no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en desservicio de v. m. redunde. Yo lo creo, respondió Sancho, y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace mas al caso; y en siendo hora vamos á rondar, que es mi intencion limpiar esta Insula de todo genero de inmun-

mundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida; porque quiero que sepais, amigos, que la gente valdia y perezosa es en la Republica lo mismo que los zanganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen: pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo, tener respeto á la Religion y á la honra de los Religiosos. Qué os parece de esto, amigos? Digo algo, ó quiebrome la cabeza? Dice tanto v. m. señor Gobernador, dijo el Mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como v. m. que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos, tan fuera de todo aquello que del ingenio de v. m. esperaban los que nos enviaron, y los que aqui venimos, cada dia se ven cosas nuevas en el mundo, las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche, y cenó el gobernador con licencia del señor Doctor Recio. Aderezaronse de ronda, salió con el Mayordomo, Secretario, y Maestresala, (y el Coronista, que tenia cuidado de poner en memoria sus heehos) y Alguaciles y Escribanos, tantos, que podian formar un mediano esquadron. Iba Sancho enmedio con su vara, que no habia mas que ver; y

pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá, y hallaron que eran solos dos hombres los que reñian; los quales viendo venir la Justicia se estuvieron quedos, y el uno de ellos dijo: Aqui de Dios y del Rey, cómo, y qué se ha de sufrir, que roben en poblado en este Pueblo, y que salgan á saltear en la mitad de las calle? Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa de esta pendencia, que yo soy el Gobernador. El otro contrario dijo: Señor Gobernador, yo la diré con toda brevedad: Vuestra merced sabrá que este gentil hombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego que está aqui frontero mas de mil reales, y sabe Dios cómo, y hallandome yo presente juzgué mas de una jugada dudosa en su favor contra todo aquello que me dictaba la conciencia: alzóse con la ganancia, y quando esperaba que me habia de dar algun escudo por lo menos de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones, y evitar pendencias, él embolsó su dinero, y se saliò de la casa; yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres

dres no me le enseñaron, ni me le dejaron; y el socarron, que no es mas ladron que caco, ni mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de quatro reales, porque vea v. m. señor Gobernador, qué poca verguenza, y qué poca conciencia; pero á fe que si v. m. no llegara que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que habia de saber con quantas entraba la romana. Qué decis vos á esto? preguntó Sancho. Y el otro respondió que era verdad quanto su contrario decia, y no habia querido darle mas de quatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal de que era hombre de bien, y no ladron, como decia, ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los cónocen. Asi es, dijo el Mayordomo, vea v. m. señor Gobernador, qué es lo que se ha de hacer de estos hombres? Lo que se ha de hacer de estos es, respondió Sancho: Vos ganancioso bueno ò malo ó diferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y mas habeis de desenvolsar treinta para los pobres de la carcel; y vos que no teneis

ofi-

oficio ni beneficio, y andais de nones en esta Insula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid de esta Insula desterrado por diez años, so pena si lo quebrantaredes, lo cumplais en la otra vida, colgandoos yo de una picota, ó á lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, este salió de la Insula, y aquel se fue á su casa, y el Gobernador quedó diciendo: Ahora yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, que á mi se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta á lo menos, dijo un Escribano, no la podrá v. m. quitar, porque la tiene un gran personage, y mas es sin comparacion lo que él pierde al año, que lo que saca de los naypes; contra otros gariteros de menor quantia podrá v. m. mostrar su poder, que son los que mas daño hacen, y mas insolencias encubren, que en las casas de los Caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algun oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abajo, y le desuellan vivo. Ahora, Escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso; y en esto llegó un corchete que traia

asi-

asido á un mozo, y dijo: Señor Gobernador, este mancebo venia acia nosotros, y asi como columbró la justicia, volvió las espaldas, y comenzó á correr como un gamo: señal que debe de ser algun delinquente: yo parti tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó no le alcanzara jamás. Por qué huias, hombre? preguntó Sancho. A lo que el mozo respondió: Señor, por escusar de responder á las muchas preguntas que las Justicias hacen. Qué oficio tienes? Tejedor. Y qué tejes? Hierros de lanzas, con licencia buena de v. m. Gracioso me sois, de chocarrero os picais, está bien, y adónde ibades ahora? Señor, á tomar el ayre. Y adónde se toma el ayre en esta Insula? Adonde sopla. Bueno, respondeis muy aproposito, discreto sois mancebo; pero haced cuenta que yo soy el ayre, y que os sopla en popa, y os encamina á la carcel. Asidle, ola, y llevadle, que yo haré que duerma alli sin ayre esta noche. Par Dios, dijo el mozo, asi me hará v.m. dormir en la carcel, como hacerme Rey. Pues por qué no te haré dormir en la carcel! respondió Sancho; no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y quando que quisiere? Por mas poder que v. m. tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la carcel. Cómo que no? replicó Sancho, llevadle luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque mas el Alcay-

cayde quiera usar con él de su interes la libertad, que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te deja salir un paso de la carcel. Todo esto es cosa de risa, respondió el mozo; el caso es que no me harán dormir en la carcel quantos hoy viven. Dime, demonio, dijo Sancho, tienes algun Angel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar. Ahora, señor Gobernador, respondió el mozo con muy buen donayre, estemos á razon, y vengamos al punto. Presuponga v. m. que me manda llevar á la carcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al Alcayde graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto si yo no quiero dormir y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, será v. m. bastante con todo su poder para hacerme dormir si yo no quiero? No por cierto, dijo el Secretario, y el hombre ha salido en su intencion. De modo, dijo Sancho, que no dejareis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mia? No Señor, dijo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitarosle; pero aconsejoos que de aqui adelante no os burleis con la Justicia, porque topareis con alguna que os de con la bur-

burla en los cascos. Fuese el mozo, y el Gobernador prosiguió con su ronda, y de alli á poco vinieron dos corchetes que traian á un hombre asido, y dijeron: Señor Gobernador este que parece hombre, no lo es, sino muger, no fea, y que viene vestida en habito de hombre. Llegaronle á los ojos dos ó tres linternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una muger, al parecer de diez y seis ó pocos mas años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas; miraronla de arriba abajo, y vieron que venia con unas medias de seda encarnadas, con ligas de tafetan blanco, y rapacejos de oro y aljofar: los greguescos eran verdes de tela de oro, y una salta en barca, ó ropilla de lo mismo suelta; debajo de la qual traia un jubon de tela finisima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre; no traia espada ceñida sino una riquisima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos: Finalmente, la moza parecia bien á todos, y ninguno la conoció de quantos la vieron; y los naturales del lugar dijeron que no podian pensar quien fuese; y los consabidores de las burlas que se habian de hacer á Sancho fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venia ordenado por ellos; y asi estaban dudosos, esperando en qué pararia el caso. Sancho quedó

do pasmado de la hermosura de la moza, y preguntòla quién era, á dónde iba, y qué ocasion la habia movido para vestirse en aquel habito? Ella puestos los ojos en la tierra, con honestisima verguenza respondió: No puedo, Señor, decir tan en publico lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladron ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos zelos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe. Oyendo esto el Mayordomo, dijo á Sancho: Haga señor Gobernador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandólo asi el Gobernador, apartaronse todos, sino fueron el Mayordomo, Maestresala y el Secretario. Viendose, pues solos, la doncella prosiguió, diciendo: Yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, arrendador de las lanas de este lugar, el qual suele muchas veces ir en casa de mi padre. Eso no lleva camino, dijo el Mayordomo, Señor, porque yo conozco muy bien á Pedro Perez, y sé que no tiene hijo ninguno varon ni hembra, y mas, que decis que es vuestro padre: y luego añadis, que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Ya yo habia dado en ello, dijo Sancho. Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad

es, que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer. Aun eso lleva camino, respondió el Mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y se que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija; y que despues que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija que la tiene tan encerrada, que no da lugar al sol que la vea; y con todo esto la fama dice que es en estremo hermosa. Asi es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo, si la foma miente ó no en mi hermosura, ya os habreis, señores, desengañado, pues me habeis visto, y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo qual el Secretario, se llegó al oido del Maestresala, y le dijo muy paso: Sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal trage, y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No hay duda en ello, respondio el Maestresala, y mas que esa sospecha la confirman sus lagrimas. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y la pidió que sin temor alguno les dijese lo que la habia sucedido, que todos procurarian remediarlo con muchas veras y por todas las vias posibles. Es el caso, Señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que son

los

los mismos que á mi madre come la tierra: en casa dicen Misa en un rico Oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto el sol del Cielo de dia, y la luna, y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas, ni Templo, ni aun hombres fuera de mi padre y de un hermano mio; y de Pedro Perez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa, se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento, y este negarme el salir de casa siquiera á la Iglesia, ha muchos dias y meses que me trae muy desconsolada; quisiera yo ver el mundo, ó á lo menos el Pueblo donde naci, pareciendome que en este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar á si mismas: quando oia decir que corrian toros, y jugaban cañas, y se representaban comedias; preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto; él me lo declaraba por los mejores modos que sabia; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdicion, digo que yo rogué y pedi á mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara, y tornó á renovar el llanto. El Mayordomo la dijo: prosiga v. m. señora, y acabe de decirnos lo que ha sucedido, que nos tiene á todos suspensos sus palabras y sus la-

lagrimas. Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lagrimas sí que llorar, porque los mas colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes. Habiase sentado en el alma del Maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su linterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lagrimas las que lloraba, sino aljofar ò rocio de los prados, y aun las subia de punto, y las llegaba á perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperabase el Gobernador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia, y dijola que acabase de no tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella, entre interrotos sollozos y mal formados suspiros, dijo: No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en habito de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche á ver todo el pueblo quando nuestro padre durmiese: él importunado de mis ruegos condescendiò con mi deseo; y poniendome este vestido, y él vistiendose otro mio, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosisima, esta noche debe de haber una hora, poco mas ò menos, nos

salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo; y quando queriamos volver á casa, vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: Hermana, esta debe de ser la Ronda, aligera los pies, y pon alas en ellos, y vente tras mi corriendo, porque no nos conozcan, que no será mal contado; y diciendo esto, volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar; yo á menos de seis pasos cai con el sobresalto, y entonces llegó el Ministro de la Justicia, que me trajo ante vuestras mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto, Señora, dijo Sancho, no os ha sucedido otro desman alguno ni zelos, como vos al principio de vuestro cuento dijisteis, no os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron zelos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se estendia á mas que á ver las calles de este lugar; y acabó de afirmar ser verdad lo que la doncella decia, llegar los Corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno de ellos quando se huyó de su hermana; no traia sino un faldellin rico, y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino; la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada, que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran rubios y enrizados.

Apar-

Apartaronse con el Gobernador, Mayordomo y Maestresala, y sin que le oyese su hermana, le proguntaron como venia en aquel trage? Y él, con menos verguenza y empacho contó lo mesmo que su hermana habia contado, de que recibió gran gusto el enamorado Maestresala; pero el Gobernador les dijo: Por cierto, Señores, que esta ha sido una gran rapaceria, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas, ni tantas lagrimas y suspiros, que con decir, somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion, solo por curiosidad, sin otro designio, alguno, se acabára el cuento, y no gemidos y lloramicos, y darle. Asi es la verdad respondió la doncella; pero sepan vuestras mercedes que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el termino que debia. No se ha perdido nada respondió Sancho, vamos, y dejarémos á vuestras mercedes en casa de su padre, quizá no los habrá echado menos; y de aqui adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo, que la doncella honrada la pierna quebrada y en casa; y la muger y la gallina por anda ser pierden china: y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo mas. El mancebo agradeció al Gobernador la merced que que-

ria hacerle de volverles á su casa ; y ási se encaminaron ácia ella , que no estaba muy lejos de alli. Llegaron pues, y tirando el hermano una china á una reja, al momento bajó una criada que los estaba esperando, y le abrió la puerta, y ellos se entraron , dejando á todos admirados , asi de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenian de ver mundo de noche, y sin salir del lugar : pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el Maestresala traspasado su corazon , y propuso de luego otro dia pedirsela por muger á su padre , teniendo por cierto que no se la negaria , por ser él criado del Duque ; y aun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar el mozo con Sanchica su hija, y determinó de ponerlo en platica á su tiempo, dandose á entender que á una hija de un Gobernador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabò la ronda de aquella noche , y de alli á dos dias el Gobierno, con que se destroncaron y borraron todor sus designios, como se verá adelante.

CAPITULO XXXIX.

Donde se declara quien fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña, y pellizcaron y arañaron à Don Quijote, con el suceso que tuvo el page que llevò la carta á Teresa Panza, muger de Sancho Panza.

DIce Cide Hamete, puntualisimo escudriñador de los atomos de esta verdadera historia, que al tiempo que Doña Rodriguez salió de su aposento para ir á la estancia de D. Quijote, otra dueña que con ella dormia lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fue tras ella con tanto silencio, que la buena Doña Rodriguez no lo echó de ver; y asi como la dueña la vió entrar en la estancia de D. Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fue á poner en pico á su Señora la Duquesa de como Doña Rodriguez quedaba en el aposento de Don Quijote: la Duquesa se lo dijo al Duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña queria con D. Quijote: el Duque se la dió; y las dos con gran tiento y sosiego paso ante paso llegaron á ponerse jun-

to á la puerta del aposento, y tan cerca que oian todo lo que dentro hablaban; quando oyó la Duquesa que Rodriguez habia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora: y asi llenas de colera, y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acribillaron á D. Quijote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mugeres despierta en ellas en gran manera la ira, y enciende el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que la habia pasado, de lo que se holgó mucho: y la Duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse, y recibir pasatiempo con D. Quijote, despachó al page que habia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto (que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su Gobierno) á Teresa Panza su muger con la carta de su marido, y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados. Dice, pues, la historia, que el page era muy discreto y agudo: y con deseo de servir á sus Señores partiò de muy buena gana al lugar de Sancho; y antes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mugeres, á quien preguntô si le sabrian decir, si en aquel lugar vivia una muger llamada Teresa Panza, muger de un cierto Sancho

cho Panza, escudero de un Caballero llamado D. Quijote de la Mancha? A cuya pregunta se levantó en pie una mozuela que estaba lavando, y dijo: Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi Señor, y el tal Caballero nuestro amo. Pues venid, doncella, dijo el page, y mostradme á vuestra madre, porque la traygo una carta y un presente del tal vuestro padre. Eso haré yo de muy buena gana, Señor mio, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco mas á menos, y dejando la ropa que lavaba á otra compañera sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgreñada, saltó delante de la cabalgadura del page, y dijo: Venga v. m. que en la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella, con harta pena por no haber sabido muchos dias ha de mi Señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el page, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas. Finalmente, saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa, dijo á voces desde la puerta: Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aqui un Señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre, á cuyas voces salió Teresa Panza su madre hilando un poco de estopa con una saya parda: parecia, segun era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar, con

un corpezuelo asimismo pardo, y una camisa de pechos; no era muy vieja, aunque mostraba pasar de los quarenta, pero fuerte, tiesa, nerbuda y avellanada, la qual viendo á su hija, y al page acaballo, la dijo: Qué es esto niña, que Señor es este? Es un servidor de mi Señora Doña Teresa Panza, respondiò el page, y diciendo y haciendo, se arrojò del caballo, y se fue con mucha humildad á poner de hinojos ante la Señora Teresa, diciendo: Deme v. m. sus manos, mi Señora Doña Teresa, bien asi como muger legitima y particular del Señor Don Sancho Panza, Gobernador propio de la Insula Barataria. Ay, Señor mio! quiteseme de ahí, no haga eso, respondiò Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripa terrones, y muger de un escudero Andante, y no de Gobernador alguno. Vuestra merced, respondió el page, es muger dignisima de un Gobernador archidignisimo; y para prueba de esta verdad reciba v. m. esta carta y este presente, y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con estremos de oro, y se la echó al cuello, y dijo: Esta carta es del Señor Gobernador; y otra que traygo, y estos corales son de mi Señora la Duquesa que á v. m. me envia. Quedò pasmada Teresa, y su hija ni mas ni menos, y la muchacha dijo: Que me maten si no anda

da por aqui nuestro Señor amo Don Quijote, que debe de haber dado á padre el Gobierno que tantas veces le habia prometido. Asi es la verdad respondiò el page, que por respeto del Señor D. Quijote es ahora el Señor Sancho Gobernador de la Insula Barataria, como se verá por esta carta. Leamela v. m. Señor gentil hombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar no sé leer migaja: ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero esperenme aqui, que yo iré á llamar quien la lea, hora sea el Cura mesmo, ò el Bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No hay para qué se llame á nadie, dijo el page, que yo no se hilar, pero se leer, y la leeré; y asi se la leyò toda, que por quedar ya referida no se pone aqui; y luego sacò otra de la Duquesa, que decia de esta manera:

Amiga Teresa, las buenas partes de la bondad y del ingenio de vuestro marido Sancho me movieron, y obligaron á pedir à mi macho el Duque le diese un Gobierno de una Insula de muchas que tiene: tengo noticia que gobierna como un girifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el Duque mi Señor por el consiguiente; por lo que doy muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberle escogido para el tal Gobierno, porque quiero que sepa la Señora Teresa, que con dificultad se halla

la un buen Gobernador en el mundo, y tal me haga á mi Dios como Sancho gobierna; ahí le envio, querida mia, una sarta de corales con extremos de oro, yo me holgara que fuera de perlas orientales; pero quien te da el huevo no te querria ver muerta: tiempo vendrà en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y Dios sabe lo que serà. Encomiendenme à Sanchica su hija, y digala de mi parte que se aparege, que la tengo de casar altamente quando menos lo piense. Dicenme que en ese lugar hay bellotas gordas, envieme hasta dos docenas, que las estimaré en mucho, por ser de su mano, y escribame luego, avisandome de su salud, y de su bien estar; y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer mas que boquear, que su boca será medida; y Dios me la guarde. De este lugar, su amiga que bien la quiere.

La Duquesa.

¡Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena, qué liana, y que humilde Señora! Con estas tales Señoras me entierren á mi, y no las hidalgas que en este pueblo usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la Iglesia con tanta fantasia como si fuesen las mismas Reynas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora: y veis aqui donde esta bue-

buena Señora, con ser Duquesa, me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que hay en la Mancha, y en lo que toca á las bellotas, Señor mio, yo las enviaré á su Señoría un celemin, que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este Señor, pon en orden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino, adunia, y demosle de comer como un Principe, que las buenas nuevas que nos ha traido, y la buena cara que él tiene lo merecen todo, y en tanto saldrè yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, al Padre Cura, y á Maese Nicolás el Barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre. Si haré, madre, respondió Sanchica, pero mire que me ha de dar la mitad de esta sarta, que no tengo yo por tan boba á mi Señora la Duquesa, que se la habia de enviar á ella toda. Todo es para ti, hija, respondió Teresa; pero dejamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon. Tambien se alegrarán, dijo el page, quando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finisimo que el Gobernador solo un dia llevó á caza, el qual todo le envia para la Señora Sanchica. Que me viva el mil años, respondió Sancha, y el que lo trae ni

ni mas ni menos, y aun dos mil, si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas, y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero; y encontrandose acaso con el Cura, y Sanson Carrasco, comenzó á baylar y decir: A fé que ahora que no hay pariente pobre, Gobierno tenemos; no sino, tomese conmigo la mas pintada hidalga, que yo la pondré como nueva. Qué es esto, Teresa Panza? qué locuras son estas, y qué papeles son esos? No es otra locura, sino que estas son cartas de Duquesas y Gobernadores, y estas que traygo al cuello son corales finos; las Ave Marias y los Padres nuestros son de oro de martillo, y yo soy Gobernadora. De Dios en ayuso nos entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decis. Ahí lo podran ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el Cura de modo que las oyó Sanson Carrasco; y Sanson y el Cura se miraron el uno al otro, como admirados de lo que habia leido. Y preguntó el Bachillér quién habia traido aquellas cartas? Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensagero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente que valia mas de tanto. Quitóla el Cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificandose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dijo:

Por

Por el habito que tengo, que no sé qué me diga, ni que me piense de estas cartas y de estos presentes: por una parte veo y toco la fineza de estos corales, y por otra leo que una Duquesa envia á pedir dos docenas de bellotas. Aderecenme esas medidas, dijo entonces Carrasco: Ahora bien, vamos á ver al portador de este pliego, que de él nos informarémos de las dificultades que se nos ofrecen. Hicieronlo asi, y volvióse Teresa con ellos: hallaron al page crivando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al page cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos: y despues de haberle saludado cortesmente, y él á ellos, le preguntó Sanson les dijese nuevas asi de Don Quijote como de Sancho Panza, que puesto que habian leido las cartas de Sancho, y de la Señora Duquesa, todavia estaban confusos, y no acababan de atinar qué sería aquello del Gobierno de Sancho, y mas de una Insula, siendo todas ò las mas que hay en el Mar Mediterraneo de su Magestad. A lo que el page respondiò: De que el Señor Sancho Panza sea Gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea Insula ó no la que gobierna, en eso no me entrometo; pero basta que sea un lugar de mas de mil vecinos; y en quanto á lo de las bellotas, digo que mi Señora la Duque-

quesa es tan llana y tan humilde que no digo el enviar á pedir vellotas á una labradora, pero que la acontecia enviar á pedir un peyne prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan v. ms. que las Señoras de Aragon, aunque son tan principales no son tan puntuosas y levantadas como las Señoras Castellanas, que con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad de esta platica salió Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al page: Digame, Señor, mi Señor padre trae por ventura calzas atadas despues que es Gobernador? No he mirado en ello, respondió el page, pero se deben de traer. Ay Dios mio, replicó Sanchica, y qué será de ver á mi padre con pedorreras: no es bueno sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atadas? Como con esas cosas le verá v. m. si vive, respondió el page; par Dios, terminos lleva de caminar con papahigo con solos dos meses que le dure el Gobierno. Bien echaron de ver el Cura y el Bachiller que el page hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacia todo, que ya Teresa les habia mostrado el vestido, y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas quando Teresa dijo: Señor Cura, eche cara por ahi, si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que compre un berdugado redondo, hecho y

de-

derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere, que en verdad, en verdad, que tengo de honrar el Gobierno de mi marido en quanto yo pudiere; y aun, que si me enojo, me tengo de ir á esa Corte, y echar un coche como todas, que la que tiene marido Gobernador muy bien le puede traer y sustentar. Y como, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi Señora madre en aquel coche: mirad la tal por qual, hija de aquel harto de ajos, y cómo va sentada y tendida en el coche como si fuera una Papela; pero pisen ellos los lodos, y andeme yo en mi coche, levantados los pies del suelo, y mal año y mal mes para quantos murmuradores, hay en el mundo; y andeme yo caliente, y riase la gente. Digo bien, madre mia? Y cómo que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas aventuras y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tu, hija, cómo no para hasta hacerme Condesa que todo es comenzar á ser venturosa; y como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre (que asi como lo es tuyo, lo es de refranes) quando te dieren la baquilla, corre con tu soguilla; quando te dieren un Gobierno, cogele; quando te dieren un Condado, agarrale; y quando te hicieren tus tus con alguna dadiva buena, embasala: no si-

sino dormios, y no respondais á las aventuras y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa. Y qué se me da á mi, añadió Sanchica, que diga el que quisiere quando me vea entonada y fantasiosa : Vióse el perro en bragas de cerro, y lo demás. Oyendo lo qual el Cura, dijo : Yo no puedo creer sino que todos los del linage de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo; ninguno de ellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las platicas que tienen. Asi es la verdad, dijo el page, que el Señor Gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á proposito; todavia dan gusto, y mi Señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho. Qué todavia se afirma v. m. Señor mio, dijo el Bachiller, ser verdad esto del Gobierno de Sancho, y de que hay Duquesa en el mundo que la envie presente y la escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leido las cartas : no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de D. Quijote nuestro compatriota, que todas piensa que son hechas por encantamiento; y asi estoy por decir que quiero tocar y palpar á v. m., por ver si es embajador fantastico, ó hombre de carne y hueso. Señores, no sé mas de mi, respondió el page, sino que soy embajador verdadero, y que el Señor Sancho Panza es Go-

Gobernador efectivo: y que mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal Gobierno; y que he oido decir que en él se porta valentisimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamiento ó no, vuestras mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es: Por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amos y los quiero mucho. Bien podrá ello ser asi, replicò el Bachillér, pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondió el page, la verdad es la que he dicho, y esta que ha de andar siempre sobre la mentira como el aceyte sobre el agua; y si no, *operibus credire, & non verbis*: Venganse alguno de vuestras mercedes conmigo, y verá con los ojos lo que no creen por los oidos. Esa ida á mi toca, dijo Sanchica, lleveme vuestra merced, Señor, á las ancas de su rocin, que yo iré de muy buena gana á ver á mi Señor padre. Las hijas de los Gobernadores, respondió el page, no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran numero de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica, tambien me vaya sobre una pollina como sobre un coche; hallado la habeis la melindrosa. Calla muchacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal tiempo, tal el tiento; quando Sancho, Sancha; y quando Gobernador,

Señora; y no sé si digo algo. Mas dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el page, y denme de comer, y despachenme luego, porque pienso volverme esta tarde. A lo que dijo el Cura: Vuestra merced se vendrá á hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad que alhajas para servir á tan buen huesped. Rehusólo el page; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el Cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle despacio por Don Quijote y sus hazañas. El Bachillér se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el Bachiller se metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon, y asi dió un bollo y dos huevos á un Molinacillo que sabia escribir, el qual la escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de un mismo caletre, que no son las peores en que en esta grande Historia se ponen, como se verá adelante.

CAPITULO LI.

Del progreso del Gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.

AManeció el dia que se siguió á la noche de la ronda del Gobernador la qual el Maestresala pasó sin dormir, ocupado el pen-

sa-

samiento en el rostro, brio y belleza de la disfrazada doncella; y el Mayordomo ocupò lo que de ella faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho hacia; y decia tan admirado de sus hechos, como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos de discretos y tontos. Levantóse en fin el señor Gobernador, y por orden del Doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y quatro tragos de agua fria: cosa, que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de ubas; pero viendo que aquello era mas fuerza, que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma y fatiga de su estomago, haciendole creer Pedro Recio, que los manjares pocos y delicados avivan el ingenio, que era lo que mas convenia á las personas constituidas en mandos y en oficios graves; donde se han de aprovechar, no tanto en las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofisteria padecia hambre Sancho; y tal, que en su secreto maldecia al Gobierno; y aun á quien se le habia dado: pero con su hambre y su conserva se puso á juzgar aquel dia; y lo primero que se le ofreció fue una pregunta que un forastero le hizo, estando presente á todo el Mayordomo y los demás acolitos, que fue: Señor un caudaloso rio dividia á dos terminos de un mismo Señorio: (y esté vuestra merced atento, porque el

caso es de importancia y algo dificultoso) digo, pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo de ella una horca y una como casa de audiencia, en la qual de ordinario habia quatro Jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del rio y de la puente y del Señorio, que era en esta forma: Si alguno pasare por esta puente de una parte á otra ha de jurar primero adonde y á qué va, y si jurare verdad, dejenle pasar; y si dijera mentira, muera por ello ahorcado en la horca que alli se muestra sin remision alguna. Sabida esta ley, y la rigorosa condicion de ella, pasaban muchos; y luego en lo que juraban se echaba de ver que decian verdad, y los Jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento á un hombre, juró, y dijo que para el juramento que hacia, que iba á morir en aquella horca que alli estaba, y no á otra cosa. Repararon los Jueces en el juramento, y dijeron: Si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe de morir, y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca; y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pidese á vuestra merced, señor Gobernador, que harán los Jueces del tal hombre, que aun hasta ahora están dudosos y suspensos; y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuestra merced,

me

me enviaron á mi á que suplicase á vuestra merced de su parte diese su parecer en tan intrincado y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: Por cierto que esos señores Jueces que á mi os envian lo podian haber escusado, porque yo soy un hombre que tengo mas de mostrenco, que de agudo; pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo lo entienda, quizá podria ser que diese en el hito. Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero habia dicho. Sancho dijo: A mi parecer, ese negocio en dos paletas lo declararé yo; y es asi: El tal hombre jura que va á morir en la horca, y si muere en ella juró verdad; y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente; y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen. Asi es, como el señor Gobernador dice, dijo el mensagero; y quanto á la entereza y entendimiento del caso no hay mas que pedir ni que dudar. Digo yo, pues, ahora, replicó Sancho, que de este hombre, aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen; y de esta manera se cumplirá al pie de la letra la condicion del pasage. Pues señor Gobernador, replicó el preguntado; será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir: y asi no se consigue cosa al-

guna de lo que la ley pide; y es la necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho, ese pasagero que decis, ó yo soy un porro ó él tiene la misma razon para morir, que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto asi, como lo es, soy de parecer que digais á esos señores que á mi os enviaron, que pues estan en un fiel las razones de condenarle ó absolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado mas el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera firmar: y yo en este caso no he hablado de mio, sino que me vino á la memoria un precepto, entre otros muchos que me dió mi amo D. Quijote la noche antes que viniese á ser Gobernador. de esta Insula, que fue: que quando la justicia estuviese en duda, me descantase y acogiese á la misericordia: y ha querido Dios que ahora se me acordase, por venir en este caso como de molde. Asi es, respondió el Mayordomo, y tengo para mi, que el mismo Licurgo, que dió leyes á los Lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acabese con esto la audiencia de esta mañana, y yo daré orden cómo el señor Gobernador coma muy á su gusto. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho, denme de comer y llue-

van casos y dudas sobre mi, que yo las despavilaré en el ayre. Cumpliò su palabra el Mayordomo pareciendole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto Gobernador; y mas que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciendole la burla ultima que traia en comision de hacerle. Sucedió, pues, que habiendo comido aquel dia contra las reglas y aforisimos del Doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un Correo con una carta de D. Quijote para el Gobernador: mandó Sancho al Secretario que la leyese para si; y que sino viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hizolo asi el Secretario, y repasandola primero, dijo: Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor D. Quijote escribe á vuestra merced, merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice asi:

Carta de D. Quijote de la Mancha á Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria.

QUando esperaba oir nuevas de tus descuidos è impertinencias, Sancho amigo, las ohî de tus discreciones, de que dí por ello gracias particulares al Cielo, el qual del estiercol sabe levantar los hombres, y di los tontos hacer discretos. Dicenme que gobienas como si fue-

ses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, segun es la humildad con que te tratas; y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazon, porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos, ha de ser conforme á lo que ellos piden, y no á la medida de lo que su humilde condicion te inclina. Vistete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traygas dijes ni galas, ni que siendo Juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el habito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas; la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que mas fatigue el corazon de los pobres, que la hambre y la carestia.

No hagas muchas prematicas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden y cumplan, que las prematicas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen: antes da á entender que el Principe que tuvo discrecion y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen: y las leyes que atemorizan, y no se executan, vienen á ser como la viga, Rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron so-

bre ella. Se padre de las virtudes, y padrastro de los vicios. No seas siempre rigoroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos que en esto está el punto de la discrecion. Visita las carceles, las carnicerias y las plazas, que la presencia del Gobernador en lugares tales es de mucha importancia. Consuela á los presos que esperan la brevedad de su despacho; es coco á los carniceros, que por entonces igualan los pesos; y espantajo á las placeras, por la misma razon. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo qual yo no lo creo) codicioso, mugeriego, ni gloton, porque en sabiendo el pueblo y los que tratan tu inclinacion determinada, por alli te darán bateria, hasta derribarte en el profundo de la perdicion. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te dí por escrito antes que de aqui partieses á tu Gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas una ayuda de costa que te sobrelleve los trabajos y dificultades que á cada paso á los Gobernadores se les ofrecen. Escribe á tus señores, y muestrales agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe; y la persona que es agradecida á los que bien le han hecho, da indicio que tambien lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace. La Señora Duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente á tu muger Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta.

Yo

Yo he estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento que me sucedió no muy á cuento de mis narices, pero no fue nada que si hay encantadores que me maltraten, tambien los hay que me defiendan. Avisame si el Mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tu sospechaste: y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino; quanto mas, que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia de estos Señores; pero aunque se me da mucho, no se me da nada, pues en fin en fin tengo de cumplir antes con mi profesion, que con su gusto, conforme á lo que suele decirse: Amicus Plato, sed magis amica veritas. *Digote este Latin, porque me doy á entender, que despues que eres Gobernador lo habrás aprendido. Y á Dios, el qual te guarde de que ninguno te tenga lastima.*

Tu amigo
Don Quijote de la Mancha.

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fue celebrada y tenida por discreta de los que la

la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al Secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo mas quiso responder luego á su Señor D. Quijote, y dijo al Secretario, que sin añadir ni quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dijese, y asi lo hizo; y la carta de la respuesta fue del tenor siguiente.

Carta de Sancho Panza á D. Quijote de la Mancha.

LA ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortar las uñas, y asi las traygo tan crecidas, qual Dios lo remedie. Digo esto, Señor mio de mi alma, porque vuestra merced no se espante si hasta ahora no he dado viso de bien ó mal estar en este Gobierno, en el qual tengo mas hambre que quando andabamos los dos por las selvas y por los despoblados.

Escribióme el Duque mi Señor el otro dia, dandome aviso que habian entrado en esta Insula ciertas espias para matarme, y hasta ahora yo no he descubierto otra que un cierto Doctor que está en este lugar asalariado para matar á quantos Gobernadores aqui viniesen: llamase el Doctor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera, porque vea vuestra merced qué nombre para no temer que he de morir á sus manos. Este tal Doctor

dice él mismo de sí mismo, que el no cura las enfermedades quando las hay, sino que las previene para que no vengan, y las medicinas que usa son dieta y mas dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza, que la calentura. Finalmente, el me va matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho; pues quando pensé venir à este Gobierno á comer caliente, y á beber frio, y á recrear el cuerpo entre sabanas de olanda, sobre colchones de pluma, he venido á hacer penitencia como si fuera Ermitaño; y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo me ha de llevar el diablo.

Hasta ahora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en que va esto porque aqui me han dicho que los Gobernadores que á esta Insula suelen venir; antes de entrar en ella, ó les han dado, ó les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los demás que van á Gobiernos, no solamente en este.

A noche andando de ronda, topé una muy hermosa doncella en trage de varon, y un hermano suyo en habito de muger: de la moza se enamorô mi Maestresala, y la escogió en su imaginacion para su muger segun él ha dicho; yo escogi el mozo para mi yerno: hoy los dos pondrémos en platica nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana hidalgo, y Christiano viejo quanto se quiere.

Yo visito las plazas como vuestra merced me lo aconseja; y ayer hallé una tendera que vendia avellanas nuevas, y averiguela que habia mezclado con una anega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrian bien distinguir; y sentenciéla que por quince dias no entrase en la plaza: hanme dicho que lo hice valerosamente; lo que se decir á v. md. es, que es fama en este pueblo, que no hay gente mas mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas, y atrevidas; y yo asi lo creo por las que he visto en otros pueblos.

De que mi Señora la Duquesa haya escrito á mi muger Teresa Panza, y enviandola el presente que v. md. dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido à su tiempo; beselo la v. md. las manos de mi parte, diciendo que digo yo que no lo ha hechado en saco roto, como lo verá por la obra. No querria que v. md. tuviese trabacuentas de disgustos con esos mis Señores, porque si vuestra merced se enoja con ellos, claro está que ha de redundar en mi daño, y no será bien que pues se me da á mi por consejo que sea agradecido, que vuestra merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su Castillo.

Aquello del gateado no entiendo, porque imagino debe de ser alguna de las malas fechorias que con v. md. suelen usar los malos encantadores; yo

lo sabré quando nos veamos. Quisiera enviarle á vuestra merced alguna cosa; pero no se que envie, sino es algunos canutos de geringas, que para con vegigas los hacen en esta Insula muy curiosos aunque si me dura el oficio, yo buscaré que enviar de baldas ú de mangas. Si me escribiere mi muger Teresa Panza, pague vuestra merced el porte, y envienme la carta, que tengo grandisimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi muger y de mis hijos. Y con esto Dios libre á vuestra merced de mal intencionados encantadores, y á mi me saque con bien y en paz de este Gobierno, que lo dudo, porque le pienso dejar, con la vida segun me trata el Doctor Pedro Recio.

Criado de v. md.
Sancho Panza el Gobernador.

Cerró la carta el Secretario, y despachó luego al correo, y juntamente los burladores de Sancho dieron orden entre sí como despacharle del Gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser Insula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la Republica; y que no pudie-

Tecnológico de Monterrey

diesen meter en ella vino de las partes que quisiesen; con adimento, que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio, segun su estimacion, bondad y fama; y el que lo aguase ó le mudase el nombre, perdiese la vida por ello. Moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia. Puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interese. Puso gravisimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de dia. Ordenó que ningun ciego cantase milagro en coplas, si no trajese testimonio autentico de verdadero, por parecerle que los mas que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un Alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran; porque á la sombra de la manquedad fingida, y de la llaga falsa, andan los bravos ladrones, y la salud borracha. En resolucion, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *Las Constituciones del gran Gobernador Sancho Panza.*

CA-

CAPITULO LII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida ó Angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez.

CUenta Cide Hamete, que estando D. Quijote ya sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel Castillo tenia era contra toda orden de Caballeria que profesaba; y asi determinó de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, donde pensaba ganar el arnés que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia á la mesa con los Duques, y comenzando á poner en obra su intencion, y pedir la licencia, veis aqui á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mugeres (como despues pareció) cubiertas de luto de los pies á la cabeza, y la una de ellas, llegando á D. Quijote, se le echó á los pies tendida de largo á largo la boca cosida con los pies de D. Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusion á todos los que la oian, miraban; y aunque los Duques pensaron que seria alguna burla que sus criados querian hacer á D. Quijote, todavia viendo con el ahinco que la muger suspiraba, gemia lloraba, los tuvo dudosos y sus-

suspensos, hasta que D. Quijote compasivo la levantó del suelo, y hizo que se descubriese, y quitase el manto de sobre la faz llorosa: ella lo hizo asi, y mostró ser (lo que jamás se pudiera pensar, y porque descubrió el rostro de Doña Rodriguez) la dueña de la casa; y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico: Admiraronse todos aquellos que la conocian, y mas los Duques que ninguno, que puesto la tenian por boba y de buena pasta, no por tanto, que viniese á hacer locuras. Finalmente, Doña Rodriguez, volviendose á los Señores Duques, les dijo: Vuestras Excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este Caballero, porque asi conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dijo que él se la daba, y que departiese con el Señor D. Quijote quanto le viniese en deseo. Ella, enderezando la voz y el rostro à D. Quijote, dijo: Dias ha, valeroso Caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada hija, que és esta desdichada que aqui está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella, enderezandola el tuerto que la tienen fecho, y ahora ha llegado á mi noticia que os quereis partir de este Castillo en busca de las bue-

nas venturas que Dios os deparare ? y asi querria que antes que os escurriesedes por esos caminos, desafiasedes á este rustico indomito, y le hiciesedes que se casase con mi hija en cumplimiento de la palabra que la dió de ser su esposo antes y primero que yogase con ella ; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya v. m. en puridad tengo declarada. Y con esto, nuestro Señor dé á v. m. mucha salud, y á nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió D. Quijote con mucha gravedad y prosopopeya: Buena dueña, templad vuestras lagrimas, ó por mejor decir, enjugadlas, y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la qual la hubiera estado mejor no haber sido tan facil en creer promesas de enamorados, las quales por la mayor parte son ligeras de prometer, y muy pesadas de cumplir ; y asi, con licencia del Duque mi Señor, yo me partiré luego en busca de ese desalmado mancebo, y le hallaré, le desafiaré, y le mataré cada y quando que se escusare de cumplir la prometida palabra: que el principal asunto de mi profesion es perdonar á los humildes, y castigar á los soberbios : quiero decir, acorrer á los miserables, y destruir á los rigurosos. No es menester, respondió el Duque, que v. m. se pon-

ponga en trabajo de buscar el rustico de quien esta buena dueña se queja; ni es menester tampoco que v. m. me pida à mi licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafio, y que acete y venga á responder por si á este mi Castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno, como están obligados á guardarla todos aquellos Principes que dan campo franco á los que se combaten en los terminos de sus Señorios. Pues con ese seguro, y con buena licencia de vuestra grandeza, replicó D. Quijote, desde aqui digo que por esta vez renucio mi hidalguia, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitandole para poder combatir conmigo; y asi, aunque ausente, le desafio y reto en razon de que hizo mal en defraudar á esta pobre, que fue doncella, y ya por su culpa no lo es: y que la ha de cumplir la palabra que la dió de ser su legitimo Esposo, ó morir en la demanda. Y luego, descalzandose un guante, le arrojó en mitad de la sala, y el Duque le alzò, diciendo, que como ya habia dicho, él aceptaba el tal desafio en nombre de su vasallo, y señalaba el plazo de alli á seis dias: y el campo en la

plaza de aquel Castillo, y las armas acostumbradas de los Caballeros, lanza y escudo, y arnés trazando, con todas las demás piezas, sin engaño, supercheria ó supesticion alguna, examinadas y vistas por los Jueces del campo; pero ante todas cosas es menester que esta buena dueña, y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del Señor D. Quijote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará á debida ejecucion el tal desafio. Yo si pongo, respondió la dueña. Y yo tambien, añadió la hija, toda llorosa, toda vergonzosa y de mal talante. Tomado, pues, este apuntamiento, y habiendo imaginado el Duque lo que habia de hacer en el caso, las enlutadas se fueron; y ordenó á la Duquesa que de allí adelante no las tratase como á sus criadas, sino como á Señoras aventureras, que venian á pedir justicia á su casa; y asi las dieron quarto aparte, y las sirvieron como á forasteras, no sin espanto de las demás criadas, que no sabian en qué habia de parar la sandéz y desenvoltura de Doña Rodriguez y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta, y dar buen fin á la comida, veis aquí donde entrò por la sala el page que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, muger del Gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, de-

seosos de saber lo que le habia sucedido en su viage, y preguntandoselo, respondió el page, que no lo podia decir tan en público, ni con breves palabras, que sus Excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entretanto se entretuviesen con aquellas cartas, y sacando dos cartas, las puso en manos de la Duquesa: la una decia en el sobrescrito: *Carta para mi Señora la Duquesa tal de no sè donde*; y la otra: *A mi marido Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria, que Dios prospere mas años que à mi.* No se le cocia el pan, como suele decirse, á la Duquesa hasta leer su carta, y abriendola, y leido para sí, y viendo que la podia leer en voz alta, para que el Duque y los circunstantes la oyesen, leyó de esta manera:

Carta de Teresa Panza á la Duquesa.

MUcho contento me dió, señora mia, la carta que vuestra grandeza me escribió, que en verdad que la tenia bien deseada: la sarta de corales es muy buena, y el vestido de caza de mi marido no le va en zaga. De que V. Señoria haya hecho Gobernador á Sancho mi consorte, ha recibido gusto todo el lugar, puesto que no hay quien lo crea, principalmente el Cura y Maese Nicolás; el Barbero y Sanson Carrasco el Bachiller,

pero á mi no se me da nada, que como ello sea asi, como lo es, diga cada uno lo que quisiere; aunque si va á decir verdad, á no venir los corales y el vestido, tampoco yo lo creyera; porque en este pueblo todos tienen á mi marido por un porro; y que sacado de gobernar un hato de cabras, no pueden imaginar para qué gobierno puede ser bueno. Dios lo haga, y lo encamine como ve que lo han menester sus hijos. Yo, Señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de v. m., de meter este buen dia en mi casa, yendome á la Corte á tenderme en un coche, para quebrar los ojos á mil envidiosos que ya tengo. Y asi suplico á V. Excelencia mande á mi marido me envie algun dinerillo, y que sea algo, porque en la Corte son los gastos grandes, que el pan vale á real, y la carne la libra á treinta maravedis, que es un juicio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me están bullendo los pies por ponerme en camino, que me dicen mis amigas y mis vecinas, que si yo, y mi hija andamos orondas y pomposas en la Corte, vendrá à ser conocido mi marido por mi, mas que yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: Quien son estas Señoras de este coche? y un criado mio responda: La muger y la hija de Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria, y de esta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada,

da, y à Roma por todo. Pesame quanto pesarme puede, que este año no se han cogido bellotas en este pueblo; con todo eso envio á V. Alteza hasta medio celemin, que una á una las fui yo á coger y á escoger al monte, y no las hallé mas mayores: yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.

No se olvide á vuestra pomposidad de escribirme, que yo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que avisar de este lugar, donde quedo rogando á nuestro Señor guarde á vuestra grandeza; y á mi no me olvide. Sancha mi hija, y mi hijo besan á v. m. las manos.

La que tiene mas deseo de ver á V. S. que de escribirla,

Su criada
Teresa Panza.

Grande fue el gusto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los Duques; y la Duquesa pidiò parecer á D. Quijote, si seria bien abrir la carta que venia para el Gobernador, que imaginaba debia de ser bonisima. D. Quijote dijo que él la abriria por darles gusto, y asi lo hizo, y vió que decia de esta manera:

Carta de Teresa Panza á Sancho Panza su marido.

TU carta recibi, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo y juro, como Catholica Christiana, que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano, quando llegué á oir que eras Gobernador, me pensé alli caer muerta de puro gozo, que ya sabes tu, que dicen que asi mata la alegria subita como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo de puro contento. El vestido que me enviaste tenia delante, y los corales que me envió mi Señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador de ellas alli presente, y con todo eso creia y pensaba que era todo sueño lo que veia y lo que tocaba; porque quien podia pensar que un pastor de cabras habia de venir á ser Gobernador de Insulas, Ya sabes tu, amigo, que decia mi madre que era menester vivir mucho para ver mucho: digolo, porque pienso ver mas si vivo mas, perque no pienso parar hasta verte arrendador ó alcabalero, que son oficios que aunque lleva el diablo á quien mal los usa, en fin, en fin siempre tienen y manejan dineros. Mi Señora la Duquesa te dirá el deseo que tengo de ir á la Corte: mirate en ello, y avísame de tu gusto, que yo procuraré honrarte en

en ella andando en coche.

El Cura, el Barbero, el Bachillér, y aun el Sacristan, no pueden creer que eres Gobernador, y dicen que todo es embeleco ó cosas de encantamiento, como son todas las de D. Quijote tu amo; y dice Sanson qué ha de ir á buscarte y á sacarte el Gobierno de la cabeza, y á Don Quijote la locura de los cascos: yo no hago sino reirme, y mirar mi sarta, y dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo á vuestra hija. Unas bellotas envié á mi Señora la Duquesa, yo quisiera que fueran de oro. Enviame tu alguna sarta de perlas, si se usan en esta Insula. Las nuevas de este lugar son, que la Berrueca casó á su hijo con un pintor de mala mano que llegó á este pueblo á pintar lo que saliese; mandóle el Concejo pintar las Armas de su Magestad sobre las puertas del Ayuntamiento, pidió dos ducados, dieronselos adelantados, trabajó ocho dias, al cabo de los quales no pintó nada, y dijo que no acertaba á pintar tantas baratijas; volvió el dinero, y con todo eso se casó à titulo de buen oficial: verdad es que ya ha dejado el pincél, y tomado el azada, y va al campo como gentil hombre. El hijo de Pedro Lobo se ha ordenado de Grados y Corona, con intencion de hacerse Clerigo: Supolo Minguilla la nieta de Mingo Silvato, y hale puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento; malas lenguas que

quieren decir que ha estado en cinta de él ; pero él lo niega á pies juntillas. Ogaño no hay aceytunas , ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aqui pasó una compañia de soldados , llevaronse de camino tres mozas de este pueblo ; no te quiero decir quien son , quizá volverán , y no faltará quien las tome por mugeres , con sus tachas buenas ó malas. Sanchica hace puntas de randas , gana cada dia ocho maravedis horros , que los va echando en una alcancia para ayuda de su ajuar ; pero ahora que es hija de un Gobernador tu le darás la dote , sin que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó. Un rayo cayó en la picota , y alli me las den todas. Espero respuesta de esta , y la resolucion de mi ida á la Corte. Y con esto Dios te me guarde mas años que á mi , ó tantos , que no querria dejarte sin mi en este mundo.

Tu muger

Teresa Panza.

Las cartas fueron solemnizadas , reidas, estimadas y admiradas ; y para acabar de echar el sello , llegó el correo , el que traia la que Sancho enviaba á D. Quijote , que asimismo se

se leyó publicamente, la qual puso en duda la sandez del Gobernador. Retiróse la Duquesa para saber del page lo que le habia sucedido en el lugar de Sancho, el qual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese: dióle las bellotas, y más un queso que Teresa le dió por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchon. Recibióle la Duquesa con grandisimo gusto, con el qual le dejarèmos, por contar el fin que tuvo el Gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los Insulanos Gobernadores.

Tecnológico de Monterrey

CA-

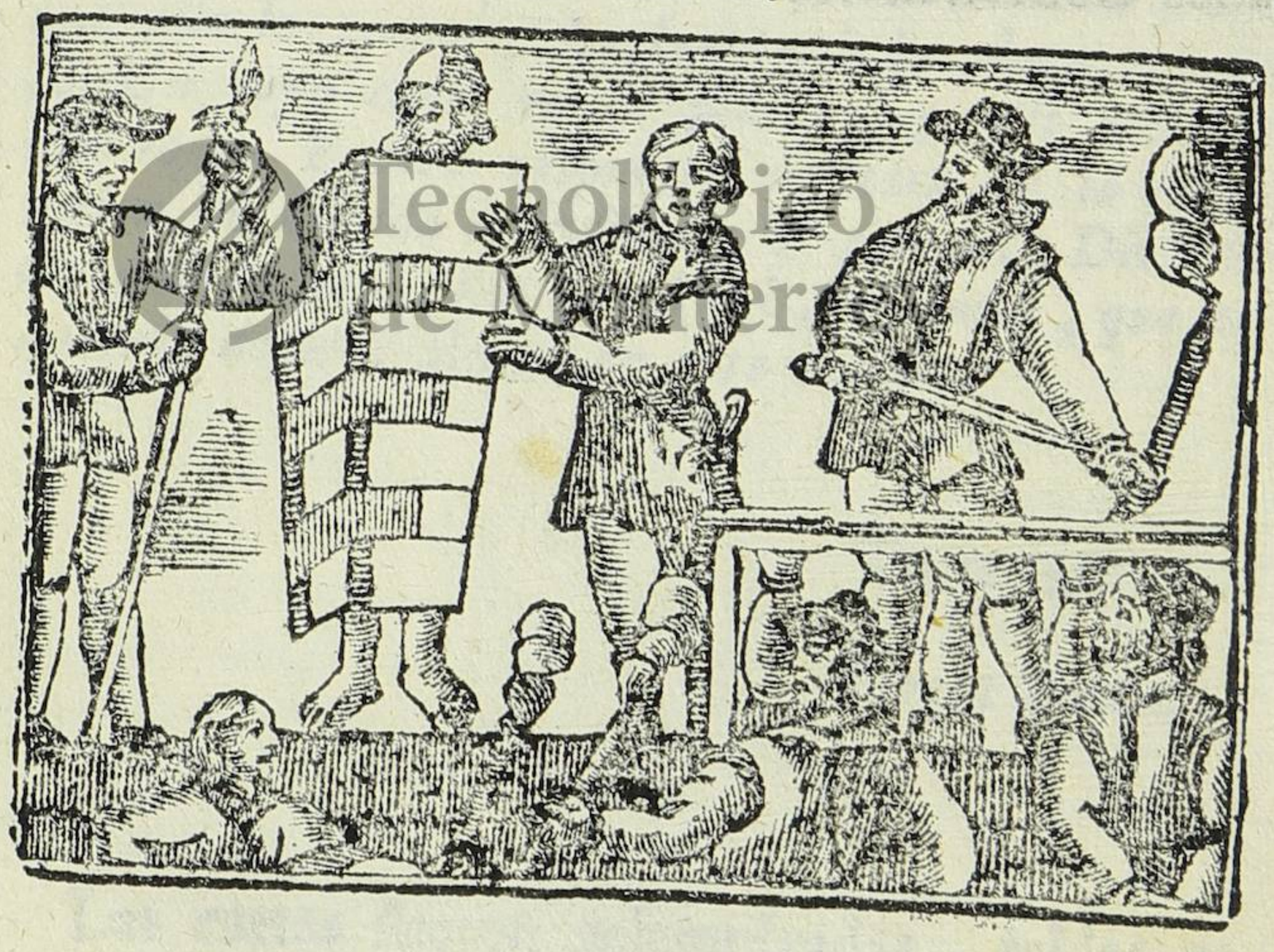
LIBRO OCTAVO

DEL INGENIOSO IDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XLVI.

Del fatigado fin y remate que tuvo el Gobierno de Sancho Panza.



PEnsar que en esta vida las cosas de ella han de estar siempre en un estado, es pensar en lo escusado; antes parece que ella an-

anda toda en redonda. La primavera sigue al verano, el verano al estio, el estio al otoño, el otoño al invierno, y el invierno á la primavera: y asi torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin ligera mas que el tiempo, sin esperar renovarse sino es en la otra, que no tiene terminos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, Philosopho Mahometico; porque esto de entender la ligereza é instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de Fé, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aqui nuestro Autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra y humo de Gobierno de Sancho; el qual estando la septima noche de los dias de su Gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmaticas, quando el sueño, á despecho y pesar de la hambre, le comenzaba á cerrar los parpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecia sino que toda la Insula se hundia. Sentòse en la cama, y estuvo atento y escuhando por ver si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, sino que añadiendose al ruido de voces y de campanas el de infinitas trompetas y atambores,

res, quedó mas confuso y lleno de temor y espanto; y levantandose en pie, se puso unas chinelas, por la humdad del suelo, y sin ponerse sobrerropa de levantar, ni cosa que se pareciese, saliò á la puerta de su aposento á tiempo que vió venir por los corredores mas de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con espadas desembaynadas, gritando á grandes voces: Arma, arma, Señor Gobernador, arma, que han entrado infin tos enemigos en la Insula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre. Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atonito y embelesado de lo que oia y veia; y quando llegaron á él, uno le dijo: Armese luego V. S. si no quiere perderse, y que toda esta Insula se pierda. Qué me tengo de armar, respondió Sancho, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo D. Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro, que yo, pecador fui á Dios, no se me entiende nada de estas priesas. Ah Señor Gobernador, dijo otro, qué relente es ese! armese v. m., que aqui le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guia y nuestro capitan, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro Gobernador. Armenme norabuena, replicò Sancho, y al momento le trajeron dos paveses,

ses, que venian proveidos de ellos; le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un paves delante, y otro detràs, y por unas concabidades que traian hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo, que quedó empare-dado y entablado, derecho como un uso, sin poder doblar las rodillas, ni menearse un solo paso. Pusieronle en las manos una lanza, á la qual se arrimò para poderse tener en pie. Quando asi le tuvieron, le dijeron que caminase, y los guiase y animase á todos, que siendo él su norte, su linterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios. Cómo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tabas que tan cosidas tengo con mis carnes? lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pie en algun postigo, que yo le guardaré, ó con esta lanza ó con mi cuerpo. Ande, Señor Gobernador, dijo otro, que mas es el miedo que las tablas que le impiden el paso. Acabe y meneese, que es tarde, y los enemigos crecen, las voces se aumentan, y el peligro carga; por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre Gobernador á moverse, y fue dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se habia hecho pedazos, y quedó como galapago, en-

encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien asi como barca que da al traves en la arena; y no por verle caido aquella gente burladora le tuvieron comp sion alguna, antes apagando las antorchas, tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dandole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si el no se recogiera y encogiera, metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasára muy mal el pobre Gobernador, el qual en aquella estrecheza recogido, sudaba y trasudaba, y de todo corazon se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase; unos tropezaban en el, otros caian, y tal hubo, que se puso encima un buen espacio, y desde alli, como desde atalaya, gobernaba los exercitos, y á grandes voces decia: Aqui de los nuestros, que por esta parte cargan los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se atranquen, vengan alcancias, pez, y resina en calderas de aceyte ardiendo, trinchense las calles con colchones; en fin, él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad. Y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufria todo: decia entre si:

O si mi Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta Insula, y me viese yo, ó muerto ó fuera de esta grande angustia! Oyó el Cielo su peticion, y quando menos lo esperaba oyó voces que decian: Victoria, victoria, los enemigos van de vencida: ea, Señor Gobernador, levantese vuestra merced, y venga á gozar del vencimiento, y à repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor de este invencible brazo. Levantenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudaronle á levantar, y puesto en pie, dijo: El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente; yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me de un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua. Limpiaronle, trajeronle el vino, desfiaronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor del sobresalto y del trabajo: ya les pesaba á los de la burla de haberla hecho tan pesada; pero el haber vuelto en si Sancho los templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó què hora era? respondieronle que ya amanecia. Calló, y sin decir otra cosa, comenzò á vestirse todo sepultado en silencio, y todos le miraban y esperaban en què habia de parar la priesa con-

que se vestia. Vistióse en fin, y poco á poco, porque estaba molido, y no podia ir mucho à mucho, se fue á la caballeriza, siguiendole todos los que alli se hallaban; y llegandose al rucio, le abrazó, y le dió un beso de paz en la frente; y no sin lágrimas en los ojos, le dijo: Venid vos acá, compañero mio, amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias: quando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años; pero despues que os dejé, y me subi sobre las torres de la ambicion y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y quatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando al asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al Mayordomo, al Secretario, al Maestresala y à Pedro Recio el Doctor, y otros muchos que alli presentes estaban, dijo: Abrid camino, Señores mios, y dejadme volver á mi antigua libertad: dejadme que vaza á buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente: yo no naci para ser Gobernador ni para defender Insu-

las

las di ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas: mejor se me entiende á mi arar, cabar, podar y sarmentar las viñas, que de dar leyes, ni defender Provincias ni Reynos: bien se está San Pedro en Roma; quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido: mejor me está á mi una hoz en la mano, que un cetro de Gobernador; mas quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un Medico impertinente que me mate de hambre, y mas quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujecion del Gobierno entre sabanas de Olanda, y vestirme de martas cebollinas; vuesas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi Señor, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este Gobierno, y sin ella salgo, bien al rebés de como suelen salir los Gobernadores de otras Insulas; y apartense, dejenme ir, que me voy á vizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas: merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mi. No ha de ser asi, Señor Gobernador, dijo el Doctor Recio, que yo le daré à v. m. una bebida contra caidas y molimientos, que luego le vuelva en su pristi-

na entereza y vigor; y en lo de la comida, yo prometo á v. m. de enmendarme, dejandole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondió Sancho, asi dejaré de irme, como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que asi me quede en este, ni admita otro Gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al Cielo sin alas. Yo soy del linage de los Panzas, que todos son testarudos; y asi una vez dicen nones, nones han de ser aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quedense en esta caballeriza las alas de la hormiga que me levantaron en el ayre para que me comiesen ventacejos y otros pajaros, y volvamonos á andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordovan, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja; y nadie tienda mas la pierna de quanto fuere larga la sabana: y dejenme pasar, que se me hace tarde. A lo que el Mayordomo dijo: Señor Gobernador, de muy buena gana dejarémos ir à v. m. puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su christiano proceder obligan á desearsele; pero ya se sabe que todo Gobernador está obligado antes que se ausente de la parte donde ha gobernado á dar primero residencia: déla vuestra merced de los diez

dias

dias que ha que tiene el Gobierno, y vayase á la paz de Dios. Nadie me lo puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el Duque mi Señor; yo voy á verme con él, y á èl se la daré de molde: quanto mas, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un Angel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dijo el Doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciendole primero compañia y todo aquello que quisiere para el regalo de su persona, y para la comodidad de su viage. Sancho dijo que no queria mas de un poco de cebada para el rucio, medio queso, y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no habia menester mayor ni mejor reposteria. Abrazaronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dejó admirados asi de sus razones, como de su determinacion tan resuelta y tan discreta.

CAPITULO LIV.

Que trata de las cosas tocantes á esta Historia, y no otra alguna.

RESolvieronse el Duque y la Duquesa de que el desafio que Don Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante, y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde habia ido huyendo, por no tener por suegra á Doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo Gascon, que se llamaba Tosilos, industriandole primero muy bien de lo que habia de hacer. De alli á dos dias dijo el Duque á Don Quijote, como desde alli á quatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo armado como Caballero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él la hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibiò mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió asimismo de hacer maravilla en el caso, y tuvo á gran ventura haberse le ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta donde se estendia el valor de su brazo; y asi con alborozo y contento esperaba los quatro dias que se iban haciendo á la cuenta de su deseo quatrocientos siglos.

glos. Dejemoslos pasar nosotros (como dejamos pasar ottas cosas) y vamos á acompañar à Sancho, que entre alegre y triste venia caminando sobre el Rucio á buscar á su amo, cuya compañia le agradaba mas que ser Gobernador de todas las Insulas del mundo. Sucedió, pues, que no habiendose alongado mucho de la Insula de su Gobierno, (que él nunca se puso á averiguar si era Insula, Ciudad, Villa ó Lugar la que gobernaba) vió que por el camino por donde él iba venian seis peregrinos con sus bordones, de estos estrangeros que piden la limosna cantando, los quales en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fue una palabra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió que era limosna lo que en su canto pedian; y como él (segun dice Cide Hamete) era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venia proveido, y dióselo, diciendoles por señas, que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana, y dijeron; Guelte, guelte. No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedis, buena gente? Entontes uno de ellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedian dineros; y él poniendose el de-

do pulgar en la garganta, y estendiendo la mano arriba, les diò á entender que no tenia ostugo de moneda, y picando al Rucio, rompió por ellos; y al pasar, habiendole estado mirando uno de ellos con mucha atencion, arremetió á él, y echandole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana, dijo: Valgame Dios! Qué es lo que veo? es posible que tenga en mis brazos á mi caro amigo, al mi buen Sancho Panza? Si tengo sin duda, porque yo ni duermo ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del estrangero peregrino; y despues de haberle estado mirando, sin hablar palabra: con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension el peregrino, le dijo: Cómo, y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el Morisco, tendero de tu lugar? Entonces Sancho le miró con mas atencion, y comenzó á refigurarle; y finalmente, le vino á conocer de todo punto, y sin apearse del jumento, le echò los brazos al cuello, y le dijo: Quién diablos te habia de conocer, Ricote, en este trage de moharracho que traes? Dime, quién te ha hecho Franchote, y cómo tienes atrevimienro de volver á España, donde si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura? Si tu no me descubres, Sancho, respondió el pe-

peregrino, seguro estoy que en este trage no habrá nadie que me conozca, y apartemonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me parti de nuestro lugar por obedecer el vando de su Magestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nacion amenazaba, segun oiste. Hizolo asi Sancho, y hablando Ricote á los demás peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitaronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos, y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian proveidas, á lo menos de cosas incitativas y que llaman a la sed de dos leguas. Tendieronse en el suelo; y haciendo manteles de las yervas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamon, que si no se dejaban mascar, no defendian ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre; no faltaron aceytunas, aunque secas y sin adovo alguno, pero sabrosas y entre-

tretenidas : pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete , fueron seis botas de vino , que cada uno sacó la suya de su alforja : hasta el buen Ricote , que se habia transformado de Morisco en Aleman ó en Tudesco , sacó la suya , que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandisimo gusto , y muy de espacio , saboreandose con cada bocado , que le tomaban con la punta del cuchillo , y muy poquito de cada cosa ; y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el ayre , puestas las bocas en su boca , clavados los ojos en el Cielo , que no parecia sino que ponian en él la punteria ; y de esta manera, meneando las cabezas á un lado , y à otro (señales que acreditaban el gusto que recibian) se estuvieron un buen espacio trasegando en sus estomagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho , y de ninguna cosa se dolia ; antes por cumplir con el refran que él muy bien sabia , de quando á Roma fueres haz como vieres , pidiò a Ricote la bota , y tomó su punteria como los demás , y no con menos gusto que ellos : quatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas; pero la quinta no fue posible , porque ya estaban mas enjutas y secas que un esparto : cosa , que puso mustia la alegria que hasta alli habian mostrado. De quando en quando jun-

juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decia: Español y Tudesqui tuto uno, bon compaño. Y Sancho respondia: Bon compaño, jura Di, y disparaba con una risa, que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le habia sucedido en su Gobierno; porque sobre el rato y tiempo quando se come y bebe poca jurisdiccion suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabarseles el vino fue principio de un sueño que dió á todos, quedandose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solo Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habian comido mas, y bebido menos; y apartando Ricote á Sancho, se sentaron al pie de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño; y Ricote sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

Bien sabes, ó Sancho Panza, vecino y amigo mio, como el pregon y vando que su Mageion puso terror y espanto en todos nosotros: á lo menos en mi le puso, de suerte, que me parece que antes del tiempo que se nos concedia para que hiciesemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, á mi parecer, como prudente: (bien asi como el que sabe que para el tal tiempo le han

de

de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse) ordené, digo, de salir yo solo sin familia de mi pueblo, y ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demás salieron; porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes que se habian de poner en ejecucion á su determinado tiempo; y forzabame á creer esta verdad, saber yo los ruínes y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fue inspiracion Divina lo que movió á su Magestad á poner en efecto tan gallarda resolucion; no porque todos fuesemos culpados, que algunos habia Christianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la mas terrible que nos podia dar: do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berberia y en todas las partes de Africa, donde esperabamos ser recibidos, acogidos y regalados, alli es donde mas nos ofen-

den

den y maltratan : no hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido , y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España , que los mas de aquellos (y son muchos) que saben la lengua como yo, se vuelven á ella , y dejan allá sus mugeres y sus hijos desamparados : tanto es el amor que la tienen ; y ahora conozco y experimento lo que suele decirse , que es dulce el amor de la patria. Sali , como digo , de nuestro pueblo , entré en Francia , y aunque alli nos hacian buen acogimiento , quise verlo todo: pasé á Italia , y llegué á Alemania , y alli me pareció que podia vivir con mas libertad , porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas , cada uno vive como quiere , porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta , juntéme con estos peregrinos , que tienen por costumbre de venir á España muchos de ellos cada año á visitar los Santuarios de ella , que los tienen por sus Indias , y por certisima grangeria y conocida ganancia : andanla casi toda , y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos , como suele decirse , y con un real por lo menos en dinero, y al cabo de su viage salen con mas de cien escudos de sobra , que trocados en oro , ò ya en el hueco de los bordones , ó entre los remien-

miendos de las esclavinas, ò con la industria que ellos pueden, los sacan del Reyno, y los pasan à sus tierras, á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del Pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó parar desde Valencia á mi hija y y mi muger, que sé que está en Argél, y dar traza còmo traerlas á algun puerto de Francia, y desde alli llevarlas á Alemania, donde esperarémos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca mi muger son Catholicas Christianas; y aunque yo no lo soy tanto, todavia tengo mas de Christiano que de Moro: y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir; y lo que me tiene admirado es, no saber por qué se fue mi muger y mi hija antes á Berberia que á Francia, adonde podia vivir como Christiana. A lo que respondió Sancho: Mira, Ricote, eso no debió de estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopeyo el hermano de tu muger, y como debe de ser fino Moro, fuese á lo mas bien parado; y se te decir otra cosa, que creo que vas en valde á buscar lo que dejaste enterrado, porque tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado y tu muger

ger muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, respondió Ricote: pero yo sé, Sancho, que no tocaron en mi entierro, porque yo no les descubri donde estaba, temeroso de algun desman; y asi, si tu, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré doscientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, respondiò Sancho, pero no soy nada codicioso, que á serlo, un oficio dejé de entre las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata; y asi por esto como por parecerme haria traicion á mi Rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes doscientos escudos, me dieras aqui de contado quatrocientos. Y qué oficio es el que has dejado Sancho? preguntó Ricote. He dejado de ser Gobernador de una Insula, respondiò Sancho, y tal, que á buena fé que no hallen otra como ella á tres tirones. Y dónde está esa Insula? preguntò Ricote. Adonde? respondió Sancho, dos leguas de aqui, y se llama la Insula Barataria. Calla, Sancho, dijo Ricote, que las Insulas están allá dentro de la mar, que no hay Insulas en la tierra firme. Cómo no? replicó Sancho; digote, Ricote amigo, que esta mañana me parti

ti de ella, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario; pero con todo eso la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los Gobernadores. Y qué has ganado en el Gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales Gobiernos son acosta de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento; porque en las Insulas deben de comer poco los Gobernadores, especialmente si tienen Medicos que miren por su salud: Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero parecemeque todo lo que dices es disparate, que quien te habia de dar á ti Insulas que gobernases? faltaban hombres en el mundo mas habiles para Gobernadores que tu eres? Calla, Sancho, y vuelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, y á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he prometido. Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: contentate, que por mi no serás descubierto, y prosigue en buen hora tu camino, y dejame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde; y lo malo, ello y su dueño. No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero dime, hallaste en nuestro lu-

lugar quando se partió de él mi muger, mi hija y mi cuñado? Si hallé, respondió Sancho, y te sé decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla quantos habia en el pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo: Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á quantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen á Dios y á nuestra Señora su Madre: y esto con tanto sentimiento, que á mi me hizo llorar, (que no suelo ser muy lloron) y á fe que muchos tuvieron deseo de esconderla, y salir á quitarsela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandato del Rey los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado Don Pedro Gregorio, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla, pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese Caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricote, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habrás oido decir, Sancho, que las Moriscas pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con Christianos viejos; y mi hija, que á lo que yo creo, atendia á ser mas christiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes de ese Señor Ma-

yorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les estaria mal; y dejame partir de aqui, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi Señor D. Quijote, Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino: y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.

CAPITULO LV.

De cosas sucedidas à Sancho en el camino, y otras, que no hay mas que ver.

EL haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel dia llegase al Castillo del Duque, puesto que llegó media legua de él, donde le tomó la noche algo obscura y cerrada; pero como era verano no le dió mucha pasadumbre, y asi se aparró del camino con intencion de esperar la mañana, y quiso su corta y desventurada suerte, que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio en una honda sima obscurisima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fue asi, porque

que á poco mas de tres estados dió fondo el rucio, y él se halló encima de él, sin haber recibido lesion ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento, por ver si estaba sano ó agugereado por alguna parte, y viendose bueno, entero y catholico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos; tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si seria posible salir de ella sin ayuda de nadie; pero todas las halló rasas, y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente quando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. Ay, dijo entonces Sancho Panza, y quan no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! Quien dijera que el que ayer se vió entronizado Gobernador de una Insula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro! Aqui habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de mondo y quebrantado, y yo de pesaroso; á lo menos no seré yo tan venturoso como lo fue mi Señor D. Quijote de la Mancha

cha, quando descendió y bajó á la cueba de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fue á mesa puesta, y á cama hecha: alli vió él visiones hermosas y apacibles; y yo veré aqui, á lo que creo, sapos y culebras: desdichado de mi, y en qué han parado mis locuras y fantasias! De aqui sacarán mis huesos (quando el Cielo sea servido que me descubran) mondos, blancos y raidos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quien somos, á lo menos de los que tuvieron noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Ay, otra vez digo, miserables de nosotros, que no ha querido nuestra corta suerte que muriesemos en nuestra Patria y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien de nosotros se doliera, y en la hora ultima de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos!

O compañero y amigo mio, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! perdoname, y pide á la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque de este miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laureles en la cabeza, que no parezcas sino un laureado Poeta, y de darte los piensos doblados. De esta manera se lamentaba Sancho Panza, y

su

su jumento le escuchaba, sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que aquel pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad y resplandor vio Sancho, que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse de nuevo, y dar voces, por ver si alguno le oia; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie, que apenas se podia tener: y sacando de las alforjas (que tambien habian corrido la misma fortuna de la caida) un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y dijole Sancho, como si le entendiera: Todos los duelos con pan son buenos. En esto se descubrió á un lado de la sima un agugero, capaz de caber por él una persona, si se agoviaba y encogia, acudió á el Sancho Panza, y agazapandose se entrò por él, y vió que por de dentro era espacioso, y largo, y pudole ver, porque por lo que se podia llamar techo entraba un rayo de sol, que lo descubria todo; vió tambien que se dilataba y alargaba por otra concabidad espaciosa; viendo lo qual, volvió á salir adonde estaba el ju-

mento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero de modo, que en poco espacio hizo lugar, donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo; y cogiendole del cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte; á veces iba á obscuras, y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo. Valame Dios todo poderoso! decia entre si; esta que para mi es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo D. Quijote; él si que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos, y por Palacios de Galiana, y esperara salir de esta obscuridad y estrecheza á algun florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo, y menoscabado de animo, a cada paso pienso que debajo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que esta, que acabe de tragarme: bien vengas mal si vienes solo. De esta manera y con estos pensamientos le pareció que habria caminado poco mas de media legua, al cabo de la qual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba índicio de tener fin abierto aquel (para él) camino de la otra vida. Aqui le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de D. Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija

de

de Doña Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenian fecho. Sucedió, pues, que saliendose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los pies tan junto á una cueba, que á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó; y llegandose algo mas cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estandola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percibir y entender que el que las daba decia: Ah de arriba; hay algun Christiano que me escuche? ó algun Caballero caritativo, que se duela de un pecador enterrado en vida? de un desdichado desgobernado Gobernador? Parecióle á D. Quijote que oia la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado; y levantando la voz todo lo que pudo, dijo: Quién está allá bajo? quién se queja? Quién puede estar aqui, ò quién se ha de quejar, respondiò, sino el asendereado de Sancho Panza, Gobernador por sus pecados y por su mala andanza de la Insula Barataria, Escudero que fue del famoso Caballero D. Quijote de la Mancha? Oyendo lo qual D. Quijote se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo, viniendosele al pensamiento que Sancho Panza debia de ser

muerto, y que estaba alli penando su alma; y llevado de esta imaginacion, dijo: Conjurote por todo aquello que puedo conjurarte, como Catholico Christiano, que me digas quien eres, y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti, que pues es mi profesion favorecer y acorrer á los necesitados de este mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por si propios. De esa manera, respondieron, vuestra merced que me habla, debe de ser mi Señor D. Quijote de la Mancha, y aun en el organo de la voz no es otro sin duda. D. Quijote soy, replicó D. Quijote, el que profeso socorrer y ayudár en sus necesidades á los vivos y á los muertos. Por eso, dime, quien eres que me tienes atonito; porque si eres mi Escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el Purgatorio, sufragios tiene nuestra Santa Madre la Iglesia Catholica Romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo, que lo solicitaré con ella por mi parte con quanto mi hacienda alcanzare; por eso acaba de declararte, y dime quien eres. Voto á tal respondieron, y por el nacimiento de quien vuestra merced quisiere, juro Señor D. Quijote de la Mancha, que yo soy su Escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los

dias

dias de mi vida, sino que habiendo dejado mi Gobierno, por cosas y causas, que es menester mas espacio para decirlas, anoche caì en esta sima, donde cayó el rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues por mas señas está aqui conmigo: y hay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueba retumbaba. Famoso testigo, dijo D. Quijote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oygo, Sancho mio: esperame irè al Castillo del Duque, que está aqui cerca, y traeré quien te saque de esta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. Vaya vuestra merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aqui sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dejóle D. Quijote, y fue al Castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haber caido por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos inmemorables estaba alli hecha; pero no podian pensar como habia dejado el Gobierno, sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y acosta de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al rucio, y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del Sol. Vióle un Estudian-

te

te y dijo: De esta manera habian de salir de sus Gobiernos todos los malos Gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca, á lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dijo: Ocho dias ó diez ha, hermano murmurador, que entré á gobernar la Insula que me dieron, en los quales no me vi harto de pan siquiera una hora: en ellos me han perseguido Medicos, y enemigos me han brumado los huesos, ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos; y siendo esto asi, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor, y lo que le está bien á cada uno; y qual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga de esta agua no beberé que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas, y Dios me entiende, y basta, y no digo mas, aunque pudiera. No te enojes, Sancho, dijo D. Quijote, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar; ven tu con segura conciencia, y digan lo que dijeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el Gobernador sale rico de su Gobierno, dicen de él que ha sido un ladron; y si sale pobre, que ha sido un para poco y mentecato. A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto que por la-

ladron. En estas platicas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al Castillo, adonde en unos corredores estaban ya el Duque y la Duquesa esperando á D. Quijote y Sancho, el qual no quiso subir á ver al Duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza; porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada, y luego subió á ver á sus Señores, ante los quales puesto de rodillas, dijo: Yo, Señores, porque lo quiso asi vuestra grandeza, sin ningun merecimiénto mio, fui á gobernar vuestea Insula Barataria, en la qual entré desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleytos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido asi el Doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, Medico Insulano y Gobernadoresco. Acometieronnos enemigos de noche, y habiendonos puesto en grande aprieto, dicen los de la Insula que salieron libres y con victoria por el valor de mi brazo, que tal salud les de Dios, como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo, y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta, que nos las podrian llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljava; y asi, antes que

die-

diese conmigo al través el Gobierno, he querido yo dar con el Gobierno al través, y ayer de mañana dejé la Insula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenia quando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metidome en grangerias; y aunque pensaba hacer algunas Ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habian de guardar, que es lo mesmo hacerlas, que no hacerlas. Salí, como digo, de la Insula sin otro acompañamiento que el de mi rucio, caì en una sima, vineme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del sol vi la salida; pero no tan facil, que á no deparme el cielo á mi señor D. Quijote, alli me quedara hasta la fin del mundo. Asi que, mis Señores Duque y Duquesa, aqui está vuestro Gobernador Sancho Panza, que ha grangeado en solos diez dias que ha tenido el Gobierno el conocer que no se le ha de dar nada por ser Gobernador, no que de una Insula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen, salta tu y damela tu, doy un salto del Gobierno, y me paso al servicio de mi Señor D. Quijote, que en fin en él, aunque como el pan con sobresalto, hartome á lo menos; y para mi, como yo esté harto, eso me hace, que sea de zanahorias ó de perdices. Co esto dió

fin

fin á su larga platica Sancho, temiendo siempre D. Quijote que habia de decir en ella millares de disparates, y quando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazon gracias al Cielo; y el Duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el Gobierno; pero que él haria de suerte que le diese en su Estado otro oficio de menos carga y de mas provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido, y peor parado.

CAPITULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre D. Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña Rodriguez.

NO quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del Gobierno que le dieron, y mas que aquel mismo dia vino su Mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias; y finalmente, les encareció el asalto de la Insula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues de esto cuenta la Historia, que se llegó el dia de la ba-

batalla aplazada: y habiendo el Duque una y muchas veces advertido á un lacayo Tosilos como se habia de venir con D. Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros las lanzas, diciendo á D. Quijote, que no permitia la Christiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el Decreto del Santo Concilio, que prohibe los tales desafios, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. D. Quijote dijo, que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedeceria en todo. Llegado pues el temeroso dia, y habiendo mandado el Duque que delante de la plaza del Castillo se hiciese un espacioso cadahalso, donde estuviesen los Jueces del campo, y las dueñas, madre, y hija demandantes: habia acudido de todos los Lugares y Aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian, ni los que habian muerto: el primero que entró en el campo y estacada fue el Maestro de las ceremonias, que tanteó el campo, y le paseó todo, porque en él no hubiese algun engaño ni cosa encubierta, donde se tropezase y cayese. Luego entraron las

dueñas y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente D. Quijote en la estacada. De alli á poco acompañado de muchas trompetas asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiendola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambronado con unas fuertes y lucientes armas; el caballo mostraba ser frison, ancho y de color tordillo: de cada mano y pie le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque su Señor, de como se habia de portar con el valeroso D. Quijote de la Mancha; advertido, que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por escusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedia; llamó el Maese de Campo á D. Quijote que ya se habia presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló á las dueñas, preguntandolas, si consentian que volviese por su derecho D. Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que si, y que todo lo que en aquel caso hiciese, lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una Galeria

ria que caia sobre la estacada, toda la qual estaba coronada de infinita gente que esperaba ver el rigoroso trance, nunca visto. Fue condicion de los combatientes, que si D. Quijote vencia, su contrario se habia de casar con la hija de Doña Rodriguez; y si él fuese vencido quedaba libre su contendedor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfaccion alguna. Partióles el Maestro de las ceremonias el Sol, puso á los dos cada uno en el puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores, llenó el ayre el son de las trompetas; temblaba debajo de los pies la tierra, estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y esperando otros el buen ó mal suceso de aquel caso. Finalmente, D. Quijote, encomendandose de todo su corazon á Dios nuestro Senor, y á la Señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que ahora diré. Parece ser que quando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa muger que habia visto en toda su vida; y el niño cieguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreciò de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y asi, llegandose á él bonitamente sin que nadie le viese, le embasó

al

al pobre lacayo una fiecha de dos varas por el lado izquierdo, que le pasó el corazon de parte á parte; y pudole hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues, que quando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado pensando en la hermosura de la que ya habia hecho Señora de su libertad; y asi no atendió al son de la trompeta como lo hizo D. Quijote, que apenas la hubo oido, quando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: Dios te guie, nata y flor de los Andantes Caballeros: Dios te dé la victoria, pues llevas razon de tu parte. Y aunque Tosilos viò venir contra si á D. Quijote, no se moviò un paso de su puesto, antes con grandes voces llamó al Maese de Campo, el qual venido á ver lo que queria, le dijo: Señor, esta batalla se hace porque yo me case ó no me case con aquella Señora? Asi es, le fue respondido. Pues, yo dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondriala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla: y asi digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella Señora. Quedó admirado el Maese de Campo de las razones de Tosilos; y como era uno de los sabidores de

la maquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detuvose D. Quijote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion porque no se pasaba adelante en la batalla; pero el Maese de Campo le fue á declarar lo que Tosilos decia; de lo que quedò suspenso y colerico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó donde Doña Rodriguez estaba, y dijo á grandes voces: Yo, Señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleyto ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso D. Quijote, y dijo: Pues esto asi es, yo quedo libre y suelto de mi promesa; casense en hora buena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga. El Duque habia bajado á la plaza del castillo, y llegandose á Tosilos, le dijo: Es verdad, Caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? Si Señor, respondió Tosilos. El hace muy bien, dijo á esta sazon Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibase Tosilos desenlazando la zelada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espiritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitaronsela apriesa,

sa, y quedó descubierto y patente su rostro del lacayo. Viendo lo qual Doña Rodriguez y su hija dando grandes voces, dijeron: Este es engaño, engaño es este; á Tosilos el lacayo del Duque mi Señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo. Justicia de Dios y del Rey, de tanta malicia, por no decir bellaqueria. No vos acuiteis, Señoras, dijo D. Quijote, que ni esta es malicia ni es bellaqueria; y si la es no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los quales envidiosos de que yo alcanzase la gloria de este vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decis que es lacayo del Duque; tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El Duque, que esto oyò, estuvo por romper en risa toda su colera, y dijo: Son tan extraordinarias las cosas que suceden al Señor D. Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos de este ardid y mañana: dilatemos el casamiento quince dias, si quieren, y tengamos encerrado á este personage que nos tiene dudosos, en los quales podria ser que volviese á su pristina figura, que no ha de durar tanto el rencor que los encantadores tienen al Señor D. Quijote, y mas yendoles tan poco en usar estos embelecos y trasformaciones. O Señor!

dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo: un Caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del Bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo, y grande amigo nuestro, y á mi Señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rustica labradora; y asi imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida. A lo que dijo la hija de Rodriguez: Sease quien fuere este que me pide por esposa (que yo se lo agradezco) que mas quiero ser muger legitima de un lacayo, que no amiga y burlada de un Caballero, puesto que el que á mi me burlò no lo es. En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pasaron en que Tosilos se recogiese hasta ver en que paraba su transformacion. Aclamaron todos la victoria por D. Quijote, y los mas quedaron tristes y melancolicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes: bien asi como los muchachos quedan tristes quando no sale el ahorcado que esperan, porque le han perdonado ó la parte ó la justicia. Fuese la gente, volviendose el Duque y D. Quijote al Castillo entraron á Tosilos, quedaron Doña Rodriguèz y su hija contentisimas de ver que que por una via ó por otra aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba me-

CA-

nos.

CAPITULO LVIII.

De como Don Quijote se despidió del Duque; y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora doncella de la Duquesa.

YA le pareció á D. Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleytes que como á Caballero Andante aquellos Señores le hacian, y pareciale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y asi pidió un dia licencia á los Duques para partirse: dieronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la Duquesa las cartas de su muger á Sancho Panza, el qual lloró con ellas, y dijo: Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi muger Teresa Panza engendraron las nuevas de mi Gobierno, habian de parar en volverme yo ahora á las arrastradas aventuras de mi amo D. Quijote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien

es, enviando las bellotas á la Duquesa, que á no haberselas enviado, quedando yo pesaroso se mostrara ella desagradecida: lo que me consuela es, que á esta dadiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el Gobierno quando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerias se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el Gobierno, y salgo desnudo de él; y asi podré decir con segura conciencia, que no es poco: Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre si Sancho el dia de la partida; y saliendo Don Quijote, habiendose despedido la noche antes de los Duques, una mañana, se presentó armado en la plaza del castillo: mirabanle de los corredores toda la gente del Castillo; y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contensisimo, porque el Mayordomo del Duque, el que fue la Trifaldi, y le habia dado un bolsillo con doscientos escudos de oro para suplir los menesteres del camino; y esto aun no lo sabia D. Quijote. Estando, como queda dicho, mirandole todos á deshora, entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa que le miraban, alzó la voz desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:

Es-

Escucha mal Caballero,
Deten un poco la riendas,
No fatigues las hijadas,
De tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
De alguna serpiente fiera,
Sino de una corderilla
Que está muy lejos de oveja.
Tu has burlado, monstruo horrendo,
Las mas hermosas doncellas
Qué Diana vió en sus montes,
Qué Venus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Tu llevas (llevar impio !)
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada tierna.
Llevaste tres tocadores,
Y unas ligas de unas piernas
Que al marmol puro se igualan
En lisas, blancas y tersas.
Llevaste dos mil suspiros,
Que á ser de fuego, pudieran
Abrasar á dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

De ese Sancho tu escudero
Las entrañas sean tan tercas.
Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinea.
De la culpa que tu tienes
Llevate la triste pena,
Que justos por pecadotes
Tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventuras
En desventuras se vuelvan,
En sueños tus pasatiempos,
En olvidos tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso
Desde Sevilla á Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De ladrones á Inglaterra.
Si jugares al reynado,
Los cientos á la primera,
Los Reyes huyan de tí,
Ases ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quedente los raygones,
Si te sacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora la estuvo mirando D. Quijote; y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo: Por el siglo de tus pecados, Sancho mio, te conjuro, que me digas una verdad: dime, llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió: Los tres tocadores si llevo, pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedò la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejante desenvoltura: y como no estaba advertida de esta burla, creció mas su admiracion. El Duque, quiso reforzar el donayre, y dijo: No me parece bien, Señor Caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevar los tres tocadores por lo menos si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedla las ligas, si no, yo os desafio á mortal batalla sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondiò Don Quijote, que yo desembay-

bayne mi espada contra vuestra ilustrisima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene: las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni él tampoco: y si vuestra doncella quisiera mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle: yo, Señor Duque, jamás he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla (como ella dice) como enamorada, de lo que yo no la tengo culpa; y asi no tengo de que pedirla perdon, ni á ella ni á la vuestra Excelencia á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Deosle Dios tan bueno, dijo la Duquesa, Señor D. Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechuras, y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo, que de aqui adelante no se desmande con la vista ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches (ó valeroso D. Quijote) dijo entonces Altisidora, y es que le pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi anima, que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno le buscaba. No lo dije yo? dijo Sancho, bo-

bonito soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de la paleta me habia venido la ocasion de mi Gobierno. Bajó la cabeza Don Quijote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes; y volviendo las riendas á Rocinante, siguiendole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

CAPITULO. LVIII.

De como menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

QUando Don Quijote se vió en la campaña rasa libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espiritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus Caballerias; y volviendose á Sancho, le dijo: La libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre; por la libertad, asi como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo

y

y la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecia á mi que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran mios; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al animo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo. Con todo eso, dijo Sancho, que v. m. me ha dicho, no es bien que se queden sin agradecimiento de nuestra parte doscientos escudos de oro que en una bolsilla me dió el Mayordomo del Duque, que como pictima y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparémos con algunas ventanas donde nos apaleen. En estos y otros razonamientos iban los Andantes Caballero y Escudero, quando vieron, habiendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerva de un pradillo verde, encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores: junto á si tenian unas como sabanas blancas, con que cubrian alguna cosa que debajo es-

taba, estaban empinadas y tendidas, y de trecho á trecho puestas. Llegó D. Quijote á los que comian, y saludandoles primero cortesmente, les preguntó qué era lo que aquellos lienzos cubrian? Uno de ellos le respondió: Señor, debajo de estos lienzos están unas imagenes de relieve y entabladura, que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevamoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió D. Quijote, holgaria de verlas, pues imagenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y como que lo son, dijo otro, sino, digalo lo que cuestan, que en verdad, que no hay ninguna que no esté en mas de cincuenta ducados; y porque vea v. m. esta verdad, espere v. m. y verlas ha por vista de ojos; y levantandose, dejó de comer, y fue á quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de San Jorge puesto á caballo, con una serpiente enroscada á los pies, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse: toda la Imagen parecia un asqua de oro, como suele decirse. Viendola D. Quijote, dixo: Este Caballero fue uno de los mejores Andantes que tuvo la Milicia Divina: llamóse D. San Jorge, y fue ademàs defendedor de doncellas. Veamos esta otra; descubrióla

el

el hombre, y pareció ser la de San Martin, puesto acaballo, que partia la capa con el pobre; y apenas la hubo visto Don Quijote quando dijo: Este Caballero tambien fue de los aventureros Christianos, y creo, que fue mas liberal que valiente, como lo puedes echar de ver Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debia de ser entonces invierno, que si no, él se la diera toda, segun era de caritativo. No debiò de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener, al refran que dice: Que para dar y tener seso es menester. Riòse D. Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del qual se descubrió la Imagen del Patron de las Españas acaballo, la espada ensangrentada, atropellando moros, y pisando cabezas; y en viendola dijo D. Quijote: Este si que es Caballero de las Esquadras de Christo; este se llama Don Diego mata Moros, uno de los mas valientes Santos Caballeros que tuvo el mundo, y tiene agora el Cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caida de San Pablo del Caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse: quando le vió tan al vivo, que dijeran que Christo le hablaba, y Pablo respondia. Este, dijo D. Quijote, fue el mayor enemigo que tu-

tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo, que tendrá jamás Caballero Andante por la vida, y Santo á pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la vida del Señor, Doctor de la Gentes, à quien sirvieron de Escuelas los Cielos y de Cathedratico y Maestro que le enseñase el mismo Jesu-Christo. No habia mas imagenes, y asi mandó D. Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban: Por buen aguero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos Santos Caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el exercicio de las armas: sino que la diferencia que hay entre mi, y ellos, es, que ellos fueron Santos, y pelearon á lo Divino, y yo soy pecador, y peleo à lo humano. Estos conquistaron el Cielo á fuerza de brazos, (porque el Cielo padece fuerza) y yo hasta ahora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorandose mi ventura y abonandoseme el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dios lo oiga, el pecado sea sordo, dijo Sancho á esta sazon. Admiraronse los hombres, asi de la figura, como de las razones de D. Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer,

car-

cargaron con sus imagenes, y despidieronse de Don Quijote, siguieron su viage. Quedò Sancho de nuevo, como si jamás hubiera conocido á su Señor, admirado de lo que sabia, pareciendole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña, y clavado en la memoria, y dijole: En verdad, Señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: de ella habemos salido sin palos, ni sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos. Tu dices bien, Sancho, dijo D. Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte; y esto que el vulgo suele llamar comunmente agueros, que no se fundan sobre natural razon alguna, de él que es discreto han de ser tenidos y juzgar por buenos acontecimientos. Levantase uno de esos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuentrase con un Frayle de la Orden del Bienaventurado San Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo, vuelve las espaldas, y vuelve

vese á su casa. Derramasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derramasele á él la melancolia por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias, con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y Christiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el Cielo. Llega Cipion á Africa, tropieza en saltando en tierra, tienenlo por mal aguero sus soldados, pero él abrazandose con el suelo, dijo: No te me podrás huir, Africa, porque te tengo asida y entre mis brazos. Asi que Sancho, el haber encontrado con estas imagenes ha sido para mi felicisimo acontecimiento. Yo asi lo creo, respondio Sancho, y querria que v. m. me dijese qué es la causa porque dicen los Españoles quando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego mata Moros, Santiago, y cierra España? Está por ventura España abierta, y de modo, que es menester cerrarla? ó qué ceremonia es esta? Simplicisimo eres Sancho, respondió D. Quijote, que este gran Caballero de la Cruz bermeja haselo dado Dios á España para Patron y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los Moros los Españoles han tenido; y asi le invocan y llaman como defensor suyo en todas las batallas que acometen; y muchas

chas veces le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo y matando los Agarenos esquadrones, y de esta verdad te pudiera traer muchos ejemplos que en las verdaderas Historias Españolas se cuentan. Mudó Sancho platica, y dijo á su Amo: Maravillado estoy, Señor, de la desenvoltura de Altisidora la doncella de la Duquesa; bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman amor, que dicen que es un rapaz cieguezuelo, que con estar legañoso, ó por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oido decir tambien, que en la verguenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas, pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dijo D. Quijote, que el amor ni mira respetos, ni guarda terminos de razon en sus discursos; y tiene la misma condicion que la muerte, que asi acomete los altos alcazares de los Reyes, como las humildes chozas de los pastores; y quando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la verguenza; y asi, sin ella declaró Altisidora de sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusion que lastima. Crueldad notoria! dijo Sancho:

cho : desagradecimiento inaudito ! yo de mi se declr , que me rindiera y avasallara la mas minima razon amorosa suya : hi de puta , y qué corazon de marmol , qué entrañas de bronce , y qué alma de armagasa ; pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en v. m. , que asi la rindiese y avasallase : qué gala , qué brio , que donayre, que rostro : que cada cosa por si de estas ó todas juntas la enamoraron ? que en verdad, en verdad , que muchas veces me paro á mirar á v. m. desde la punta del pie hasta el ultimo cabello de la cabeza , y que veo mas cosas para espantar , que para enamorar; y habiendo yo tambien oido decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora , y no teniendo v. m. ninguna , no sé yo de qué se enamora la pobre. Advierte, Sancho , respondió D. Quijote , que hay dos maneras de hermosura , una del alma , y otra del cuerpo ; la del alma campéa , y se muestra en el entendimiento , en la honestidad , en el buen proceder , en la liberalidad y en la buena crianza , y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y quando se pone la mira en esta hermosura , y no en la del cuerpo , suelen hacer al amor con impetu y con ventajas. Yo , Sancho , bien veo que no soy hermoso; pero tambien conozco que no soy disforme, y bastele á un hombre de bien no ser mons-

truo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones y platicas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba; y á deshora, sin pensar en ello se halló D. Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos arboles á otros estaban tendidas; y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dijo á Sancho: Pareceme, Sancho, que esto de estas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar; que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas y detener mi camino, como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido; pues mandoles yo que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde, fueran de durisimos diamantes ó mas fuertes que aquella con que el Dios de los Herreros enredó á Venus y á Marte, asi las rompiera como si fueran de juncos marinos, ú de hilachas de algodon; y queriendo pasar adelante, y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos arboles dos hermosisimas pastoras, á lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquisimos faldellines de tabi de oro: traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir

con

con los rayos del mismo sol, los quales se coronaban con dos guirnaldas, de verde laurel y de rojo amaranto tejidas: la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho, vista fue esta que admiró á Sancho, suspendió á D. Quijote, y hizo parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos quatro: en fin, quien primero habló fue una de las dos zagalas, que dijo á D. Quijote: Detened, Señor Caballero, el paso, y no rompais las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahi están tendidas: y porque sé que no habeis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldéa que está hasta dos leguas de aqui, donde hay mucha gente principal, muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó en que con sus hijos, mugeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniesemos á holgar á este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiendonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos Eglogas, una del famoso Poeta Garcilaso, y otra del Excelentisimo Camoes, en su misma lengua, Portuguesa, las quales hasta ahora no hemos

representado: ayer fue el primerō dia que aqui llegamos, tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el margen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza, tendimos la noche pasada estas redes entre estos arboles, para engañar los simples pajarillos que ojeados con nuestro ruido vinieron á dar en ellas: si gustais: Señor, de ser nuestro huesped, sereis agasajado, liberal y cortesmente, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolia: calló; y no dijo mas. A lo que respondió D. Quijote: Por cierto, hermosisisima Señora, que no debió de quedar mas suspenso ni admirado Anteon quando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atonito en ver vuestra belleza; alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco, y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecida, melo podeis mandar; porque no es otra la profesion mia, sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo genero de gente, en especial con la principal, que vuestras personas representa; y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas. Yo porque deis algun credito á esta mi-

exa-

exageracion, ved que os lo promete por lo menos D. Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre. Ay amiga de mi alma, dijo entonces la otra zagala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! Ves este Señor que tenemos delante? pues hagote saber que es el mas valiente, el mas enamorado y el mas comedido de todo el mundo; y si no es que nos mienta y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leido; yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza su Escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen. Asi es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese Escudero que v. m. dice: y este Señor es mi Amo, el mismo D. Quijote de la Mancha historiado y referido. Ay! dijo la otra, supliquemosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito de ello, que tambien he oido yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tu me has dicho; y sobre todo, dicen de el, que es el mas firme y mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dijo D. Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canseis, Señoras, en detenerme,

orque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan reposar en ningun cabo. Llegó en esto adonde los quatro estaban un hermano de una de las pastoras, vestido asimismo de pastor, con las riquezas, y galas que á las zagalas correspondia; contaronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso D. Quijote de la Mancha, y el otro su Escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia, por haber leido su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas: hubolo de conceder D. Quijote, y asi lo hizo. Llegó en esto el ojéo, llenaronse las redes de pajarillos diferentes, que engañosos de la color de las redes, caian en el peligro de quien iban huyendo: juntaronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas; y en un instante quedaron enteradas de quienes eran D. Quijote y su Escudero; de que no poco contento recibieron, porque ya tenian de él noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron á D. Quijote dandole el primer lugar en ellas; mirabanle todos, y admirabanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó D. Quijote la voz, y dijo: Entre los pecados mayores que los hombres cometen, (aunque algunos dicen que es la sober-

berbia) yo digo que es el desagradecimiento; ateniendome á lo que suele decirse, que de los desagradecidos está lleno el infierno: este pecado, en quanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas; y quando estos no bastan, las publico, porque quien dice, y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensara si pudiera: porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dan; y asi es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dadivas del hombre á las de Dios con igualdad por infinita distancia; y esta estrecheza y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido á la merced que aqui se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniendome en los estrechos limites de mi poderio, ofrezco lo que puedo, y lo que tengo de mi cosecha; y asi digo, que sustentaré dos dias naturales en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas Señoras zagalas contrahechas que aqui estàn, son las mas hermosas doncellas y mas corteses que hay en el mundo, exceptuada solo la sin par Dulcinéa del Toboso, unica Señora de mis pensamien-

mientos: con paz sea dicho de quantos y quantas me escuchan. Oyendo lo qual Sancho, que con grande atencion le habia estado escuchando, dando una gran voz, dijo: Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y jurar que este mi Señor es loco? Digan vuestras mercedes, Señores pastores, hay Cura de aldéa, por discreto y estudiante que sea, que pueda decir lo que mi Amo ha dicho, ni hay Caballero Andante por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi Amo aqui ha ofrecido? Volvióse D. Quijote á Sancho, y encencido el rostro, y colérico, le dijo: Es posible, ó Sancho, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto, aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? Quién te mete á ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla, y no me repliques, sino, ensilla, si está desensillado Rocinante, y vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que va de mi parte puedes dar por vencidos á todos quantos quisieren contradecirla: y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circustantes, haciendoles dudar, si le podian tener por loco ó por cuerdo. Finalmente, habiendole persuadido que no se pusiese en tal de-

manda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demonstraciones para conocer su animo valeroso, pues estaban las que en la historia de sus hechos se referian, con todo esto salió D. Quijote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo, y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino, que no lejos del verde prado estaba: siguióle Sancho sobre su rucio con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto, pues, D. Quijote en mitad del camino (como he dicho) hirió el ayre con semejantes palabras: O vosotros, pasageros y viandantes, Caballeros, Escuderos, gente de á pie y de á caballo, que por este camino pasais ó habeis de pasar en estos dias siguientes, sabed que D. Quijote de la Mancha, Caballero Andante, está aqui puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesias del mundo exceden las que se encierran en las ninfas, habitadoras de estos prados y bosques, dejando á un lado á la Señora de mi alma Dulcinéa del Toboso: por eso, el que fuere de parecer contrario, acuda, que aqui le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oidas de ningun aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor

en

en mejor, ordenò que de alli á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de acaballo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropél y á gran priesa: no los hubieron bien visto los que con D. Quijote estaban, quando volviendo las espaldas, se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban les podia suceder algun peligro: solo D. Quijote con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropél de los lanceros, y uno de ellos que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á D. Quijote: Apartate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros. Ea, canalla, respondió D. Quijote, para mi no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Xarama en sus riberas: confesad, malandrines, asi á carga cerrada, que es verdad lo que yo aqui he publicado, si no, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el baquero, ni D. Quijote le tuvo de desviarse, aunque quisiera; y el tropél de los toros bravos, y el de los mansos cabestros, con la multitud de los baqueros y otras gentes, que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correr, pasaron sobre D. Quijote, y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con

to-

todos ellos en la tierra, echandoles á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado D. Quijote, aporreado el rucio, y no muy catholico Rocinante; pero en fin se levantaron todos, y D. Quijote á gran priesa, tropezando aqui y cayendo alli; comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: Deteneos, y esperad, canalla malandrina, que un solo Caballero os espera, el qual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata; pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas, que de las nubes de antaño, Detuvole el cansancio á D. Quijote, y mas enojado que vengado se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen: Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver à despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con mas verguenza que gusto siguieron su camino,

CA-

CAPITULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió à D. Quijote.

AL polvo y al cansancio que D. Quijote, y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara, y limpia que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la qual, dejando libres, sin jachima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron; acudiò Sancho á la reposteria de sus alforjas, y de ellas sacó de lo que él solia llamar condumio: enjugóse la boca, lavóse D. Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espiritus desalentados: no comia D. Quijote de puro pesaroso, ni Sancho osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro comedimiento, y esperaba á que su Señor hiciese la salva, pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, abrió la suya, y atropellando por todo genero de crianza, comenzò á embaular en el estomago el pan y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dijo D. Quijote, sustenta la vida, que mas que á mi te importa,

Y

y dejame morir à mi á manos de mis pensamientos, y à fuerza de mis desgracias; yo, Sancho, naci para vivir muriendo, y tu para morir comiendo: Y porque veas que te digo verdad en esto, considerame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de Principes, y solicitado de doncellas: al cabo, al cabo, quando esperaba palmas, triunfos y coronas, grangeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visio esta mañana pisado; acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces; esta consideracion me embota los dientes, entorpeze las muelas, y entumece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer, de manera, que pienso dejarme morir de hambre: muerte la mas cruel de las muertes. De esa manera, dijo Sancho, (sin dejar de mascar apriesa) no aprobará v. m. aquel refran que dicen: muera Marta, y muera harta; yo á lo menos no pienso matarme á mi mismo, antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde el quiere; yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin, que le tiene determinado el Cielo; y sepa, Señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse; como vuestra merced, y creame, y despues de comido echese á dormir un poco sobte los colchones

nes verdes de estas yervas, y verá como quando despierta se halla algo mas aliviado. Hizolo asi D. Quijote, pareciendole que las razones de Sancho mas eran de Filosofo que de mentecato, y dijole: Si tu (ó Sancho!) quisieses hacer por mi lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos: y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tu te desviases un poco lejos de aqui, y con las riendas de Rocinante, echando al ayre tus carnes, te dieses ttescientos ó quatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinéa, que es lastima no pequeña que aquella pobre Señora esté encantada por tu descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho, durmamos por ahora entrambos, y despues Dios dijo lo que será. Sepa vuestra merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi Señora Dulcinéa, que quando menos se cate me verá hecho una criva de azotes, y hasta la muerte todo es vida; quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciendoselo D. Quijote, comió algo, y Sancho mucho, y echaronse á dormir entrambos

bos, dejando á su alvedrio y sin orden alguna pacer de abundosa yerva, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el Rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dandome priesa para llegar á una venta que al parecer una legua de alli se descubria: digo que era venta, porque Don Quijote la llamó asi, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas Castillos. Llegaron pues á ella: preguntaron al huesped si habia posada? Fueles respondido que si; con toda la comodidad y regalo que se pudiera hallar en Zaragoza. Apearonse, y recogió Sancho su reposteria en un aposento de quien el huesped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quijote (que estaba sentado sobre un poyo) le mandaba, dando particulares gracias al Cielo de que á su amo no le hubiese parecido Castillo aquella venta. Llegóse la hora de cenar, y recogiendose á su estancia, preguntó Sancho al huesped, que qué tenia para darles de cenar? A lo que el huesped respondió, que su boca seria medida, y asi que pidiese lo que quisiese, que de las pajaritas del ayre, de las aves de la tierra, y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendremos lo

suficiente, porque mi Señor es delicado, y come poco, y yo no soy traganton en demasia. Respondióle el huesped, que no tenia pollos porque los milanos los tenian asolados. Pues mande el señor huesped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna. Polla, mi padre, respondió el huesped, en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cinquenta; pero fuera de pollas, pida vuestra merced lo que quisiere. De esa manera dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. En casa, por ahora respondió el huesped, no la hay porque se ha acabado, pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho, yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras, que debe de haber tocino y huevos. Por Dios, respondió el huesped, que es gentil relente el que mi huesped tiene; pues hele dicho, que ni tengo pollas ni gallinas, y quiere que tenga huevos? discurra, si quisiere, por otras delicadezas; y dejese de pedir gallinas. Resolvamonos, cuerpo de mi, dijo Sancho, y digame finalmente lo que tiene, y dejese de discurrimientos, señor huesped. Dijo el ventero: Lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de baca, que parecen manos de ternera, ú dos manos de ternera, que parecen uñas de baca: están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo, comeme, comeme. Por mias

las

las marco desde aqui, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mi ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daria nada que fuesen manos, como fuesen uñas. Nadie las tocará, dijo el ventero, porque otros huespedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero, y reposteria. Si por principales va, dijo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerias: ahi nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ú de nisperos. Esta fue la platica que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le habia preguntado que oficio ó què éjercicio era el de su amo? Llegóse, pues, la hora de cenar, recogióse á su estancia Don Quijote, trajó el huesped la olla asi como estaba, y sentòse á cenar muy de proposito. Parece ser que en otro aposento que junto al de D. Quijote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó decir D. Quijote: Por vida de vuestra merced, señor Don Geronimo, que en tanto que traen la cena leamos otro Capitulo de la segunda parte de Don Quijote de la Mancha. Apenas oyó su nombre D. Quijote, quando se puso en pie, y con oido alerto escuchó lo que de él trataban, y oyó que el tal Don Geronimo referido, respondió: Para qué quie-

te vuestra merced, señor D. Juan, que leamos esos disparates, si el que hubiere leido la primeta parte de la historia de Don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dijo el D. Juan, será bien leerla; pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mi en este mas desplace es, que pintan á D. Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo qual D. Quijote, lleno de ira y de despecho alzò la voz y dijo: Quien quiera que dijere que D. Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en D. Quijote puede caber olvido; su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento. Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo D. Quijote de la Mancha, que hará bueno quanto ha dicho, y aun quanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas. Apenas hubo dicho esto Sancho, quando entrando por la puerta de sn aposento, dos Caballeros, que tales lo parecian, y uno de ellos, echandole los brazos al cuello de D. Quijote, le dijo: Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vues-

vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda, vos Señor, sois el verdadero D. Quijote de la Mancha, norte y lucero de la Andante Caballeria, á pesar y despecho de el que ha querido usurpar vuestro nombre, y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el Autor de este libro que aqui os entrego; y poniendole un libro en las manos, que traia su compañero, le tomó Don Quijote, y sin responder palabra comenzó à hojearle, y de alli á un poco se le volviò diciendo: En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este Autor dignas de reprehension. La primera es algunas palabras que he leido en el Prologo. La otra, que el lenguage es Aragonés, porque tal vez escribe sin articulos. Y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es, que yerra y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia; porque aqui dice que la muger de Sancho Panza mi Escudero se llamaba Mari Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerre en todas las demás de la historia. A esto dijo Sancho: Donosa cosa de Historiador! Por cierto bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi muger Mari-Gutierrez; torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ai, y si me ha mudado el nombre. Por lo que he oido hablar, amigo, di-

jo Don Geronimo sin duda debeis de ser San-
cho Panza el Escudero del señor Don Quijote?
Si soy, respondió Sancho, y me precio de ello.
Pues á fe, dijo el Caballero, que no os trata
este Autor con la limpieza que en vuestra per-
sona se muestra: os pinta comedor y simple,
y no nada gracioso, y muy otro del Sancho
que en la primera parte de la historia de vues-
tro amo se describe, Dios se lo perdone, di-
jo Sancho, dejaranme en mi rincon, sin acor-
darse de mi, porque quien las sabe las tañe,
y bien se está San Pedro en Roma. Los dos
Caballeros pidieron á Don Quijote se pasase á
su estancia á cenar con ellos, que bien sabian
que en aquella Venta no habia cosas pertene-
cientes para su persona. Don Quijote, que
siempre fue comedido, condescendió con su
demanda, y cenó con ellos; quedóse Sancho
con la olla con mero mixto imperio: sentóse
en cabecera de mesa, y con él el Ventero, que
no menos que Sancho estaba de sus manos y
de sus uñas aficionado. En el discurso de la ce-
na preguntó D. Juan á D. Quijote, qué nue-
vas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si
se habia casado, si estaba parida ó preñada,
ó si estando en su entereza se acordaba (guar-
dando su honestidad y buen decoro) de los
amorosos pensamientos del señor D. Quijote?
A lo que respondió: Dulcinea se está entera,
y mis pensamientos mas firmes que nunca, las
cor-

correspondencias de una sequedad antigua : su hermosura en la de una soez labradora transformada ; y luego les fue contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueba de Montesinos, con la orden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fue la de los azotes de Sancho. Sumo fue el contento que los dos Caballeros recibieron de oir contar á D. Quijote los estraños sucesos de su Historia ; y asi quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba ; aqui le tenian por discreto, y alli se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse que grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho equis al ventero, se pasò á la estancia de su amo ; y en entrando, dijo : Que me maten, señores, si el Autor de este Libro que vuestras mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos ; yo querria que ya que me llama comilon, como vuestras mercedes dicen, no me llamase tambien borracho. Si llama, dijo Don Geronymo, pero no me acuerdo en qué manera, aunque se que son mal sonantes las razones y además mentirosas segun yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho, que está presente. Creanme vuestras mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el D. Quijote de esa historia deben de ser otros

que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros; mi amo valiente, discreto y enamorado; y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho. Yo asi lo creo, dijo Don Juan; y si fuera posible se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quijote, sino fuese Cide Hamete su primer Autor: bien asi como mandò Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apeles. Retrateme el que quisiere dijo D. Quijote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dijo Don Juan se le puede hacer al señor Don Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras platicas se pasó gran parte de la noche; y aunque Don Juan quisiera que Don Quijote leyera mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con èl, diciendo que él lo daba por leido, y lo confirmaba por todo necio, y que no queria: si acaso llegase á la noticia de su Autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leido, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, quanto mas los ojos. Preguntaronle, que dónde llevaba determinado su viage? Respondiò que á Zaragoza á hallarse en las justas del Arnés

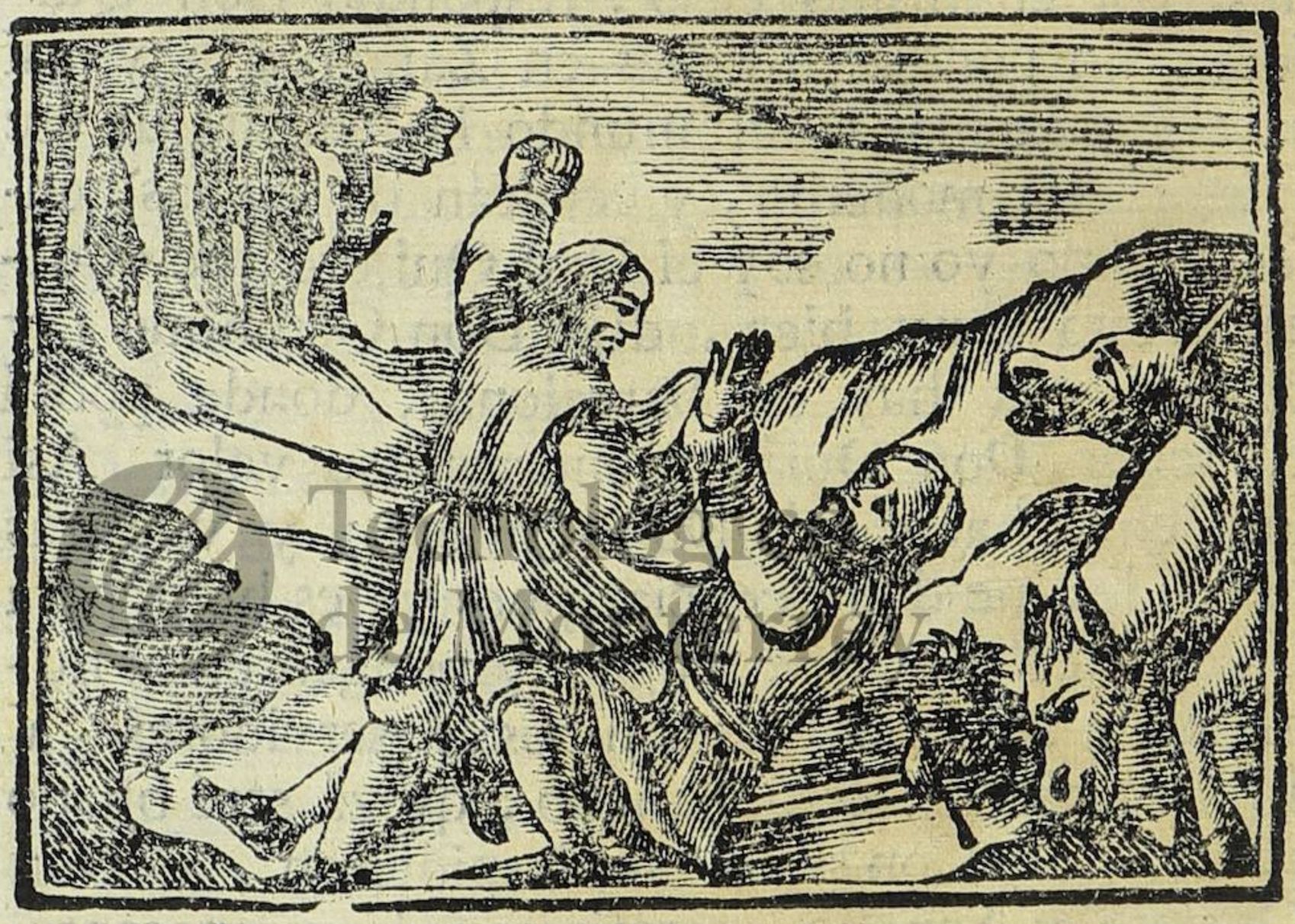
que

que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Dijo Don Juan, que aquella nueva historia contaba como Don Quijote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija: falta de invencion, pobre de letras, pobrisima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondiò Don Quijote, no pondré los pies en Zaragoza; y asi sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese Historiador moderno, y echarán de ver las gentes, como yo no soy el Don Quijote que él dice. Hará muy bien, dijo Don Geronimo; y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor Asi lo pienso hacer dijo Don Quijote; y vuestras mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el numero de sus mayores amigos y servidores. Y á mi tambien, dijo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á Don Juan y á Don Geronimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura; y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos Don Quijote y Sancho, y no los que describia su Autor Aragonés. Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huespedes: pagó Sancho al ventero magnificamente, y aconsejóle que alabase menos

nos la provision de su venta, ó la tuviesé mas proveida.

CAPITULO LX.

De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona.



ERA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que D. Quijote salió de la venta, informandose primero qual era el mas derecho camino para ir á Barcelona, sin tocar en Zaragoza; tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso á aquel nuevo Historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió, pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura; al

al cabo de los quales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete, que en otras cosas suele. Apearonse de sus bestias amo y mozo, y acomodandose á los troncos de los arboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño, pero Don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, antes iba y venia con el pensamiento por mil generos de lugares; ya le parecia hallarse en la cueba de Montesinos; ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea; ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea; desesperabase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su Escudero; pues á lo que creia solo cinco azotes se habia dado: numero desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y de esto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: Si nudo Gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: Tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser universal Señor de toda el Asia, ni mas ni menos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la con-

condicion de este remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, qué se me da á mi que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la substancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren. Con esta imaginacion se llegó á Sancho, y habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodandolas en mano que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas (que es opinion, que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los greguescos) pero apenas hubo llegado, quando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: Què es esto, quién me toca y desencinta? Yo soy, respondió Don Quijote, que vengo á suplir tus faltas, y á remediar mis trabajos; vengote a azotar Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tu vives en descuido, yo muero deseando, y asi desatacate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad, por lo menos, dos mil azotes. Eso no, dijo Sancho, vuestra merced se esté quedo; si no por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos: los azotes á que yo me obligué, han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme, basta que doy á vuestra merced mi palabra de vapularme y mosquearme quando en voluntad me viniere. No hay dejarlo á tu cortesia, Sancho, dijo Don Quijote, porque eres duro de corazon,

y aunque villano, blando de carnes; y así procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo qual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y echandole una zancadilla, dió con él en el suelo boca arriba: pusole la rodilla derecha sobre el pecho; y con las manos le tenia las suyas de modo, que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decia: Cómo traydor, con tu amo y señor natural te desmandas? Con quien te da su pan te atreves? Ni quito Rey, ni pongo Rey, respondió Sancho, sino ayudome á mi, que soy mi señor: vuestra merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por ahora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no, aqui morirás traidor enemigo de Doña Sancha. Prometióselo D. Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaria á su voluntad y alvedrio el azotarse quando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse á otro arbol, sintio que le tocaban en la cabeza; y alzando las manos topó con dos pies de persona con zapatos y calzas: tembló de miedo, acudió á otro arbol, y sucedióle lo mismo? dió voces llamando á D. Quijote, que le favoreciese. Hizolo asi D. Quijote, y preguntandole, qué le habia sucedido y de qué tenia miedo? le res-

respondió Sancho, que todos aquellos arboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos Don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser; y dijole á Sancho: No tienes de que tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no ves, sin duda son de algunns foragidos y vandoleros que en estos arboles están ahorcados, que por aqui los suele ahorcar la Justicia quando los coge, de veinte en veinte, y de treinta en treinta, por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona; y asi era la verdad como el lo habia imaginado. Al parecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos arboles, que eran cuerpos de vandoleros. Ya en esto amanecia y si los muertos los habian espantado, no menos los atribularon mas de quarenta vandoleros vivos, que de improviso los rodearon, diciendoles en lengua Catalana, que estuvieran quedos, y se detuviesen hasta que llegase su Capitan. Hallóse Don Quijote á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un arbol, y finalmente sin defensa alguna; y asi tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza, guardandose para mejor sazon y coyuntura. Acudieron los vandoleros á espulgar al rucio; y á no dejarle ninguna cosa de quantas en las alforjas y la maleta traia; y avinole bien á Sancho, que en una ventiera que tenia ceñida, venian los escudos del

del Duque, y los que habian sacado de su tierra; y con todo eso, aquella buena gente le escardara, y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tubiera escondido, si no llegara en aquella sazon su Capitan, el qual mostró ser hasta edad de treinta y quatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave, y color morena: venia en un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con quatro pistoletes (que en aquella tierra sé llaman pedreñales) á los dos lados, vió que sus escuderos (que asi llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles, que no lo hiciesen, y fue luego obedecido; y asi se escapó la ventiera. Admiróle ver lanza arrimada al arbol, escudo en el suelo, y á Don Quijote armado y pensativo, con la mas triste y melancolica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él diciendole: No esteis tan triste, buen hombre, porque no habeis caido en las manos de algun cruel Ofiris, sino en las de Roque Guiñart, que tienen mas de compasivas que de rigorosas. No es mi tristeza respondió Don Quijote, haber caido en tu poder, ó valeroso Roque, cuya fama no hay limites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin freno, estando yo obligado, segun la Orden de la Andante Caballeria que profeso,

á vivir continuo alerta, siendo á todas horas centinela de mi mismo; porque te hago saber (ó gran Roque) que si me hallaran sobre mi caballo con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy facil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guiñart conoció que la enfermedad de Don Quijote tocaba mas en locura que en valentia; y aunque algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reynase en corazon de hombre, y holgóse en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de lejos de él habia oido; y asi le dijo: Valeroso Caballero, no os despecheis ni tengais á siniestra fortuna esta en que os hallais, que podia ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el Cielo por estraños y nunca vistos rodeos (de los hombres no imaginados) suele levantar los caidos, y enriquecer los pobres. Ya le iba á dar las gracias Don Quijote, quando sintieron á sus espaldas un ruido como de trópel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el qual venia á toda furia un mancebo, al parecer hasta de veinte años; vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, greguescos y saltambarca, con sombrero terciado á la balona, botas enceradas

das y justas, espuelas, daga, y espada dorada una escopeta pequeña en las manos, y dos pistolas à los lados: al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la qual en llegando á él dijo: En tu busca venia, ó valeroso Roque, para hallar en ti, si no remedio, á lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso; porque se que no me has conocido, quiero decirte quien soy: Yo soy Claudia Geronyma, hija de Simon Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario vando, y ya sabes, que este Torrellas tiene un hijo, que D. Vicente Torrellas se llama, ó á lo menos se llamaba no ha dos horas. Este, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Viómе, requebrome, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre, porque no hay muger por retirada que esté, y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para no poner en ejecucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pasasemos adelante. Supe ayer, que olvidado de lo que me debia, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva, que me turbó el sentido, y acabó la paciencia: y pot no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de po-

nerme en el trage que ves; y apresurado el paso á este caballo, alcancé á D. Vicente obra de una legua de aqui, y sin poner á dar quejas, ni á oir disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debi de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriendole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra; alli lo dejo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa; vengo á buscarte para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva; y asimismo á rogarte defiendas á mi padre, porque los muchos de D. Vicente no se atrevan á tomar en el desaforada venganza. Roque, admirado de la gallardia, bizarria, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, la dijo: Ven, Señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo, que despues verémos lo que mas te importare. D. Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho, y lo que Roque Guiñart respondió, dijo: No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta Señora, que lo tomo yo á mi cargo; denme mi caballo, y mis armas, y esperenme aqui, que yo iré á buscar á ese Caballero, muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude esto, dijo Sancho, porque mi Señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos dias que hizo casar á otro

que

que tambien negaba á otra doncella su palabra; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora, que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo y mozo, no las entendiò, y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo quanto le habian quitado del rucio, mandóles asimismo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados, luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar á el herido ó muerto D. Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y dieronse á entender (como era la verdad) que debia de ser D. Vicente, á quien sus criados ó muerto ò vivo llevaban, ó para curarle, ó para enterrarle; dieronse priesa á alcanzarlos, que como iban despacio. con facilidad lo hicieron. Hallaron á Don Vicente en los brazos de sus criados, á quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dejasen alli morir, porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante pasase. Arrojaronse de los caballos Claudia y Roque; llegaronse á él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se tur-

bó en ver la de D. Vicente ; y asi, entre enternecida y rigurosa se llegó á él, y asiendole de las manos, le dijo : Si tu me dieras estas conforme á nuestro concierto, nunca tu te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido Caballero, y conociendo á Claudia, la dijo : Bien veo, hermosa y engañada Señora, que tu has sido la que me has muerto : pero no merecida ni debida á mis deseos, con los quales, ni con mis obras no quise ni supe ofenderte. Luego no es verdad, dijo Claudia, que ibas esta mañana à desposarte con Leonora la hija del rico Balbastro ? No por cierto, respondió D. Vicente, mi mala fortuna te debió de llevar esas nuevas para que zelosa me quitases la vida, la qual, pues, la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa ; y para asegurarte de esta verdad, aprieta la mano, y recibeme por esposo, si quisieres, que no tengo otra mayor satisfaccion que darte del agravio que piensas que de mi has recibido. Apretóle la mano Claudia, y apretosele á ella el corazon, de manera que sobre la sangre y pecho de D. Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia que hacerse : acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y trajeronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia, pero no de su parasismo D. Vicente, porque

se

se le acabó la vida. Visto lo qual de Claudia, habiendose enterado que ya su dulce esposo no vivia, rompió los ayres con suspiros, hirió los Cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregandolos al viento: afeò su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. O cruel é inconsiderada muger (decia) con qué facilidad te moviste á poner en ejecucion tan mal pensamiento! O fuerza rabiosa de los zelos, á qué desesperado fin conducis à quien os da acogida en su pecho! O esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mia, te ha llevado del talamo á la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lagrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayabase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristezà, y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guiñart ordenò á los criados de D. Vicente, que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba alli cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo á Roque que queria irse á un Monasterio donde era Abadesa una tia suya, en el qual pensaba acabar la vida, de otro mejor Esposo y mas eterno acompañada. Alabòle Roque su buen proposito, ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su

padre de los parientes, y de todo el mundo, si ofenderle quisiese. No quiso su compañia Claudia en ninguna manera; y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió de él llorando. Los criados de D. Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos. Y este fin tuvieron los amores de Claudia Geronyma; pero què mucho, si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigorosas de los zelos! Halló Roque Guiñart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á D. Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciendoles una platica, en que les persuadia dejasen aquel modo de vivir tan peligroso, asi para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran Gascones, gente rustica y desbratada, no les entraba bien la platica de D. Quijote. Llegado que fue Roque, preguntó à Sancho Panza, si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habian quitado. Sancho respondió que si, sino que le faltaban tres tocadores que valian tres ciudades. Qué es lo que dices, hombre, dijo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales? Asi es, dijo D. Quijote; pero estimalos mi escudero en lo que ha dicho, por habermelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guiñart; y mandó poner los suyos en ala, mandó traer alli delante de todos los ves-

vestidos, joyas, dineros y todo aquello que desde la ultima reparticion habian robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no reparable; y reduciendolo á dinero, lo repartió por toda su compañia, con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto, ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo qual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á D. Quijote: Si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. A lo que dijo Sancho: Segun lo que aqui he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mismos ladrones. Oyólo un escudero, y arbolando el moche de un arcabuz, con el qual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guiñart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno, ó algunos de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba; y este dijo: Señor, no lejos de aqui, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente. A lo que respondió Roque: Has echado de ver si son de los que nos buscan, ú de los que nosotros buscamos? No sino de los que nosotros busca-

mos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y traedmelos aqui luego, sin que se os escape ninguno. Hicieronlo asi; y quedando solos D. Quijote, Sancho y Roque aguardaron á ver lo que los escuderos traian; y en este entretanto dijo Roque á D. Quijote: Nueva manera de vida le debe de parecer al Señor D. Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos: y no me maravillo que asi le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir mas inquieto ni mas sobresaltado que el nuestro; á mi me han puesto en él no se qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado: pero (como tengo dicho) el querer vengarme de un agravio que se me hizo, asi da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama á otro, y un pecado otro pecado, hanse eslabonado las venganzas, de manera, que no solo las mias: pero las agenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir de él á puerto seguro. Admirado quedó D. Quijote de oir hablar á Roque tan buenas y concertadas razones; porque él se pensaba, que entre

tre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear, no podia haber alguno que tuviese buen discurso. Y respondióle: Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el Medico le ordena; v. m. está enfermo, conoce su dolencia, y el Cielo, ó Dios (por mejor decir) que es nuestro Medico, le aplicará medicinas que le sanen, las quales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro; y mas que los pecadores discretos están mas cerca de enmendarse que los simples; y pues v. m. ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen animo, y esperar mejoria de la enfermedad de su conciencia: y si v. m. quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, vengase conmigo, que yo le enseñarè á ser Caballero Andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomandolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el Cielo. Rióse Roque del consejo de D. Quijote, a quien (mudando platica) contó el tragico suceso de Claudia Geronyma, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos Caballeros á caballo, y dos peregrinos a pie, y un coche de mugeres, con hasta seis criados

que

que á pie y acaballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los Caballeros traian. Cogieronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio; esperando á que el gran Roque Guiñart hablase; el qual preguntó á los Caballeros, que quién eran, y dónde iban, y qué dinero llevaban? uno de ellos le respondió: Señor, nosotros somos dos Capitanes de Infanteria Española: tenemos nuestras Compañias en Napoles. y vamos á embarcarnos en quatro galeras que dicen están en Barcelona con orden de pasar á Sicilia; llevamos hasta doscientos ó tresciencos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los Capitanes. Fuele respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podian llevar hasta sesenta reales: quiso saber tambien, quien iba en el coche, y adonde, y el dinero que llevaban. Y uno de los de acaballo dijo: Mi Señora Doña Guiomar de Quiñones, muger dél Regente de la Vicaria de Napoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche; acompañamosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dijo Roque Guiñart, que ya tenemos aqui novecientos escudos, y sesenta rea-

reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta, mirese à como le cabe á cada uno, porque yo no soy contador. Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo: Viva Roque Guiñart muchos años á pesar de los lladres que su perdicion procuran. Mostraron afligirse los Capitanes, entristeciòse la Señora Regenta, y no se holgaron nada los peregrinos. viendo la confiscacion de sus bienes. Tuvolos asi un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podia conocer á tiro de arcabuz; y volviendose á los Capitanes, dijo: V. ms. Señores Capitanes, por cortesia sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la Señora Regenta ochenta, para contentar esta esquadra que me acompaña: porque el Abad de lo que canta yanta, y luego puedense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvo conducto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas esquadras mias que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar á soldado ni á muger alguna, especialmente á los que son principales. Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los Capitanes agradecieron á Roque su cortesia y liberalidad, que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La Señora Doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran

Ro

Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera ; antes le pidió perdon del agravio que le habia formado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la Regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habian repartido ; y ya los Capitanes habian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria , pero Roque dijo que se estuviesen quedos ; y volviendose á los suyos , les dijo : De estos escudos dos tocan á cada uno , y sobran veinte , los diez se den á estos peregrinos , y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura ; y trayendole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido, Roque les dió por escrito un salvo conducto para los mayorales de sus esquadras ; y despidiendose de ellos , los dejó ir libres y admirados de su nobleza , de su gallarda disposicion , y estraño proceder , teniendole mas por un Alejandro Magno , que por ladron conocido. Uno de los escuderos dijo en su lengua Gascona y Catalana : Este nuestro Capitan mas es para Frade , que para vandolero. Si de aqui adelante quisiere mostrarse liberal , sealo con su hacienda , y no con la nuestra. No lo dijo tan paso el desventurado , que dejase de oirlo Roque, el qual , echando mano á la espada , le abrió la cabeza casi en dos partes , diciendole : De esta manera castigo yo á los deslenguados y atre-

atrevidos. Pasmaronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona, dandole aviso como estaba consigo el famoso D. Quijote de la Mancha, aquel Caballero Andante, de quien tantas cosas se decian; y que las hacia saber que era el mas gracioso y el mas entendido hombre del mundo, y que de alli á quatro dias, que era el de San Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la Ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre su asno; y que diese noticía de todo esto á sus amigos los Niarros, para que con el se solazasen, que el quisiera que carecieran de este gusto los Cadellos sus contrarios; pero que esto era imposible, á causa que las locuras y discreciones de D. Quijote, y los donayres de su escudero Sancho Panza, no podian dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el trage de vandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.

CA-

CAPITULO LXI.

De lo que sucedió à D. Quijote eu la entrada de Barcelona, con otras que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

TRes dias y tres noches estuvo D. Quijote con Roque, y si estuviera trescientos años no le faltara que mirar y admirar en el modo de su vida; aqui amanecian, acullá comian; unas veces huian sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pie interrumpiendo el sueño, mudandose de un lugar á otro. Todo era poner espias, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes y lugares donde ellos no pudies n saber dónde estaba; porque los muchos vandos que el Visorrey de Barcelona habia echado sobre su vida, le traian inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habian de matar ó entregar á la Justicia; vida por cierto, miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque; D. Quijote y Sancho, con otros seis es-

escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa vispera de San Juan en la noche, y abranzando Roque á D. Quijote y Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los habia dado, los dejó, con mil ofrecimientos, que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, y quedóse D. Quijote esperando el dia asi acaballo como estaba; y no tardó mucho quando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yervas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido al son de muchas chirimias y atabalillos, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta, de corredores, que al parecer de la Ciudad salian. Dió lugar la aurora al Sol, que con un rostro mayor que el de una rodela por el mas bajo orizonte, poco á poco se iba levantando. Tendieron D. Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces de ellos no visto; parecióles espaciosisimo y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las quales abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flamulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua: dentro sonaban clarines, trompetas, y chirimias, que cerca

y

y lejos llenaban el ayre de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y á hacer modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiendoles casi al mismo modo infinitos Caballeros que de la Ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artilleria, á quien respondian los que estaban en las murallas, y fuertes de la Ciudad. La artilleria gruesa, con espantoso estruendo rompia los vientos, á quien respondian los cañones de crujia de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el ayre claro, solo tal vez turbio del humo de la artilleria, parece que iba infundiendo y engendrando gusto subito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho Panza, como pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lililies y algazara los de las libreas, adonde D. Quijote de la Mancha suspenso y atonito estaba; y uno de ellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz à D. Quijote: Bien sea venido á nuestra Ciudad el espejo, el farol, la estrella, y el norte de toda la Caballeria Andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso D. Quijote de la Mancha; no el falso, no el fictico, no el apocrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verda-

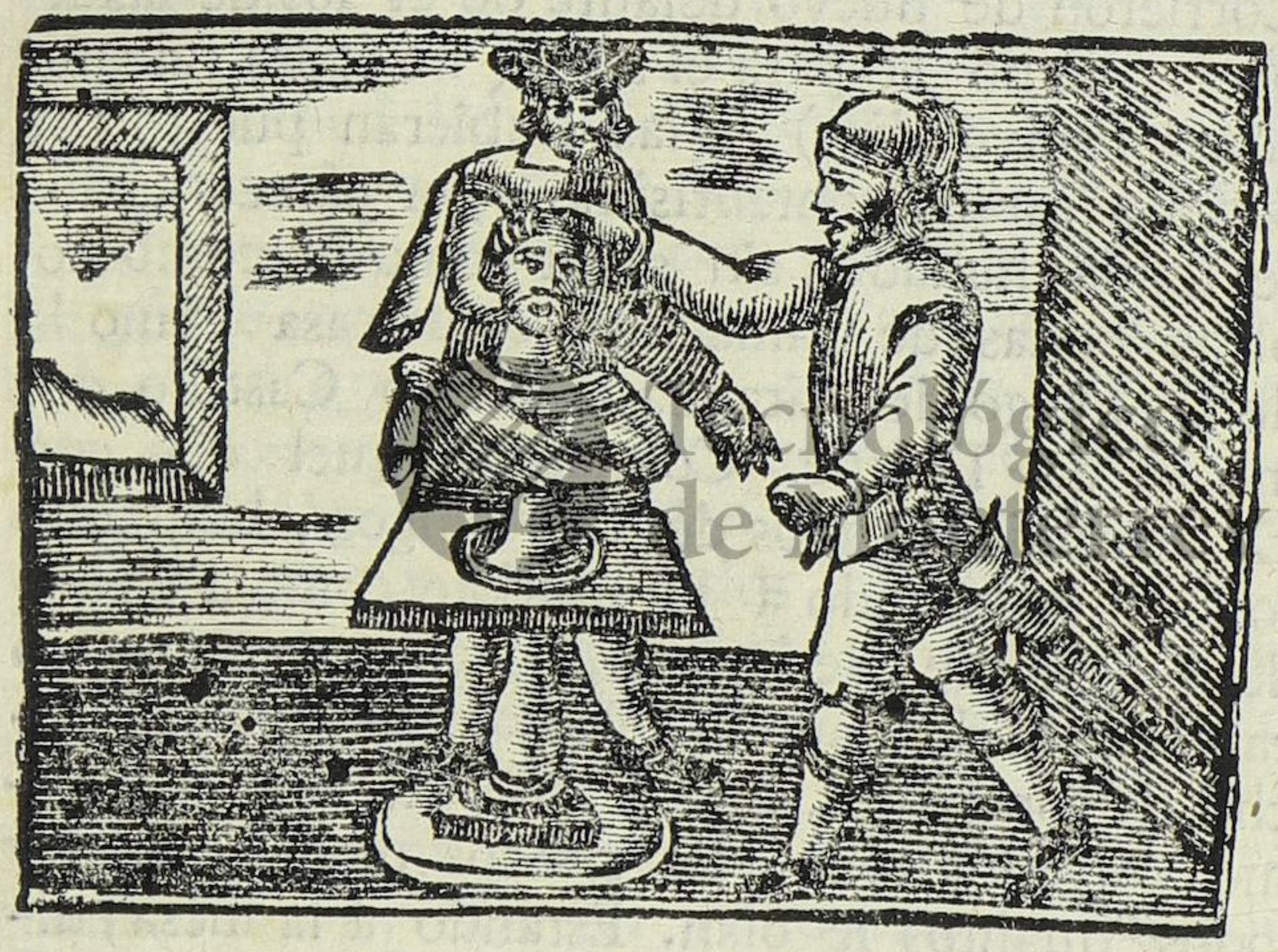
dero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los Historiadores. No respondió D. Quijote palabra, ni los Caballeros esperaron á que le respondiese sino, volviendo y revoldiendose con los demás que seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al rededor de Don Quijote, qual volviendose á Sancho, dijo: Estos bien nos han conocido; y yo aposta é que han leido nuestra historia, y aun la del Aragonés recien impresa. Volvióse otra vez el Caballero que habló á D. Quijote, y dijole: V. m., Señor D. Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guiñart. A lo que D. Quijote respondió: Si cortesias engendran cortesias, la vuestra, Señor Caballero, es hija, ó parienta muy cercana de las del gran Roque; llevadme do quisieredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el Caballero; y encerrandole todos en medio, al son de las chirimias y de los atabales se encaminaron con él á la Ciudad: al entrar de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos de ellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, le pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas

gas sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su digusto, de manera, que dando mil corcobos, dieron con sus dueños en tierra. D. Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumage de la cola de su matelote, y Sancho el de su rucio. Quisieron los que guiaban á D. Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue posible, porque se encerraron entre mas de otros mil que le seguian: volvieron á subir D. Quijote y Sancho con el mismo aplauso y musica: llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal: en fin, como Caballero rico, donde le dejarémos por ahora, asi lo quiere Cide Hamete.

Tecnológico de Monterrey

CAPITULO LXII.

De la aventura de la cabeza encantada; con otras niñerias, que no pueden dejar de contarse.



DON Antonio Moreno se llamaba el huesped de D. Quijote, Caballero rico, y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto, y afable; el qual viendo en su casa á Don Quijote, andaba buscando modos como, sin su perjuicio, sacase á plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero.

Lo primero que hizo, fue, hacer desarmar á D. Quijote, y sacarle à vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon, que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante de él los de las libreas, como si para él solo (no para alegrar aquel festivo dia) se las hubieran puesto; y Sancho estaba contentisimo, por parecerle que se habia hallado, sin saber como ni como no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de D. Diego de Miranda, y otro Castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con D. Antonio algunos de sus amigos, honrando todos, y tratando á D. Quijote como á Caballero Andante; de lo qual, hueco y pomposo no cabia en si de contento. Los donayres de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de la casa, y todos quantos le oian. Estando á la mesa, dijo Don Antonio á Sancho: Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran, las guardais en el seno para el otro dia. No señor, no es asi, respondió Sancho, engañado le han á v. m., porque tengo mas de limpio que de goloso; y mi Señor Don Quijote que es-

tá delante sabe bien que con un puño de bellotas ú de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias; verdad es, que si tal vez me sucede que me den la baquilla, corro con la soguilla, quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo: y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, tengase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esto, sino mirara á las barbas honradas que están a la mesa. Por cierto, dijo D. Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come, se puede escribir y gravar en laminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que quando él tiene hambre, parece algo tragon, porque come apriesa, y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto: y en el tiempo que fue Gobernador aprendió á comer à lo melindroso, tanto, que comia con tenedor las ubas y aun los granos de la granada. Cómo, dijo D. Antonio, Gobernador ha sido Sancho? Si respondiò Sancho, y de una Insula llamada la Barataria: diez dias la goberné á pedir de boca; en ellos perdi el sosiego, y aprendi á despreciar todos los Gobiernos del mundo: salí huyendo de ella, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la qual sali vivo por milagro. Contó D. Quijote por menudo todo el suceso del Gobierno de

Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando Don Antonio por la mano á D. Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el qual no habia otra cosa de adorno, que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenia, sobre el qual estaba puesta, al modo de las cabezas de los Emperadores Romanos, de los pechos arriba, una, que semejaba de ser de bronce. Paseose D. Antonio con D. Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, despues de lo qual, dijo: Ahora, señor D. Quijote, que estoy enterado que no nos oye ni escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á v. m. una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condicion, que lo que á v. m. dijere, lo ha de depositar en los ultimos retretes del secreto. Asi lo juro, respondió D. Quijote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad; porque quiero que sepa v. m., Señor Don Antonio, (que ya sabia su nombre) que está hablando con quien, aunque tiene oidos para oir, no tiene lengua para hablar; asi que con seguridad pueda v. m. trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer quenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fé de esa promesa, respondió Don Antonio, quiero poner á v. m. en admiracion con

lo

lo que viere y oyere, y darme á mi algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mi secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba D. Quijote, esperando en que habian de parar tantas prevenciones. En esto, tomandole de la mano Don Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe, sobre que se sostenia; y luego dijo: Esta cabeza, Señor Don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era Polaco de nacion, y discipulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el qual estuvo aqui en mi casa, y por precio de mil ducados que le dí, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á quantas cosas al oido le preguntaren: guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente, la casó con la perfeccion que verémos mañana, porque los Viernes está muda, y hoy que lo es nos ha de hacer esperar hasta mañana: en este tiempo podrá v. m. prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en quanto responde. Admirado quedò D. Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á Don Antonio; pero por ver quan poco tiempo habia para hacer

la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta D. Antonio con llave, y fueronse á la sala, donde los demás Caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á Don Quijote, no armado, sino de rua, vestido un valandran de paño leonado, que podia hacer sudar en aquel tiempo al mismo yelo: ordenaron con sus criados, que entretuviesen á Sancho, de modo que no le dejasen salir de casa: iba Don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado; pusieronle el balandran, y en las espaldas, sin que él lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es Don Quijote, de la Mancha.* En comenzando el paseo llevaba el rotulo los ojos de quantos venian á verle; y como leian *Este es Don Quijote de la Mancha*, admirabase Don Quijote de ver que quantos le miraban, le nombraban y conocian; y volviendose á Don Antonio, que iba á su lado, le dijo: Grande es la prerogativa, que encierra en si la Andante Caballeria, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los terminos de la tierra; si no, mire v. m., Señor Don

Antonio, que hasta los muchachos de esta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen. Asi es, Señor D. Quijote, respondió D. Antonio, que asi como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alza por la profesion de las armas, resplandecen y campea sobre todas las otras. Acaeció, pues, que yendo D. Quijote con el aplauso que se ha dicho, un Castellano, que leyó el rotulo de las espaldas, alzó la voz, diciendo: Valgate el diablo por D. Quijote de la Mancha: cómo, que hasta aqui has llegado sin haverte muerto los infinitos palos que tienes acuestas? Tu eres loco, y si lo fueras á solas y dentro las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propriedad de volver locos y mentecatos á quantos te tratan y comunican; si no, mirenlo por esos señores que te acompañan. Vuelvete mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu muger y tus hijos, y dejate de esas vaciedades, que te carcomen el seso, y te desnatan el entendimiento. Hermano, dijo Don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El Señor D. Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare; y andad en hora mala, y no os metais donde no os llaman.

man. Par diez, v. m. tiene razon, respondió el Castellano, que aconsejar á este buen hombre, es dar coces contra el aguijon; pero con todo eso me da gran lastima, que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desague por la canal de su Andante Caballeria: y la hora mala que v. m. dijo sea para mi y para todos mis descendientes, si de hoy mas, aunque viviese mas años que Matusalén, diere consejo á nadie, aunque me lo pida. Apartòse el consejero, y siguió adelante el paseo; pero fue tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenia leyendo el rotulo, que se le hubo de quitar D. Antonio, como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, volvieronse á casa, hubo sarao de Damas, porque la muger de D. Antonio, que era una señora principal, alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á sus huesped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenòse esplendidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las Damas habia dos de gusto picaron y burlonas; y con ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en sacar á danzar á D. Quijote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el anima. Era cosa de ver la figu-

ra de D. Quijote, largo tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, y desayrado, y sobre todo no nada ligero: requebrabanle como á hurto las damiselas; y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero viendose apretar de requiebros, alzò la voz, y dijo: *Fugite partes adversæ.* Dejadme en mi sosiego pensamientos mal venidos: allá os avenid, señoras con vuestros deseos, que la que es reyna de los mios, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan, y diciendo esto, se sentò en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan baylador exercicio. Hizo Don Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió de él fue Sancho, diciendo: Nora en tal, señor nuéstro amo, lo habeis baylado; pensais que todos los valientes son danzadores, y todos los Andantes Caballeros baylarines? Digo que si los pensais, que estais engañado: hombre hay que atreverá á matar á un Gigante, antes que hacer una cabriola: si hubierades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapatéo como un girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas y otras razones diò que reir Sancho á los dei sarao, y diò con su amo en la cama arropandole para que sudase la frialdad de su bayle. Otro dia le pareció á

D.

Don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con D. Quijote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á D. Quijote en el bayle, que aquella noche se habian quedado con la muger de Don Antonio se encerró en la estancia donde estaba la cabeza: contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y dijoles que aquel era el primero dia adonde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada, y si no eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el busillis del encanto; y aun si Don Annio no se lo hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza, y tal orden estaba fabricada. El primero que se llegó al oido de la cabeza fue el mismo Don Antonio, y dijòle en voz sumisa, pero no tanto, que de todos no fue entendida: Dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra, qué pensamientos tengo yo ahora? Y la cabeza respondiò, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo, que fue de todos entendida, esta razon: Yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo qual todos quedaron atonitos, y mas viendo que en todo el aposento ni al rededor de la mesa no habia persona humana que responder pudiese.

Quan-

Quàntos estamos aqui? tornó á preguntar D. Antonio; y fuele respondido por el propio tenor pasado: Estais tu y tu muger con dos amigos tuyos, y dos amigas de ella, y un Caballero famoso llamado D. Quijote de la Mancha, y un Escudero, que Sancho Panza tiene por nombre: aqui si que fue el admirarse de nuevo; aqui si que fue el herizarse los cabellos á todos de puro espanto; y apartandose D. Antonio de la cabeza, dijo: Esto me bastaba para darme á entender que no fui engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y preguntela lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fue una de las dos amigas de la muger de Don Antonio; y lo que la preguntó fue: Dime, cabeza, que haré yo para ser muy hermosa? Y fuela respondido: Se muy honesta. No te pregunto mas, dijo la preguntante. Llegó luego la compañera, y dijo Queria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien bien, ó no? Y respondieronla: Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada, diciendo: Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta; porque en efecto las obras que se hacen, declaran la voluntad, que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de Don Antonio,

nio, y preguntóle: Quién soy yo? Y fuele respondido: Tu lo sabes. No te pregunto eso, respondió el Caballero, sino que me digas, si me conoces tu? Si conozco, respondió, que eres Don Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender (ó cabeza!) que lo sabes todo. Y apartandose, llegó el otro amigo, y preguntóle: Dime cabeza, qué deseos tiene mi hijo el Mayorazgo? Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso te se decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Eso es, dijo el Caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señaló, y no pregunto mas. Llegóse la muger de Don Antonio, y dijo: Yo no se, cabeza, que preguntarte, solo querria saber de ti, si gozaré muchos años de buen marido? Y respondieronla: Si gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la qual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego D. Quijote, y dijo: Dime tu el que respondes: Fue verdad, ó fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueba de Montesinos? Serán ciertos los azotes de Sancho mi Escudero? Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea? A lo de la cueba, respondieron hay mucho que decir; de todo tiene: los azotes de Sancho irán despacio; el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecucion. No quie-

ro saber mas dijo Don Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear. El ultimo preguntante fue Sancho, y lo que preguntò fue: Por ventura, cabeza, tendré otro Gobierno: saldré de la estrecheza de Escudero: volveré á ver mi muger y mis hijos? A lo que le respondieron: Gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella, verás á tu muger y á tus hijos; y dejando de servir, dejarás de ser Escudero. Bueno par Dios, dijo Sancho, esto yo me lo dijera, no dijera mas el Profeta Perogrullo. Bestia, dijo D. Quijote, qué quieres que te respondan? No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta? Si basta respondió Sancho, pero quisiera yo que se declarara mas, y me dijera mas. Con esto se acabaron las preguntas y respuestas; pero no se acabò la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Antonio que el caso sabian. El qual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero y extraordinario mysterio en la tal cabeza se encerraba, y asi dice, que D. Annio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid, fabricada por un Estampero, hizo esta en su casa, para entretenerse y suspender á los ignorantes; y la fabrica era de esta ta-

suerte: La tabla de la mesa era de palo, pintada, y barnizada como jaspe; y el pie sobre que se sostenia era de lo mismo, con quatro garras de Aguila que de él salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de Emperador Romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia: el pie de la tabla era asimismo hueco, que respondia á la garganta y pechos de la cabeza; y todo esto venia á responder á otro aposento, que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo correspondiente al de arriba, se ponia el que habia de responder, pegada la boca con el mismo cañon; de modo, que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo, y de abajo arriba, en palabras articulares y claras, y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de Don Antonio, y estudiante agudo y discreto, fue el respondiente: el qual estando avisado de su señor tio, de los que habian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fue facil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta; á las demás respondió por con-

conjeturas, y como discreto, discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa maquina; pero que divulgandose por la Ciudad, que D. Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á quanto la preguntaban respondia; temiendo no llegase á los oidos de las despiertas centinelas de nuestra Fé, habiendo declarado el caso á los Señores Inquisidores: le mandaron que la deshiciese, y no se pasase mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase; pero en la opinion de D. Quijote y de Sancho Panza, la cabeza quedó por encantada y por respondona, mas a satisfaccion de D. Quijote que de Sancho. Los Caballeros de la Ciudad por complacer á Don Antonio, y por agasajar á D. Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de alli á seis dias, que no tuvo efecto, por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á D. Quijote de pasear la Ciudad á la llana y á pie, temiendo que si iba á caballo le habian de perseguir los muchachos; y asi él y Sancho, con otros dos criados que Don Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió, pues, que yendo por una calle alzó los ojos D. Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aqui se imprimen Libros*, de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no habia visto Imprenta algu-

na, y deseaba saber cómo fuese. Entrò dentro con todo acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella; y finalmente, toda aquella maquina que en las Imprentas grandes se muestra. Llegabase D. Quijote á un cajon, y preguntaba qué era aquello que alli se hacia? Dabanle cuenta los oficiales, admirabase y pasaba adelante. Llegó entre otros á uno y preguntóle qué era lo que hacia? El Oficial le respondió: Señor, este Caballero que aqui está, (y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer, y de alguna gravedad) ha traducido un Libro de Toscano en nuestra lengua Castellana, y estoyle yo componiendo para darle á la estampa. Qué titulo tiene el libro? preguntó D. Quijote. A lo que el Autor respondiò: Señor, el Libro en Toscano se llama, L' Bagatele. Y qué responde L' Bagatele en nuestro Castellano? preguntó D. Quijote L' Bagatele, dijo el Autor, es como si en Castellano dijesemos los juguetes; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y substanciales. Yo, dijo D. Quijote, sé algun tanto del Toscano, y me precio de cantar algunas Estancias del Ariosto; pero digame vuestra merced, Señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuestra merced, sino por curiosidad no mas) ha hallado en su escritura algu-

guna vez nombrar piñata? Sí, muchas veces, respondió el Autor. Y cómo le traduce vuestra merced en Castellano? preguntó D. Quijote. Cómo le habia de traducir, replicó el Autor, sino diciendo olla. Cuerpo de tal, dijo D. Quijote, y qne adelante esta vuestra merced en el Toscano Idioma: yo apostaré una buena puesta, que adonde diga en el Toscano piache, dice vuestra merced en el Castellano place; y adonde diga piu, dice mas, y el su, declara con arriba, y el giu, con abajo. Si declaro, por cierto, dijo el Autor, porque esas son sus propias correspondencias. Osaré yo jurar, dijo D. Quijote, que no es vuestra merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos: qué de habilidades hay perdidas por ahí, qué de ingenios arrinconados, qué de virtudes menospreciadas; pero con todo esto me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las Reynas de las lenguas, Griega y Latina, es como quien mira los tapices Flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las obscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas faciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir que no sea loable este exercicio del tra-

ducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que menos provecho le trajesen. Fuera de esta cuenta van los dos famosos Traductores; el uno, el Doctor Christoval de Figueroa en su *Pastor Fido*; y el otro Don Juan de Xauregni, *en su Aminta*, donde felizmente ponen en duda, qual es la traduccion, ò qual el original. Pero digame vuestra merced, este libro imprimese por su cuenta, ó tiene ya vendido el Privilegio á algun librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el Autor, y pienso ganar mil ducados, por lo menos, con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está vuestra merced en la cuenta, respondió D. Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los Impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros; yo le prometo que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un pecco avieso, y no nada picante. Pues qué, dijo el Autor, quiere vuestra merced que se le dé á un librero que me dé por el Privilegio tres maravedis, y aun piensa que me hace merced en darmelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis Obras: provecho quiero, que sin él no vale un quartin la buena fama.

mà. Dios le dé á vuestra merced buena mano derecha, respondió D. Quijote, y pasó adelante á otro cajon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro, que se intitulaba: *Luz del Alma*; y en viendole dijo: Estos tales libros, aunque hay muchos de este genero, son los que se deben imprimir porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desiumbrados. Pasó adelante, y vió, que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su titulo, le respondieron, que se llamaba la *segunda Parte del Ingenioso Hidalgo Don D. Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia de este libro, dijo D. Quijote, y en verdad y en mi conciencia, que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San-Martin se le llegará como á cada puerco, que las Historias fingidas tanto tienen de buenas y deleytables, quanto se llegan á la verdad, ó la semejanza de ella; y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas; y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la Imprenta, y aquel mismo dia ordenó Don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa, que en su vida las habia visto. Avisó Don Antonio al Quatralvo de las galeras, como aquella tar-

de habia de llevar á verlas á su huesped el famoso D. Quijote de la Mancha, de quien ya el Quatralvo y todos los vecinos de la Ciudad tenian noticia; y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capitulo.

CAPITULO LXIII.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la vista de las Galeras; y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

GRandes eran los discursos que D. Quijote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno de ellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierto, del desencanto de Dulcinéa; alli iba y venia, y se alegraba entre si mismo, creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser Gobernador, como queda dicho todavia deseaba volver á mandar y á ser obedecido, que esta mala aventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde Don Antonio Moreno, su huesped, y sus dos amigos, con D. Quijote y Sancho, fueron á las Galeras. El Quatralvo, que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos famosos D. Quijote y Sancho, ape-

apenas llegaron á la Marina, quando todas las Galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimias, arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmesi, en poniendo que puso los pies en él D. Quijote, disparó la Capitana el cañon de cruxía, y tambien las otras Galeras hicieron lo mismo, y al subir D. Quijote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza quando una persona principal entra en la Galera, diciendo: Hu, hu, hu tres veces; dióle la mano el General, que con este nombre le llamaremos, que era un principal Caballero Valenciano; abrazó á D. Quijote, diciendole: Este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al Señor D. Quijote de la Mancha, tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la Andante Caballeria. Con otras no menos corteses razones le respondió D. Quijote, alegre sobre manera de verse tratar á lo Señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentaronse por los bandines; pasòse el comitre en cruxía, y dió señal con el pito, que la chusma hiciese fuera ropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros: quedó pasmado, y mas quando vió hacer tienda con tanta priesa, que á èl le pareció

que todos los diablos andaban alli trabajando pero esto todo fueron tortas y pan pintado; para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol, junto al espaldar de la mano derecha, el qual ya avisado de lo que habia de hacer, asió de Sancho, y levantandole en los brazos, toda la chusma puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha vanda, le fue dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco, con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó, que los mismos demonios le llevaban; y no pararon con él hasta volverle por la siniestra vanda á ponerle en la popa. Quedó el pobre molido, jadeando y trasudando, sin poder imaginar qué fuese lo que sucedido le habia D. Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al General, que si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las Galeras; porque si acaso lo fuesen, él que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes exercicios; y que votaba á Dios, que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto, se levantó en pie, y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda; y con grandisimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho; que el Cielo se desencajaba de sus quicios

cios, y venia á dar sobre su cabeza; y agoviandola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo D. Quijote, que tambien se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma hizo la entena con la misma priesa y ruido que la habia amaynado; y todo esto callando, como si no tuviera voz ni aliento: hizo señal el comitre, que zarpasen el ferro; y saltando en mitad de la cruxia, con el corvacho ó rebenque comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y alargarse poco á poco á la mar. Quando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados, que tales pensó él que eran los remos, dijo entre si: Estas si que son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. Qué han hecho estos desdichados, que ansi los azotan; y como este hombre solo que anda por aqui silvando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo, este es el infierno, por lo menos el Purgatorio. Don Quijote que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pensaba, le dijo: Ah, Sancho amigo, y con qué brevedad y quán á poca costa os podiades vos, si quisiesedes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos dos Señores, y acabar el desencanto de Dulcinéa, pues con la miseria y penas de tantos no sintierades vos mucho la vuestra y mas, que podria ser que el sabió Merlin to-

má:

mase en cuenta cada azote de estos por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habiades de dar. Preguntar querria el General qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinéa? quando dijo el marinero: Señal hace Monjui de que hay bajél de remos en la Costa, por la vanda del Poniente. Esto oido, saltó el General en la cruxía, y dijo: Ea, hijos, no se nos vaya; algun vergantin de Cosarios de Argél debe de ser este, que la atalaya nos señala. Llegaronse luego las otras tres galeras á la Capitana á saber lo que se les ordenaba. Mandó el General que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra, porque asi el bajél no se les escaparia. Apretò la chusma los remos, impeliendo las Galeras con tanta furia, que parecian que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajél, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ò quince bancos, y asi era la verdad; el qual bajél, quando descubrió las Galeras, se puso en caza, con intencion y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avinole mal, por que la Galera Capitana era de los mas ligeros bajeles que en la mar navegaban: y asi le fue entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podian escaparse; y asi el Arraz quisiera que dejaran los remos, y se entregaran, por no irritar á enojo al Capitan que nuestras Galeras

re-

regia ; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la Capitana llegaba tan cerca, que podian los del bajél oir las voces que desde ella les decian, que se rindiesen, dos Toraquis, que es como decir dos Turcos borrachos ; que en el bergantin venian con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos Soldados, que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo qual juró el General de no dejar con vida á todos quantos en el bajél tomase ; y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debajo de la palamenta, pasó la galera adelante un buen trecho, los del bajél se vieron perdidos, hicieron vela en tanto que la Galera volvia ; y de nuevo á vela y remo se pusieron en caza ; pero no les aprovechó su diligencia, tanto como los daño su atrevimiento : porque alcanzandoles la Capitana á poco mas de media milla, les echó, la palamenta encima : y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos Galeras, y todas quatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que que traian. Dió fondo el general cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el Virrey de la Ciudad ; mandó echar el esquife para traerle, y mandó amaynar la entena para ahorcar luego al Arraez y á los demás Turcos que en el bajél habia cogido, que serian hasta treinta y

seis

seis personas, todos gallardos y los mas escopeteros Turcos. Preguntó el General, quién era el Arraez del bergantin? y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua Castellana: (que despues pareció ser renegado Español) este mancebo, Señor, que aqui ves es nuestro Arraez, y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el General: Dime, mal aconsejado perro, quien te movió á matarme mis Soldados, pues veis ser imposible de escaparte? ese respeto se guarda á las Capitanas? No sabes tú, que no es valentia la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer a los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder queria el Arraez; pero no pudo el General por entonces oir la respuesta por acudir á recibir al Virrey, que ya entraba en la Galera, con el qual entraron algunos de sus criados, y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, Señor General, dijo el Virrey. Y tan buena, respondió el General; qual la verá V. Excelencia agora colgada de esta entena. Cómo asi? replicó el Virrey, Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley, contra toda razon y usanza de guerra, dos Soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á quantos he cautivado, principalmen-

mente á este mozo, que es el Arraez del bergantin, y enseñóle al que ya tenia atadas las manos, y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte. Miróle el Virrey, y viendole tan hermoso, tan gallardo y tan humilde, dandole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de escusar su muerte; y asi le preguntó: Dime, Arraez, eres Turco de nacion, o Moro, ó Renegado? A lo que el mozo respondió en lengua asimismo Castellana: Ni soy Turco de nacion, ni Moro, ni Renegado. Pues qué eres? replicó el Virrey. Muger Christiana, respondió el mancebo. Muger Christiana, en tal trage, y en tales pasos, mas es cosa para admirarla, que para creerla. Suspended, dijo el mozo, ó Señores, la ejecucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza, en tanto que yo os cuento mi vida. Quién fuera el de corazon tan duro, que con estas razones no se ablandara, ó á lo menos hasta oir las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El General le dijo, que dijese lo que quisiese; pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia, el mozo comenzó á decir de este manera: De aquella Nacion mas desdichada, que Prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo, de moriscos padres engendrada en la corriente de su desven-

tu-

tura : fui yo por dos tios mios llevada á Berberia, sin que me aprovechase decir que era Christiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y Catholicas: no me valiò con los que tenian á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habia nacido; y asi por fuerza, mas que por grado, me trageron consigo: tuve una madre Christiana, y un padre discreto y Christiano, ni mas ni menos: mamé la Fé Catholica en la leche, ctieme con buenas costumbres: ni en la lengua ni en ellas jamás, á mi parecer, dí señales de ser Morisca. Al par y al paso de estas virtudes (que yo creo que lo son) creciò mi hermosura, si es que tengo alguna; aunque mi recato y mi encerramiento fue mucho, no debió de ser tanto, que no tuviese lugar de verme un mancebo Caballero, llamado Don Gaspar Gregorio, hijo Mayorazgo de un Caballero, que junto á nuestro lugar otro suyo tiene: cómo me vió, como nos hablamos, como se vió perdido por mi, y como yo no muy ganada por él, sería largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el rigoroso cordel que me amenaza; y asi solo, dire, como en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio; mezcló-

elòse con los Moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo de dos tios mios que consigo me traian, porque mi padre prudente y prevenido, asi como oyó el primer vando de nuestro destierro, se saliò del lugar, y se fue á buscar alguno en los Reynos estraños, que nos acogiese; dejo encerradas, y enterradas en una parte de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro: mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso antes que él volviese nos desterraban. Hicelo asi, y con mis tios, (como tengo dicho) y otros parientes y allegados, pasamos á Berbería, y el lugar dònde hicimos asiento fue en Argél, como si le hicieramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se le dió de mis riquezas, que en parte fue ventura mia. Llamóme ante si, preguntóme de qué parte de España era, y què dinero, y qué joyas traia? Dijele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados, pero que con facilidad se podian cobrar, si yo misma volviése por ellos. Todo esto le dije temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas platicas, le llegaron á decir como venia conmigo uno de los mas gallardos, y hermosos man-

mancebos que se podia imaginar: luego entendi que lo decian por D. Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarecer se pueden. Turbéme considerando el peligro que D. Gregorio corria; porque entre aquellos barbaros Turcos en mas se tiene y estima un muchacho ó mancebo hermoso, que una muger, por bellisima que sea. Mandó luego el Rey, que se le trajesen alli adelante para verles; y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo decian: entonces yo, casi como prevenida del Cielo le dije, que sí era; pero que le hacia saber, que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicaba me la dejase ir à vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Dijome, que fuese en buen hora, y que otro dia hablariamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con Don Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre, vestile de Mora, y aquella misma tarde le traje à la presencia del Rey, el qual en viendole, quedó admirado, y hizo designio de guardarla, para hacer presente de ella al Gran Señor; y por huir del peligro que en el Serrallo de sus mugeres podia tener, y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales Moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego:

go: lo que los dos sentimos, (que no puedo negar el que le quiero) se deje á la consideracion de los que se apartan, si bien se quien. Dió luego traza el Rey de que yo volviese á España en este bergantin, y que me acompañasen dos Turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados: vino conmigo tambien este Renegado Español (señalando al que habia hablado primero) del qual sé yo bien que es Christiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España, que de volverse á Berberia: la demás chusma del bergantin son Moros y Turcos, que no sirven de mas que bogar al remo: los dos Turcos codiciosos é insolentes, sin guardar el orden que traimos, de que á mi y á este Renegado en la primer parte de España, en habito de Christianos (de que venimos proveidos) nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa, si pudiesen; temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que á los dos nos sucediese, podriamos descubrir; que quedaba el bergantin en la mar; y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen: anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia de estas quatro galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion, D. Gregorio queda

en habito de muger entre mugeres, y con manifiesto peligro de perderse; y yo me veo atadas las manos esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa, Este, Señor, es el fin de mi lamentable historia, tan verdadera, como desdichada; lo que os ruego es, que me dejeis morir como Christiana, pues (como ya he dicho) en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido; y luego calló, preñados los ojos de tiernas lagrimas, á quien acompañaron muchos de los que presentes estaban. El Virrey, tierno y compasivo, sin hablarla palabra, se llegó á ella, y la quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto, pues, que la morisca Christiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la Galera quando entrò el Virrey, y apenas dió fin á su platica la Morisca, quando él se arrojó á sus pies, y abrazados de ellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, la dijo: O Ana Felix, desdichada hija mia, yo soy tu Padre Ricote, que volvia á buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma! A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza (que inclinada tenia, pensando en la desgracia de su paseo) y mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote, que

que topó el dia que salió de su Gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la qual ya desatada abrazò á su Padre, mezclando sus lagrimas con las suyas, el qual dijo al General y Virrey: Esta, Señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos, que en su nombre. Ana Felix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa, tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo sali de mi patria á buscar en Reynos estraños quien nos alvergase y recogiese; y habiendole hallado en Alemania, volvi en este habito de peregrino, en compañia de otros Alemanes, á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas: no halle á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traygo, y agora por el estraño rodeo que habeis visto he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa, y sus lagrimas y las mias, por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamientos de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dijo Sancho: bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice, en quanto á ser Ana Felix su hija; que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no

me entromèto. Admirados del estraño caso rodos los presentes, el General dijo: Una por una, vuestras lagrimas no me dejarán cumplir mi juramento, vivid hermosa Ana Felix los años de la vida que os tiene determinado el Cielo: y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron: y mandó luego ahorcar de la entrena à los Turcos que à sus dos soldados habian muerto; pero el Virrey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentia habia sido la suya. Hizo el General lo que el Virrey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas à sangre helada. Procuraron luego dar traza de sacar à D. Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenia: dieronse muchos medios, pero ninguno fue tal como el que diò el Renegado Español que se ha dicho, el qual se ofreció de volver à Argél en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armados de remeros Christianos, porque él sabia dónde, cómo y quàndo podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde D. Gaspar quedaba. Dudaron el General y el Virrey el fiarse del Renegado, ni confiar de los Christianos que habian de bogar al remo. Fióle Ana Felix, y Ricote su Padre dijo, que salia à dar el rescate de los Chris-

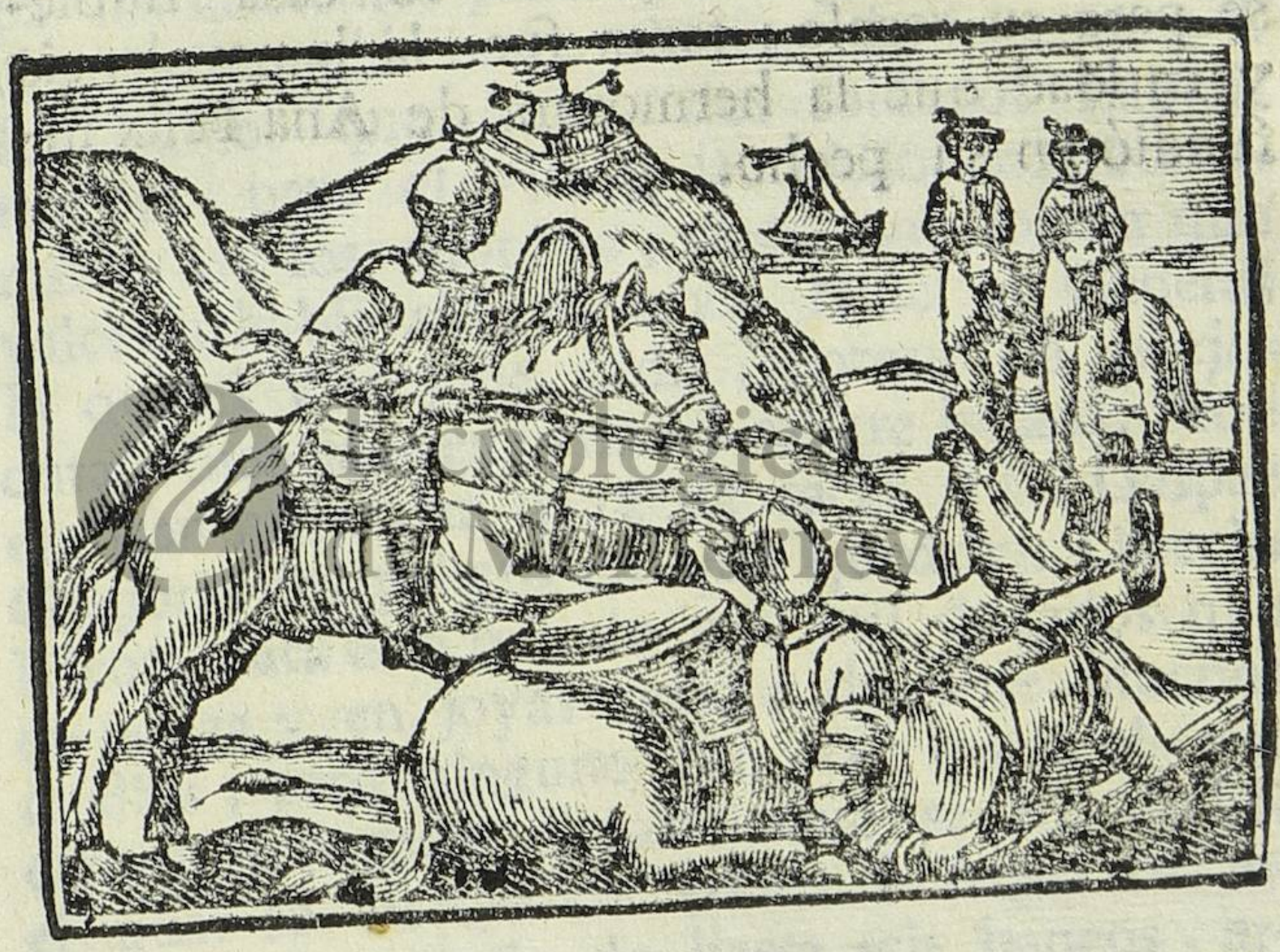
Christianos, si acaso se perdiesen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el Virrey, y D. Antonio Moreno se llevó consigo á la Morisca y á su Padre, encargandole el Virrey, que los regalase y acariciase todo quanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia todo lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fue la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Felix infundió en su pecho.

Tecnológico de Monterrey

LA muger de Don Antonio Moreno, cuyo contento de ver á Ana Felix en su casa, la recibió con mucho agrado, así encomendada de su belleza, como de su discrecion, porque en todo y lo otro era extremada la Morisca: y toda la gente de la Ciudad, como á cosa nueva, venian á verla. Dijo D. Jo-

CAPITULO. LXIV.

De la aventnra que mas pesadumbre dió á D. Quijote de quantas hasta entonces le habian sucedido.



LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandisimo contento de ver á Ana Felix en su casa; recibiòla con mucho agrado, asi enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y lo otro era extremada la Morisca: y toda la gente de la Ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dijo D. Quijo-

jote á D. Antonio, que al parecer que habian tomado en la libertad de D. Gregorio, no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente; y que seria mejor que le pusiesen à él en Berberia con sus armas y acaballo, que èl le sacaria, á pesar de toda la morisma, como habia hecho D. Gayferos à su esposa Melisendra. Advierta v. m., dijo Sancho, oyendo esto, que el Señor D. Gayferos sacó á su Esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme, pero aqui, si acaso sacamos á D. Gregorio, no tenemos por donde traerle à España, pues està la mar en medio. Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió D. Quijote, pues llegando el barco à la marina, nos podrémos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita v. m., dijo Sancho, pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al Renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. D. Antonio dijo. que si el Renegado no saliese bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran D. Quijote pasase à Berberia. De alli á unos dias partió el Renegado con un ligero barco de seis remos por vanda, armado de valentisima chusma; y de alli à otros dos se partieron las Galeras à Levante, habiendo pedido el General al Visorrey fuese servido de avisarle de

lo que sucediese en la libertad de D. Gregorio, y en el caso de Ana Felix: quedó el Visorrey de hacerlo asi como se lo pedia. Y una mañana saliendo D. Quijote á pasearse por la playa armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir ácia él un Caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada una luna resplandeciente; el qual, llegandose á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á D. Quijote, dijo: Insigne Caballero, y jamás, como se debe, alabado D. Quijote de la Mancha, yo soy el Caballero de la blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traido á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacer conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es, sin comparacion, mas hermosa que tu Dulcinéa del Toboso; la qual verdad si tu la confiesas de llano en llano, escusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dartela; y si tu peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfaccion, sino que dejando las armas, y absteniendote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila, y en pro-

ve-

vechoso sosiego: porque asi conviene al aumento de tu hacienda, y á la salvacion de tu alma, y si tu me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas: mira lo que te está mejor, y respondeme luego, porque hoy todo el dia tengo de termino para despachar este negocio. D. Quijote quedó suspenso y atonito, asi de la arrogancia del Caballero de la blanca Luna, como de la causa por qué le desafiaba; y con reposo y ademan severo le respondió: Caballero de la blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo osaré jurar que jamás habeis visto á la ilustre Dulcinéa, que si visto la hubierades, yo se que procuraradades no poneros en esa demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya comparar ser pueda; y asi, no diciendoos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido, acepto vuestro desafio, y luego, porque no se pase el dia: que traeis determinado; y solo excepto las condiciones la que se pase á mi la fama de vuestras hazañas, porque no sé quales ni qué tales sean; con las mias me contento, tales quales ellas son: tomad, pues, la parte del campo que quisieredes,

que

que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Habian descubierto de la Ciudad al Caballero de la blanca Luna, y dichoselo al Visorrey, que estaba hablando con D. Quijote de la Mancha, el Visorrey, creyendo seria alguna nueva aventura, fabricada por D. Antonio Moreno, ó por otro algun Caballero de la Ciudad, salió luego á la playa con D. Antonio y con otros muchos Caballeros que le acompañaban, á tiempo y quando que Don Quijote volvia las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo, pues, el Visorrey, que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntandoles, qué era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla? El Caballero de la blanca Luna pespondió, que era precedencia de hermosura; y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á D. Quijote, con la aceptacion de las condiciones del desafio hechas por entrambas partes. Llegóse el Visorrey á D. Antonio, y preguntole paso: Si sabia quién era el tal Caballero de la blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á D. Quijote? D. Antonio le respondió, que ni sabia quién era, ni si era de burlas, ni de veras el tal desafio. Esta respuesta tuvo perplexo al Visorrey, en si les dejaria ó

no

no pasar adelante en la batalla ; pero no pudiendose persuadir á que no fuese sino burla , se apartò diciendo : Señores Caballeros, si aqui no hay otro remedio sino confesar ó morir , y el Señor D. Quijote está en sus trece , y v. m. el de la blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios , y dense. Agradeció el de la blanca Luna con corteses y discretas razones al Visorrey la licencia que se les daba , y D. Quijote hizo lo mismo ; el qual , encomendandose al Cielo de todo corazon , y á su Dulcinea, (como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian) tornó á tomar otro poco mas del campo , porque vió que su contrario hacia lo mismo ; y sin tocar trompeta ni otro instrumento belico que les diese señal de arremeter , volvieron entrambos á un mismo punto las riendas à sus caballos ; y como era mas ligero el de la blanca Luna , llegò à Don Quijote á dos tercios andados de la carrera , y alli le encontrò con tan poderosa fuerza , sin tocarlo con la lanza , que la levantò , al parecer , dè proposito , que diò con Rocinante y con Don Quijote por el suelo una peligrosa caida; fue luego sobre él , y poniendole la lanza sobre la visera , le dijo : Vencido sois , Caballero , y aun muerto , si no confesais las condiciones de nuestro desafio. D. Quijote moli-

lido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo: Dulcinéa del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado Caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, Caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. Eso no haré yo por cierto, dijo el de la blanca Luna; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la Señora Dulcinéa del Toboso, que solo me contento con que el gran D. Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mi le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorrey y D. Antonio, con otros muchos que alli estaban; y oyeron asimismo que D. Quijote respondió, que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinéa, todo lo demás cumpliria como Caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion, volvió las riendas el de la blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al Visorrey, y á medio galope se entrò en la Ciudad. Mandó el Visorrey y D. Antonio, que fuese tras él, y que de todas maneras supiese quien era. Levantaron á D. Quijote, descubrieronle el rostro, y hallaronle sin color y trasudando. Roci-

nante, de puro mal parado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia que decirse ni qué hacerse; pareciale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella maquina era cosa de encantamientos; veia à su Señor tendido, y obligado à no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas obscurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas desechas, como se deshace el humo con el viento; temia si quedaria ó no contrahecho Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura, si deslocado quedára. Finalmente, con una silla de manos que mandó traer el Visorrey, le llevaron à la Ciudad; y el Visorrey se volvió tambien à ella con deseo de saber quien fuese el Caballero de la blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado à D. Quijote.

CA-

CAPITULO LXV.

Donde se da noticia quièn era el Caballero de la blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio; y de otros sucesos.

SIguió D. Antonio Moreno al Caballero de la blanca Luna, y siguiendole tambien, y aun persiguiendole muchos muchachos, hasta que le cerraron en un Meson dentro de la Ciudad; entró en él D. Antonio con deseo de conocerle; salió un escudero á recibirle: y á desarmarle se entró en una sala baja, y con él D. Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese. Viendo, pues, el de la blanca Luna, que aquel Caballero no le dejaba, le dijo: Bien sé, Señor, á lo que venis, que es á saber quien soy, y porque no hay para qué negaroslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso: Sabed, Señor, que á mi me llaman el Bachillér Sanson Carrasco, y soy del mismo lugar de D. Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lastima quantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que esté en su tierra

y en su casa, di traza para hacerle estar en ella; y asi, habrá tres meses que le sali al camino como Caballero Andante, llamandome el Caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él, y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea, que el vencido quedase á discrecion del vencedor; y lo que pensaba pedirle (porque ya le juzgaba por vencido) era, que se volviese á su lugar, y que no saliese de él en todo un año, en el qual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mi, y me derribó del caballo, y asi no tuvo efecto mi pensamiento; él prosiguió su camino, y yo me volvi vencido, corrido y molido de la caida, que fue á demás peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle, y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las ordenes de la Andante Caballeria, sin duda alguna guardarà la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, Señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cōsa alguna; suplicoos no me descubrais, ni le digais à D. Quijote quien soy; porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonisimo, como le dejen las sandeces de la Caballeria. O Señor! dijo D. Antonio, Dios os perdone

el

el agravio que habeis hecho á todo el mundo en querer volver á cuerdo al mas gracioso loco que hay en él! No veis Señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de D. Quijote, á lo que llega el gusto que da con sus desvarios? Pero yo imagino que toda la industria del Señor Bachillér no ha de ser parte para volver cuerdo à un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diria que nunca sane D. Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su Escudero, que qualquiera de ellas puede volver à alegrar à la misma melancolia: con todo esto callaré, y no le dirè nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el Señor Carrasco; el qual respondió, que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y habiendose ofendido D. Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidió de él: y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en la batalla se salió de la Ciudad aquel mismo dia, y se volvió á su patria, sin sucederle cosa que obligue à contarla en esta verdadera Historia. Contó D. Antonio al Visorrey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el Visorrey no recibió mucho gusto,

por

porque en el reconocimiento de D. Quijote se perdia el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo D. Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo, y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso, de su vencimiento. Consolabale Sancho, y entre otras razones le dijo: Señor mio, alce v. m. la cabeza, y alegrese, si puede, y de gracias al Cielo que ya que le derribó en la tierra, no saliò con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, de una higa al Medico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad, volvamonos á nuestra casa, y dejemonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos, y si bien se considera, yo soy aqui el mas perdidoso, annque es v. m. el mas mal parado. Yo que dejé con el Gobierno los deseos de ser Gobernador, no dejé la gana de ser Conde, que jamás tendrá efecto, si v. m. deja de ser Rey, dejando el ejercicio de su Caballeria; y asi vienen á volverse en humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues ves que mi resolucion y retirada no ha de pasar de un año, que luego volvere á mas honrados ejercicios, y

no me ha de faltar Reyno que gane, y algun Condado que darte. Dios lo oyga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir, que mas vale buena esperanza, que ruin posesion. En esto estaban quando entró Don Antonio diciendo, con muestras de grandisimo contento: Albricias señor Don Quijote, que Don Gregorio y el Renegado que fue por èl, está en la playa: qué digo en la playa? ya está en casa del Visorrey, y será aqui al momento. Alegróse algun tanto D. Quijote, y dijo: En verdad, que estoy por decir; que me holgara que hubiera sucedido todo al rebes, porque me obligara á pasar en Berberia, donde con la fuerza de mi brazo diere libertad no solo á Don Gregorio, sino á quantos Christianos cautivos, hay en Berberia, pero qué digo, miserables, no soy yo el vencido? No soy yo el derribado? No soy yo el que no puedo tomar armas en un año? Pues que prometo? de qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada? Dejese de eso, Señor, dijo Sancho, viva la gallina, aunque con su pepita, que hoy por ti, y mañana por mi; y en estas cosas de encuentros y porrazos, no hay tomarlas tiento alguno; pues el que hoy cae, puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la ca-

cama, quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias; y levantese vuestra merced ahora para recibir á Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, ya debe de estar en casa, y asi era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta á D. Gregorio, y el Renegado al Visorrey, y de su ida y vuelta, deseoso D. Gregorio de ver á Ana Felix, vino con el Renegado á casa de D. Antonio; y aunque D. Gregorio, quando le sacaron de Argel, fue con habitos de muger, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en qualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobre manera; y la edad, al parecer de diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recibirle, el padre con lagrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor, no suele haber mucha desenvoltura. Las dos bellezas juntas con D. Gregorio y Ana Felix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fue alli el que habló por los dos amantes; y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el Renegado la industria y medio que tuvo para sacar á Don Gregorio;

rió contó Don Gregorio los peligros y apriétos en que se habia visto con las mugeres con quien habia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, dondé mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente, Ricote pagò y satisfizo liberalmente, asi al Renegado como á los que habian bogado al remo. Reincorporó se, y redujose el Renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De alli á dos dias trató el Visorrey con D. Antonio, qué modo tendrian para que Ana Feliz y su padre quedasen en España, pareciendoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan christiana y padre, al parecer tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir á la Corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella, por medio del favor y de las dadivas, muchas cosas dificultosas se acaban. No dijo Ricote, que se hallò presente á esta platica, hay que esperar en favores ni en dadivas; porque con el gran D. Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, á quien dió su Magestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, ni promesas, no dadivas, no lastimas, porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia como él ve-

ve, que todo el cuerpo de nuestra Nacion está contaminado y podrido, usa con él antes de cauterio que abrasa, que de unguento que molifica; y asi con prudencia; con sagacidad, con diligencia, y con medios que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros, á debida ejecucion el peso de esta gran maquina; sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de argos, que continuo tienen alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, que con el tiempo venga despues á brotar y à echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia: heroyca resolucion del gran Philipo Tercero, é inaudita prudencia en haberla encargado el tal Don Bernardino de Velasco. Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el Cielo lo que mas fuere servido, dijo D. Antonio: Don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia. Ana Felix se quedará con mi muger en mi casa, ó en un Monasterio; y yo se que el señor Visorrey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta ver como yo negocio. El Visorrey consintió en todo lo propuesto; pero Don Gregorio, sabien-

do lo que pasaba, dijo: Que en ninguna manera podia ni queria dejar á Doña Ana Felix; pero teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Felix con la muger de D. Antonio, y Ricote en casa del Visorrey. Llegòse el dia de la partida de D. Antonio, y el de D. Quijote y Sancho, que fue de alli á otros dos, que la caida no le concedió que mas presto se pusiese en camino. Hubo lagrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse D. Gregorio de Ana Felix: ofrecióle Ricote á D. Gregorio mil escudos si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó D. Antonio, prometiendo la paga de ellos en la Corte. Con esto se partieron los dos, y D. Quijote y Sancho, despues, como se ha dicho: D. Quijote desarmado y de camino, Sancho á pie, por ir el rucio cargado con las armas.

CAPITULO XLVI.

De lo que verà el que lo leyere, ó lo oirà el que lo escuchare leer.

AL salir de Barcelona volvió Don Quijote, á mirar el sitio donde habia caido, y dijo: Aqui fue Troya; aqui mi desdicha, y no mi cobardia se llevó mis alcanzadas glorias: aqui usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas, aqui se obscurecieron mis hazañas; aqui finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse. Oyendo lo qual Sancho, dijo: Tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegria en las prosperidades; y esto lo juzgo por mi mismo, que si quando era Gobernador estaba alegre, ahora que soy Escudero de á pie, no estoy triste, porque he oido decir, que esta que llaman por ahi fortuna, es una muger borracha, antojadiza, y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe à quien derriba, ni á quien ensalza. Muy Philosopho estás, Sancho, respondió Don Quijote, muy á lo discreto hablas, no se quien te lo enseña; lo que te se decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vie-

nen acaso sino por particular providencia de los Cielos, y de aqui viene lo que se suele decir, que cada uno es artifice de su ventura: yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necesaria; y asi me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la blanca Luna no podia resistir la fiaqueza de Rocinante; atrevime, en fin, hice lo que pude, derribaronme, y aunque perdi la honra, no perdi ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra; quando era Caballero Andante, atrevido y valiente, y con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; agora quando soy Escudero pedestre acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mis promesas. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año de noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mi olvidado ejercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pie, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun arbol, en lugar de un ahorcado; y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como v. m. las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pie, y hacerlas grandes: es pensar en lo escusado. Bien has dicho, Sancho, respondió D. Quijote: cuelgense mis ar-

armas por trofeos, y al pie de ellas, ó al rededor de ellas gravaremos en los arboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito.

Nadie las mueba,
Que estar no pueda
Con Roldan à prueva.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado. Pues ni él ni las armas replicó D. Quijote, que quiero se ahorquen; porque no se diga, que á buen servicio, mal galardon. Muy bien dicen v. m. respondió Sancho; porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda; y pues de este suceso v. m. tiene la culpa, castiguese á si mismo, y no rebienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones y platicas se les pasó todo aquel dia, y aun otros quatro, sin sucederles cosa que estorvarse su camino, y al quinto dia, á la entrada de un lugar hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba alli solazando. Quando llegaba á ellos D. Quijote, un labrador alzó la voz, diciendo: Alguno de estos

dos

dos señores que aqui vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta. Si diré, por cierto respondió D. Quijote con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dijo el labrador, Señor bueno, que un vecino de este lugar tan gordo, que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino, que no pesa mas que cinco; fue la condicion, que habian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiendole preguntado al desafiador, cómo se habia de igualar el peso? dijo, que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro acuestas, y asi se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no, dijo á esta sazon Sancho, antes que D. Quijote respondiese, y á mi, que ha pocos dias que salí de ser Gobernador y Juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleyto. Responde en buena hora dijo D. Quijote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traygo alborotado y transtornado el juicio. Con esta licencia dijo, Sancho á los labradores, que estaban muchos al rededor de él, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sobra de justicia alguna, porque si es verdad lo que se dice, que el desafio puede escoger las armas, no es bien que este las escoja tales

que

que le impidan ni estorben el salir vencedor, y asi es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde y saque seis arrobas de sus carne de aqui ú de alli de su cuerpo, como por mejor le pareciere y estuviere; y de esta manera, quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y asi podrán correr igualmente. Voto á tal, dijo un labrador que escuchò la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito sentenciado como un Canonigo, pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, quanto mas seis arrobas. Lo mejor es, que no corran, respondiò otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se desmesure de carne, y echese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mi la capa quando llueva. Yo, señores, respondió D. Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés y caminar mas que de paso; y asi dando de espuelas á Rocinante, pasó adelante, dejandoles admirados de haber visto y notado, asi su estraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho; y otro de los labradores dijo: Si el criado es tan discreto, qual debe de ser el amo? Yo apostaré, que si van á estudiar á Salamanca.

que á un tris de venir á ser Alcaldes de Corte: que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y quando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza. Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo; al Cielo raso y descubierto; y otro dia, siguiendo su camino, vieron que ácia ellos venia un hombre de á pie con unas alforjas al cuello, y una azcona, ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie, el qual como llegó junto á D. Quijote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazandole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dijo con muestras de mucha alegria: O mi señor D. Quijote de la Mancha; y qué gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque, quando sepa que v. m. vuelve á su Castillo, que todavia se está en él con mi señora la Duquesa. No os conozco, amigo respondió D. Quijote, ni se quien sois, si vos no me lo decis. Yo señor D. Quijote, respondió el correo, soy Tosilos, el lacayo del Duque mi Señor, que no quise pelear con v. m. sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez. Valame Dios, dijo D. Quijote; es posible que sois vos el que los encantadores, mis enemigos, transformaron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hu-

hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna; tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo sali de ella; yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza, pero sucedióme al rebés mi pensamiento, pues asi como v. m. se partió de nuestro Castillo, el Duque mi Señor me hizo dar cien palos, por haber contravenido à las ordenanzas que me tenia dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya Monja, y Doña Rodriguez se ha vuelto à Castilla, y yo voy ahora à Barcelona à llevar un pliego de cartas al Virrey, que le envia mi amo. Si v. m. quiere un traguito, aunque caliente, puro aqui llevo una calabaza llena de lo caro, con no se quantas rajitas de queso de tronchòn, que serviràn de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo. Quiero el convite, dijo Sancho, y eche el resto de la cortesia, y escancie el buen Tosilos à despecho y pesar de quantos encantadores hay en las Indias. En fin, dijo D. Quijote, tu eres Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho; quedate con él, y hartate, que yo me iré adelante poco à poco, esperandote à que vengas. Rióse el lacayo, desembaynó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo; él y Sancho se sentaron so-

sobre la yerva verde, y en buena paz y compaña despavilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, solo porque olia á queso. Dijo Tosilos á Sancho: Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. Cómo debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y mas quando la moneda es locura; bien lo veo yo, y bien se lo digo á él, pero qué aprovecha, y mas agora que va rematando, porque va vencido del Caballero de la blanca Luna. Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió, que era descortesia dejar que su amo le esperase, que si otro dia se encontrasen, habria lugar para ello; y levantandose despues de haber sacudido el sayo, y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo, á Dios, dejò á Tosilos, y alcanzó á su amo, que á la sombra de un arbol le estaba esperando.

CAPITULO LXVII.

De la resolucion que tomó Don Quijote de hacerse pastor, y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos, en verdad gustosos y buenos.

SI muchos pensamientos fatigaban á D. Quijote antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. A la sombra del arbol estaba, como se ha dicho, y alli como moscas á la miel le acudian y picaban pensamientos, unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en tan forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosilos. Es posible, le dijo D. Quijote, que todavia pienses ó Sancho, que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de la mente haber visto á Dulcinéa convertida y transformada en la labradora, y al Caballero de los Espejos en el Bachiller Carrasco: obra toda de los encantadores que me persiguen; pero dime ahora, preguntaste á ese Tosilos; que dicen que ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ò si ha dejado ya en manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fa-

fatigaban! No eran, respondiò Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberias. Cuerpo de mi, Señor, está v. m. ahora en terminos de inquerir pensamientos agenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho dijo D. Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento: bien puede ser que un Caballero sea desamorado; pero no puede ser hablando en todo rigor, que sea desagradecido, quisome bien, al parecer, Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes; lloró en mi partida, maldijome, vituperóme, quejóse á despecho en la venganza publicamenre: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones: yo no tuve esperanzas que darla, ni tesoros que ofrecerla, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea; y los tesoros de los Caballeros Andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darla estos acuerdos que de ella tengo, sin perjuicio; pero de los que tengo de Dulcinea, á quien tu agravias con la remision que tienes en azorarte y en castigar esas carnes que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho si, va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir

dir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijesemos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas: á lo menos yo osaré jurar, que en quantas historias v. m. ha leido, que tratan de la Andante Caballeria, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por si ó por no, yo me los daré quando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió Don Quijote, y los cielos te den gracia para que caygas en la cuenta y en la obligacion que te corre de ayudar á mi Señora, que lo es tuya, pues tu eres mio. En estas platicas iban siguiendo su camino, quando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros; y reconociendole D. Quijote, dijo á Sancho: Este es el prado donde topamos las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcadia: pensamiento tan nuevo como discreto á cuya imitacion, si es que á ti te parece bien, querria, ó Sancho, que nos convirtiesemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido: yo compraré algunas ovejas y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamandome yo el pastor Quijotiz, y tu el pastor Pancino, nos andarémos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aqui, endechando alli, bebiendo de los liquidos crista-

les de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ò de los caudalosos rios: daránnos con abundantisima mano de su dulcisimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durisimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los estendidos prados, aliento el ayre claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la obscuridad de la noche, gusto el canto, alegria el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podrémos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos, Par diez, dijo Sancho, que me ha quadrado, y aun esquinado tal genero de vida, y mas, que no la ha de haber aun bien visto el Bachiller Sanson Carrasco y Maese Nicolás el Barbero, quando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse. Tu has dicho bien, dijo D. Quijote, y podrá llamarse el Bachillér Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio (como entrará sin duda), el pastor Sansonio, ó ya el pastor Carrascon: el Barbero Nicolás se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscán se llamó Nemoroso: al Cura no sé que nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamandole el pastor Curiambro; las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos es-

escoger sus nombres; y pues el de mi Señora quadra asi al de la pastora como al de Princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro, que mejor le venga: tu, Sancho, pondràs á la tuya el que quisieres. No pienso, respondió Sancho, ponerla otro sino, el de Teresona, que la vendrá bien con su gordura, y con el propio que tiene, pues se llama Teresa: y mas, que celebrandola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas agenas: el Cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo; y si quisiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma. Valame Dios, dijo D. Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo, qué de churumbelas han de llegar á nuestros oidos, qué de gaytas zamoranas, qué de tamborines, y que de sonajas, y qué de rabeles; pues qué si de estas diferencias de musica resuena la de los albogues, alli se verán casi todos los instrumentos pastorales. Qué son albogues, preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida? Albogues son, respondió D. Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azofar, que dando una con otra, por lo vacio y hueco, hace un son, si no muy agradable, ni harmonico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gayta y del tamborin; y este nombre albogues es morisco, como lo son todos aquellos

que en nuestra lengua Castellana comienzan en al : conviene á saber , almohaza , almorzar, alhombra , alguacil , alucema , almacen , alcancía , y otros semejantes , que deben ser pocos mas ; y solo tres tiene nuestra lengua que son moriscos . los quales acaban en i , y son borcegui , zaquizami , y maravedi : alhei y alfaqui tanto por el al primero , como por el i , en que acaban , son conocidos por Arabigos. Esto te he dicho de paso , por habermelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues ; y hanos de ayudar mucho á poner en perfeccion este ejercicio , el ser yo algun tanto Poeta , como tu sabes , y el serlo tambien en extremo el Bachiller Sanson Carrasco. Del Cura no digo nada , pero yo apostaré , que debe de tener sus puntas y collares de Poeta : y que las tenga tambien Maese Nicolás , no dudo en ello , porque todos ò los mas son guitarristas , y copleros ; yo me quejaré de ausencia , tu te alabarás de firme enamorado ; el pastor Carrascon desdeñado ; y el Cura Curiambro , de lo que él mas puede servirse ; y asi andará la cosa, que no haya mas que desear. A lo que respondió Sancho : Yo soy , Señor , tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal ejercicio me vea : ó qué polidas cucharas tengo de hacer quando pastor me vea , qué de migas, qué de natas , qué de guirnaldas , y qué de zarandajas pastoriles, que puesto que no me gran-

geen fama de discreto, no dejarán de grangearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato; pero guarda, que es de buen parecer, y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana, y volviese trasquilada; y tambien suelen andar los amores y los no buenos deseos por el campo, como por las ciudades, y por las pastorales chozas, como por los reales Palacios; y quitada la causa, se quita el pecado; y ojos que no ven, corazon que no quiebra; y mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dijo D. Quijote, pues qualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento, y muchas veces te he aconsejado, que no seas tan prodigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero pareceme que es predicar en desierto, y castigame mi madre, y yo trompogelas. Pareceme, respondió Sancho, que v. m. es como lo que dicen, dijo la sarten á la caldera, quitate allá ojinegra: estame reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensartalos v. m. de dos en dos. Mira, Sancho, respondió D. Quijote, yo traygo los refranes á proposito, y vienen, quando los digo, como anillo en el dedo; pero traeslos tu tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guias; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho, que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experien-

cia y especulacion de nuestros antiguos sabios, y el refrán que no viniese á proposito, antes es disparate que sentencia; pero dejemonos de esto, y pues ya viene la noche, retiremonos del camino real algun trecho, donde pasarémos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiraronse, cenaron tarde, y mal, bien contra la voluntad de Sancho, quien se le representaban las estrechezas de la Andante Caballeria, usadas en las selvas y en los montes si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, asi de D. Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho y de D. Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y asi pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

CAPITULO LXVIII.

De la Cerdosa aventura que le aconteciò à D. Quijote.

ERA la noche algo obscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la Señora Diana se va á pasear á los Antipodas, y deja los montes negros, y los valles obscuros. Cumplió D. Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo: bien al rebés de Sancho, que nunca tuvo segundo porque le duraba el sueño desde la no-

che hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados: los de Don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo: Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion; yo imagino que eres hecho de marmol ú duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno: yo velo quando tu duermes, yo lloro quando tu cantas, yo me desmayo de ayuno quando tu estás perezoso y desalentado de puro harto: de buenos criados es conllevar las penas de sus Señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera; mira la serenidad de esta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño; levantate por tu vida, y desviate algun trecho de aqui, y con buen animo y denuedo agradecido date trescientos ò quatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinéa; y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sè que los tienes pesados: despues que te hayas dado, pasarémos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tu tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no soy yo Religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante y discipline, ni menos me parece que del extremo

mo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la musica ; vuestra merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme , que me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de mis carnes. O alma endurecida ? ò escudero sin piedad ? ó pan mal empleado , mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso hacer ! Por mi te has visto Gobernador , y por mi te ves con esperanzas propinquas de ser Conde, ó tener otro titulo equivalente , y no tardará el cumplimiento de ellas mas de quanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras espero lucem.* No entiendo eso , replicó Sancho, solo entiendo , que en tanto que duermo, ni tengo temor ni esperanza , ni trabajo , ni gloria ; y bien haya el que inventó el sueño , capa que cubre todos los humanos pensamientos , manjar que quita la hambre , agua que ahuyenta la sed , fuego que calienta el frio , frio que templa el ardor; y finalmente , moneda general con que todas las cosas se compran ; balanza y peso que igualla al pastor con el Rey , y al simple con el discreto : solo una cosa tiene mala el sueño , segun he oido decir , y es , que se parece á la muerte , pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te he oido hablar , Sancho , dijo Don Quijote , tan elegantemente como agora , por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tu algunas

veces sueles decir: No con quien naces, sino con quien paces. Ah, pesia tal, replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á vuestra merced se le caen de la boca de dos en dos, mejor que á mi, sino que debe de haber entre los mios y los suyos esta diferencia, que los de vuestra merced vendrán á tiempo, y los mios á deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban quando sintieron un sordo estruendo, y un aspero ruido que por todos aquellos valles se estendia: levantòse en pie D. Quijote, y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio, poniendose á los lados el lio de las armas, y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado D. Quijote: de punto en punto iba creciendo el ruido, y llegandose cerca á los dos temerosos (á lo menos el uno) que el otro ya se sabe su valentia. Es, pues, el caso, que llevaban unos hombres á vender á una Feria mas de seiscientos puercos, con los quales caminaban á aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban, el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oidos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia: llegó de tropel la estendida y gruñidora pyara, y sin tener respeto á la autoridad de Don Quijote, ni á la de Sancho, pasaron por encima de los dos, deshaciendo

las

las trincheras de Sancho, y derribando no solo á D. Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante; el tropel, el gruñir y la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á D. Quijote: levantòse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciendole, que queria matar media docena de aquellos Señores y descomedidos puercos, qne ya habia conocido que lo eran. Don Quijote le dijo: dejalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado: y justo castigo del Cielo es, que un Caballero Andante vencido le coman ádivas, y le piquen abispas, y le hollen puercos. Tambien debe de ser castigo del Cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los Caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos, y les envista la hambre; si los escuderos fueramos hijos de los Caballeros á quien servimos; ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la quarta generacion; pero qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornemonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios, y medrarémos. Duerme tu, Sancho, respondió Don Quijote, que naciste para dormir, que yo que naci para velar, en el tiempo que falta de

aqui al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré un Madrigalete, que sin que tu lo sepas, anoche compuse en la memoria. A mi me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas, no deben de ser muchos: v. m. coplee quanto quisiere, que yo dormirè quanto pudiere, y luego tomando en el suelo todo quanto quiso, se acurrucó y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorvase. D. Quijote, arrimado á un tronco de una haya, ú de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el arbol que era) al son de sus mismos suspiros cantó de esta suerte:

¡Amor, quando yo pienso
En el mal que me das terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando asi acabar mi mal inmenso;
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegria siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso:
Asi el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida:
O condicion no oida,
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso de estos acompañaba con muchos

chos suspiros, y no pocas lagrimas, bien como aquel cuyo corazon tenian traspasado con el dolor del vencimiento, y con la ausencia de Dulcinéa. Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho, despertò, y esperezòse, sacudiendose, y estirandose los perezosos miembros: miró el destrozo que habian hecho los puercos en su reposteria, y maldijo la piara, y aun mas adelante. Finalmente, volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que ácia ellos venian hasta diez hombres de á acaballo, y quatro ó cinco de á pie: sobresaltóse el corazon de D. Quijote, y acercóse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba, traia lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse D. Quijote á Sancho, y dijole: Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta maquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado, pero podria ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á Don Quijote, y se las pusieron à las espaldas y pechos, amenazandole de muerte: uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca, en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demás de á pie, antecogiendo á Sancho y al rucio, y guardan-

dando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba Don Quijote, el qual dos ò tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó que querian? Pero apenas comenzaban á mover los labios, quando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, quando uno de los de á pie con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas quando oyeron que de quando en quando les decian: Caminad, trogolditas, callad, barbaros, pagad, antropofagos, no os quejeis, Scytas, ni abrais los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros, y otros, semejantes á estos, con que atormentaban los oidos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre si: Nosotros Tortolistas? nosotros barbaros ni estropajos? nosotros perritas, á quien dicen cita, cita? No me contentan nada estos nombres; á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto, como al perro los palos, y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba Don Quijote embelesado, sin poder atinar con quantos discursos hacia, qué serian aquellos nombres lle-

llenos de vituperios que les ponian, de los quales sacaba en limpio, no esperar ningun bien, y tener mucho mal. Llegaron en esto una hora casi de la noche á un Castillo, que bien conoció Don Quijote, que era el del Duque, donde habia poco que habian estado. Valgame Dios! dijo asi como conoció la estancia, y qué será esto? si, que en esta casa todo es cortesia y buen entendimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio priincipal del Castillo, y vieronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiracion, y les doblò el miedo, como se verá en el siguiente capitulo.

CAPITULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso de esta grande historia avino à D. Quijote.

APearonse los de á caballo, y junto con los de á pie, tomando en peso, y arrebatadamente á Sancho y á D. Quijote, los entraron en el palacio, al rededor de qual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones; por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de

la

la noche (que se mostraba algo obscura) no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un tumulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandisimo dosel de terciopelo negro, al rededor del qual, por sus gradas, ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata; encima del qual tumulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte: tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoriferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma: á un lado del patio estaba puesto un retrato, y en dos sillas sentados dos personas, que por tener coronas en las cabezas, y cetros en las manos, daban señales de ser algunos Reyes, ya verdaderos, ò ya fingidos: al lado de este teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las quales los que trajeron los presos, sentaron á D. Quijote, y á Sancho, todo esto callando, y dandoles á entender con señales á los dos, que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran callaran ellos; porque la admiracion de lo que estaban mirando los tenia atadas las lenguas: subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personages, que luego fueron co-

conocidos de D. Quijote ser el Duque y la Duquesa sus huespedes, los quales se sentaron en dos riquisimas sillas junto à los dos que parecian Reyes. Quién no se habia de admirar con esto, añadiendose á ello haber conocido D. Quijote, que el cuerpo muerto que estaba sobre el tumulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro se levantaron D. Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques les hicieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de través un ministro, y llegandose à Sancho, le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego; y quitandole la caperuza, le puso en la cabeza una coroza al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y dijole al oido, que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza, ó le quitarian la vida. Mirabase Sancho de arriba abajo, veiase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, ni los estima en dos ardires: quitóse la coroza, viola pintada de diablos, volviòsela á poner, diciendo entre sí: Aun bien, que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirabale tambien D. Quijote; y aunque el temor le tenia suspenso los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho: comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del tumulo un son sumiso, y agrada-

ble de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de si improvisa muestra, junto la almohada de él, al parecer cadaver, un hermoso mancebo vestido á lo Romano, que al son de una harpa que él mismo tocaba, cantó con suavisima y clara voz estas dos Estancias.

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de D. Quijote,
Y en tanto que en la Corte encantadora
Se vistieron las damas de picote,
Y en tanto que à sus dueñas mi señora
Vistiere de vayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia
Con mejor pelctro que el cantor de Tracia.
Y aun no sé la figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerto y fria en la boca
Pienso mover la voz á ti debida,
Libre mi alma de su estrecha toca,
Por ese estigio lago conducida
Celebrandote irá, y aquel sonido,
Haré parar las aguas del olvido.

No mas, diio á esta sazon uno de los dos que parecian Reyes; no mas, cantor divino, que seria proceder en infinito representarnos, aho-

ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama y en la pena, que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente; y asi, ó tu, Radamanto, que conmigo juzgas en las cabernas dobregas de Leteo, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado, acerca de volver en sí esta doncella, dilo, y declaralo luego, porque no se nos dilate el bien que en su nueva vuelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Minos, Juez y compañero de Radamanto, quando en levantandose en pie Radamento, dijo: Ea, Ministros de esta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro Sancho con veinte y quatro mamonas, y doce pellizcos, y seis alfilerazos, brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo qual Sancho Panza, rompió el silencio, y dijo: Voto á tal, asi me deje yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como volverme Moro. Cuerpo de mi, qué tiene que ver manosearme el rostro, con la resurreccion de esta doncella? Regostòse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinéa, y azotanme para que se desencante? Muerese Altisidora de males que Dios quiso darla, y hanla de resucitar hacerme á mi veinte y quatro mumonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acar-

denalarme los brazos con pellizcos? Esás burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus. Morirás, dijo en alta voz Radamanto; ablandate, tygre, humillate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades de este negocio: mamonado has de ser, acribillado te has de ver pellizcado has de gemir: Ea, digo, Ministros, cumplid mi mandamiento, si no, por la fe de hombre de bien, que habeis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto, que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion, unas tras otras, las quatro con anteojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas (como ahora se usa.) No las hubo visto Sancho, quando bramando como un toro, dijo: Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen dueñas, eso no: gateenme el rostro como hicieron á mi amo en este mismo Castillo: traspasenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenacenme los brazos con tenazas de fuego. que yo lo llevaré en paciencia por servir á estos Señores, pero que me toquen dueñas no lo consentirè, si me llevase el diablo. Rompió tambien el silencio Don Quijote, diciendo à Sancho: ten paciencia, hijo, y da gusto á estos Señores y muchas gracias al Cielo, por haber

ber puesto tal virtud en tu persona, que con el martyrio de ella desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, quando él mas blando y mas persuadido, poniendose bien en la silla, dió rostro y barba á la primera, la qual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesia, menos muda, Señora dueña, dijo Sancho, que por Dios, que traeis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente; todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fue el punzamiento de los alfileres, y asi se levantó de la silla, al parecer mohino; y asiendo de una hacha encendida, que junto á él estaba, diò tras las dueñas, y tras todos sus verdugos, diciendo: Afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios meritos. En esto Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado; visto lo qual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: Viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandò Radamanto á Sancho, que depusiera la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Asi como D. Quijote vió rebullir á Altisidora, se fue à poner de rodillas delante de Sancho, diciendole: Ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no Escudero mio, que te des algunos

de los azotes qué estás obligado á dar por el desencanto de Dulcinéa. Ahora digo, que es el tiempo donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera. A lo que respondió Sancho: Esto me parece Argado sobre Argado, y no miel sobre ojuelas, bueno seria, que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos, viniesen ahora los azotes; no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra atarmela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mi no pesaria mucho, si es que para curar los males agenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Dejenme, si no por Dios, que lo arroje, y lo eche todo á trece, aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el tumulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimias, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos que aclamaban: Viva Altisidora, Altisidora viva. Levantaronse los Duques, y los Reyes Minos y Radamanto, y todos juntos con D. Quijote y Sancho fueron á recibir á Altisidora, y á bajarla del tumulo; el qual haciendo de la desmayada, se inclinó á los Duques y á los Reyes; y mirando de través á D. Quijote, le dijo: Dios te lo perdone, desamorado Caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer mas de mil años: y á ti, ó el mas compasivo Escudero que tiene el orbe, te agradezco la vida que poseo; dispon

desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mas que te mando, para que hagas otras seis para ti, y si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho, con la coroza en las manos, y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque, que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque, que le dejase la ropa y mitra, que las queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que si dejarian, que ya sabia él quan grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á D. Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya sabian.

CAPITULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas para la claridad de esta Historia.

DUrmió Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de D. Quijote: cosa, que él quisiera escusarla, si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejaa dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar

mucho, porque los dolores de los martyrios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua; y vinierale mas á cuento dormir en una choza, solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero, y su sospecha tan cierta, que apenas hubo encontrado su Señor en el lecho, quando dijo: Qué te parece, Sancho, del suceso de esta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortiferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado. Murierase ella en hora buena quando quisiera, y como quisiera, respondió Sancho, y dejarame á mi en casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida; yo no sé, ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga que ver (como otra vez he dicho) con los martyrios de Sancho Panza. Ahora si que vengo á conocer diaria y distintamente, que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me se librar; con todo eso, suplico á vuestra merced me deje dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abajo. Duerme, Sancho, amigo, respondió D. Quijote,

si

si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recibidos, y las mamonas hechas. Ningun dolor, respondió Sancho, llegò á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa, que por haberlas hecho dueñas, que confundidas sean; y torno á suplicar á vuestra merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea asi, dijo D. Quijote, Dios te acompañe. Durmieronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, Autor de esta grande Historia, qué les movió à los Duques à levantar el edificio de la maquina referida, y dice, que habiendosele olvidado al Bachillér Sanson Carrasco, quando el Caballero de los Espejos fue vencido y derribado por D. Quijote, cuyo vencimiento y caida borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado: y asi informandose del page que llevò la carta y presente á Teresa Panza, muger de Sancho, adonde Don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca Luna, llevandolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo Escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de D. Quijote. Llegó, pues, al Castillo del Duque, que le informó el camino y derrota que D. Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas

tas de Zaragoza ; dijole asimismo las burlas que le habia hecho , con la traza del desencanto de Dulcinéa , que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho ; en fin , dióle cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dandole á entender que Dulcinéa estaba encantada y transformada en labradora , y como la Duquesa su muger habia dado á entender á Sancho , que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinéa : de que no poco se riò y admiró el Bachillér , considerando la agudeza y simplicidad de Sancho , como del extremo de la locura de D. Quijote. Pidiòle el Duque , que si le hallase , y le venciese ó no , se volviese por alli á darle cuenta del suceso. Hizolo asi el Bachillér: partiòse en su busca , no le halló en Zaragoza, pasò adelante , y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el Castillo del Duque , y contóselo todo , con las condiciones de la batalla , y que ya D. Quijote volvia á cumplir como buen Caballero Andante la palabra de retirarse un año en su Aldea,en el qual tiempo podia ser , dijo el Bachillér , que sanase de su locura , que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas transformaciones , por ser cosa de lastima que un hidalgo bien entendido como D. Quijote fuese loco. Con esto se despidió del Duque , y se volviò á su lugar, esperando en él á D. Quijote , que tras él venia.

nia. De aqui tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de D. Quijote: y haciendo tomar los caminos cerca y lejos del Castillo por todas las partes que imaginó que podria volver Don Quijote con muchos criados suyos de á pie y de acaballo, para que por fuerza ú de grado le trajesen al Castillo, si le hallasen. Hallaronle, dieron aviso al Duque, el qual ya prevenido de todo lo que habia de hacer, asi como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el tumulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia poca diferencia. Y dice mas Cide Hamete, que tiene para si ser tan locos los burladores como los burlados; y que no estaban los Duques dos dedos de parecer dos tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos: los quales, el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido, ni vencedor, jamás dieron gusto á Don Quijote. Altisidora (en la opinion de D. Quijote vuelta de muerte á vida) siguiendo el humor de sus Señores, coronada con la misma guirnalda que en el tumulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanca, sembrada de flo-

flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un baculo de negro y finisimo ebano, entrò en el aposento de D. Quijote, con cuya presencia turbado y confuso, se encogió y cubriò casi todo, con las sabanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesia ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera; y despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: Quando las mugeres principales, y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua, que rompa por todo inconveniente, dando noticia en publico de los secretos que su corazon encierra, en estrecho termino se hallan: yo, señor D. Quijote de la Mancha, soy una de estas, apretada, vencida y enamorada: pero con todo esto sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto, rebentó mi alma por mi silencio, y perdí la vida: dos dias ha que la consideracion del rigor con que me has tratado (ó mas duro que marmol á mis quejas empedernido Caballero!) he estado muerta, ó á lo menos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor, condoliendose de mi, depositó mi remedio en los martirios de este buen Escudero, allá me quedara en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciers: pero digame, señora,

ra asi el Cielo le acomode con otro mas blando amante que mi amo; qué es lo que vió en el otro mundo? qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero. La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debi de morir del todo, pues no entré en el infierno, que si allà entrára, una por una no pudiera salir de él aunque quisiera: la verdad es, que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con belonas guarnecidas con puntas de randas Flamencas, y con unas vueltas de lo mismo, que le servian de puños, con quatro dedos de brazos defuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las quales tenian unas palas de fuego, y lo que mas me admiró fue, que les servian en lugar de pelotas libros, al parecer, llenos de viento y de borra: cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto, como el ver, que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, alli en aquel juego todos gruñian, todos regañaban, y todos se maldecian. Eso no es maravilla, respondió Sancho; porque los diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen. Asi debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa que tambien me admira (quiero decir, me admiró entonces) y fue, que

al primer boleo no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez, y si menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla; á uno de ellos nuevo flamante y bien enquadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas, y esparcieron las hojas con gran furor por el ayre. Dijo un diablo á otro: Mirad qué libro es ese. Y el diablo le respondió: Esta es la segunda Parte de la Historia de D. Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete. su primer Autor, sino por un Aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitadmele de ahí; respondió el otro diablo, y metedmele en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de proposito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego, peloteando otros libros; y yo por haber oido nombrar á D. Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procurè, que se me quedase en la memoria esta vision. Vision debió de ser sin duda, dijo D. Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa Historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie: yo no me he alterado en oir que anda como cuerpo fantastico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa Historia trata: si ella fue-

re

re buena, fiel y verdadera, tendrà siglos de vida; pero si fuere mala, de su partó á la sepultura, no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quejarse de D. Quijote, quando la dijo D. Quijote: Muchas veces os he dicho, Señora, que á mi me pesa de que hayais colocado en mi vuestros pensamientos, pues de los mios antes pueden ser agradecidos, que remediados; yo nací para ser de Dulcinéa del Toboso, y los hados (si los hubiera) me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible: suficiente desengaño es este para que os retireis en los limites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo qual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: Vive el señor Don Vacallao, alma de almirez, cuesco de datil, mas terco y duro que villano rogado quando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos: pensais por ventura, don vencido y don molido à palos, que yo me he muerto por vos? todo lo que habeis visto en esta noche ha sido fingido, que no soy yo muger, que por semejantes camellos habia de dejar que me doliese un negro de la uña, quanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa; bien lo pueden ellos decir, pero

ha-

hacer, ˜crealo Judas. Estando en estas platicas entró el musico, cantor y Poeta que habia cantado las dos ya referidas estancias, el qual haciendo una gran reverencia á Don Quijote, dijo: Vuestra merced, Señor Caballero, me cuente y tenga en el numero de sus mayores servidores, porque ha muchos dias que le soy muy aficionado, asi por su fama, como por sus hazañas. Don Quijote le respondió: Vuestra merced me diga quién es, porque mi cortesia responda á sus merecimientos. El mozo respondió, que el musico y panegirico de la noche antes. Por cierto, replicò Don Quijote, vuestra merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fue muy á proposito, porque qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte de esta Señora? No se maraville vuestra merced de eso, respondió el musico, que ya entre los intensos Poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga à pelo su intento; y ya no hay necesidad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poetica. Responder quisiera Don Quijote, pero estorvaronlo el Duque, y la Duquesa, que entraron á verle, entre los quales pasaron una larga y dulce platica, en la qual dijo Sancho tantos donayres y tantas malicias, que dejaron de nuevo, admirados á los Duques, asi con su simplicidad, como con

su

su agudeza. D. Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia; pues á los vencidos Caballeros como él, mas le convenia habitar una zahurda, que no Reales Palacios, Dieronsela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntò, si quedaba en su gracia Altisidora. El respondiò: Señora mia, sepa V. Señoría, que todo el mal de esta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua, ella me ha dicho aqui que se usan randas en el infierno; pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos, no se menearán en su imaginacion la imagen, ò imagenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad este mi parecer, y este mi consejo. Y el mio añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto, que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores; por mi lo digo, pues mientras estoy cabando no me acuerdo de mi oislo, digo, de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos. Vos decis muy bien, Sancho, dijo la Duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aqui adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para que, señora, respondió Altisidora, usar de ese remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha

usado este malandrin mostrenco, me le borra-
rán de memoria, sin otro artificio algunos
y con licencia de vuestra grandeza me quie-
ro quitar de aqui, por no ver delante de mis
ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abo-
minable catadura. Eso me parece, dijo el Du-
que, á lo que suele decirse, porque aquel que
dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Al-
tisidora muestras de limpiarse las lagrimas con
un pañuelo, y haciendo reverencia á sus seño-
res, se salió del aposento. Mandote yo, dijo
Sancho, pobre doncella, mandote digo, ma-
la ventura pues las hás habido con un alma de
esparto, y con un corazon de encina: á fe que
si las hubieras conmigo, que otro gallo te can-
tara. Acabóse la platica, vistióse D. Quijote,
comió con los Duques, y partióse aquella tarde.

CAPITULO XLVI.

De lo que sucedió á Don Quijote con su Escudero Sancho yendo à su Aldea.

IBA el vencido y asenderado Don Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra: causaba su tristeza el vencimiento; y la alegria el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrupulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba Sancho nada alegre, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de dar-

le las camisas; y yendo y viniendo en esto, dijo á su amo: En verdad, señor, que soy el mas desgraciado Medico que se debe de hallar en el mundo, en el qual hay Physicos, que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el Boticario, y catalo cantusado; y á mi que la salud agena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite, pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias, que el Abad de donde canta yanta, y no quiero creer, que me haya dado el Cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bobilis, bobilis. Tu tienes razon, Sancho amigo, respondió D. Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y pues-to que en virtud es gratis data, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es, recibir martyrios en tu persona; de mi se decir, que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena, pero no se si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio de la medicina, con todo eso me parece que no se perderá nada en probarlo; mira Sancho, el que quieres, y azora-

tate luego, y pagate de contado ; y de tu propia mano, pues tienes tu dineros mios : á cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana ; y dijo á su amo. Ahora bien, Señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuestra merced en lo que desea, con provecho mio, que el amor de mis hijos y de mi muger me hace que me muestre interesado ; digame vuestra merced quanto me dará por cada azote que me diere? Si yo le hubiera de pagar, Sancho, respondiò D. Quijote, conforme lo que merece la grandeza y caridad de este remedio, el tesoro de Venecia, y las minas del Potosi fueran poco para pagarte ; toma tu el tiento á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil trescientos y tantos, de estos me he dado hasta cinco, quedan los demás ; entren entre los tantos estos cinco y vengamos á los tres mil y trescientos, que á quartillo cada uno, que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trescientos quartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cinquenta reales ; y los trescientos hacen ciento y cinquenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntandose á los setecientos y cinquenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Es-

tos desfalcaré yo de los que tengo de v. m. y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas, y no digo mas. O Sancho bendito! O Sancho amable! respondió D. Quijote, y quan obligados hemos de quedar Dulcinea, y yo á servirte todos los dias que el Cielo nos diere de vida, si ella vuelve al ser perdido, que no es posible sino que vuelva, su desdicha habrá sido dicha; y mi vencimiento felicisimo triunfo! y mira Sancho, quando quieres comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. Quando? replicó Sancho: esta noche sin falta procure vuestra merced que la tengamos en el campo al Cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de D. Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciendole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado; bien asi como acontece á los enamorados, que jamás ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente, se entraron entre unos amenos arboles, que poco desviados del camino estaban, donde dejando vacias la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerva y cenaron del repuesto de Sancho, el qual haciendo del cabestro y de la jaquima del rucio, un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. D. Quijote que le vió ir con denuedo, y con brio,

brio, le dijo: Mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden à otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad de ella te falte el aliento; quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al numero deseado; y porque no pierdas por carta de mas ni de menos, yo estaré desde aqui contando por este mi Rosario los azotes que te dieres: favorezcate el Cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la substancia de este milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzó á darse, y comenzó D. Quijote á contar los azotes. Hasta seis ó ocho se habria dado Sancho, quando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio de ella; y deteniendose un poco dijo á su amo, que se llamaba engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado à medio real, no á quartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo D. Quijote, que yo doblo la parada del precio. De ese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios y lluevan azotes; pero el socarron dejò de darselos en las espaldas, y daba en los arboles, con unos suspiros de quando en quando, que parecia que con cada uno de ellos se le arran-

caba el alma. Tierna la de Don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy aspera esta medicina; y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en una hora; mas de mil azotes: si yo no he contado mal, te has dado bastante por ahora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobre carga. No no señor, respondiò Sancho, no se ha de decir por mi, á dineros pagados, brazos quebrados, apartese vuestra merced otro poco, y dejeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos levadas de estas habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa. Pues tu te hallas con tan buena disposicion dijo D. Quijote, el Cielo te ayude, y pegate que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea, contando de nuevo, y que ya se habian quitado las cortezas á muchos arboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya dijo: Aqui morirá Sanson, y quantos con él son. Acudió D. Quijote luego al son de la lastimada voz, y del golpe del rigoroso azote, y asiendo del torcido cabestro, que le servia de corbacho á Sancho le dijo: No permita la suerte, Sancho, amigo, que por el gusto mio pierdas tu la vida,

da, que ha de servir para sustentar á tu muger y á tus hijos; espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los limites de la esperanza propinqua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues vuestra merced, señor mio lo quiere asi, respondió Sancho, sea en buen hora, y echeme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querria resfriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hizolo asi Don Quijote, y quedandose en pelota abrigó á Sancho, el qual se durmiò hasta que le despertó el Sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de alli estaba; apearonse en un meson, que por tal le reconoció Don Quijote, y no por Castillo de cabahonda; torres, rastrillos, y puente levadiza, que despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como agora se dirà: alojaronle en una sala baja, á quien servian de guardamaciles unas sargas viejas pintadas, como se usan en las aldeas: en una de ellas estaba pintado de malisima mano el robo de Elena, quando el huesped atrevido se la llevó á Menelao; y en otra estába la historia de Dido y Eneas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sabana al fugitivo huesped, que por el mar sobre una fragata ó bergantin se iba

iba huyendo. Notó en las dos historias, que Elena no iba de muy mala gana, porque se reia á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lagrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo qual D. Quijote dijo: Estas dos señoras fueron desdichadas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya; encontrara à aquestos señores, ni fuera abrasada Troya ni Cartago destruida, que con solo que yo matara á Paris, se escusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dijo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegon venta, ni meson, ò tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas, pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor, que el que ha pintado á estas. Tienes razon, Sancho, dijo D. Quijote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que quando le preguntaban que pintaba? Respondió, lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo, escribia debajo: *Este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. De esta manera me parece à mi Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor que sacó á luz la historia de este nuevo D. Quijote que ha salido, que pintò ó escribió lo que saliere; o habrá sido como un Poeta que anda los años pasados en la Corte, llamado Mauleon, el qual respondia de

de repente á quanto le preguntaban; y preguntandole uno, que queria decir *Deum de Deo?* Respondió: De donde diere. Pero dejando esto aparte, dime si piensas Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado, ó à Cielo abierto? Pardiez, Señor, respondió Sancho, que para los que yo pienso darme, lo mismo se me da en casa que en el campo, pero con todo eso queria que fuese entre arboles, que parece que me acompañan y me ayudan à llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser asi, Sancho, amigo, respondió D. Quijote, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que á lo mas tarde llegaremos allá despues de mañana. Sancho respondió, que hiciese su gusto; pero que el quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente, y quando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro; y á Dios rogando y con el mazo dando; y que mas valia un toma que dos te daré; y el pajaro en la mano que buitre volando. No mas refranes Sancho por un solo Dios, dijo Don Quijote, que parece que te vuelves al *sicut erat*, habla á lo llano, á lo liso, y no á lo intrincado como muchas veces te lo he dicho, y verás como te vale un pan por ciento. No se que mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no se decir razon sin refran, ni refran

Tecnológico de Monterrey

fran que no parezca razon; pero yo me enmendaré, si pudiere; y con esto cesó por entonces la platica.

CAPITULO LXXII.

De como D. Quijote y Sancho llegaron à su aldea.

TOdo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y meson Don Quijote y Sancho; el uno, para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin de ella, en el qual consistia el de sus deseos. Llegó en esto al meson un caminante á caballo, con tres ó quatro criados, uno de los quales dijo al que señor de ellos parecia: Aquí puede vuestra merced, señor D. Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto D. Quijote, le dijo á Sancho: Mira, Sancho, quando yo ojeé aquel libro de la segunda Parte de mi historia, me parece que de paso topé alli este nombre de D. Alvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho; dejemosle apear, que despues se lo preguntaremos. El Caballero se apeó, y frontero del aposento de D. Quijote la huespeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de D. Quijote. Pusose el re-

recien venido Caballero á lo verano; y saliendose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el qual se paseaba D. Quijote, le preguntó: Adónde buen camina vuestra merced, señor gentil-hombre? Y Don Quijote le respondió: A una aldea que está aqui cerca, de donde soy natural. Y vuestra merced donde camina? Yo señor, respondió el Caballero, voy á Granada, que es mi patria. Y buena Patria, replicó D. Quijote; pero digame vuestra merced por cortesia su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo mas de lo que buenamente podré decir. Mi nombre es D. Alvaro Tarfe, respondió el huesped. A lo que replicó D. Quijote: sin duda alguna pienso que vuestra merced debe de ser aquel D. Alvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de D. Quijote de la Mancha, recien impresa y dada á la luz del mundo por un Autor moderno. El mismo soy, replicó el Caballero; y el tal Don Quijote, sugeto principal de la tal historia, fue grandisimo amigo mio, y yo fui el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le moví á que viniese á unas justas á Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad en verdad, que le hice muchas amistades, y que le quité que le palmease el verdugo las espaldas, por ser demasiadamente atrevido. Y digame vuestra merced, señor D. Alvaro, parezco yo en algo á este tal D. Quijo-

jote que vuestra merced dice? No por cierto, respondió el huesped, en ninguna manera. Y ese Don Quijote, dijo el nuestro, traia consigo algun Escudero llamado Sancho Panza? Sigo traia, respondió D. Alvaro; y aunque tenia fama de muy gracioso; nunca le'oi decir gracia que la tuviese. Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazon Sancho, porque el decir gracias no es para todos; ese Sancho que vuestra merced dice, señor gentil hombre; debe de ser algun grandisimo bellaco, frion y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas, y si no, haga vuestra merced la experiencia, y andese tras de mi por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reir á quantos me escuchan; y el verdadero Don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente, y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huerfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por unica señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este Señor que está presente que es mi amo; todo qualquier otro Don Quijote y qualquier otro Sancho Panza, es buralria y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió D. Alvaro; porque mas gracias habeis dicho vos, amigo en quatro razones que habeis hablado, que el otro

San-

Sancho Panza en quantas yo le he oido habla que fueron muchas, mas tenia de comilon, qu de bien hablado, y mas de tonto, que de gra cioso, y tengo por sin duda que los encanta dores que persiguen á D. Quijote el bueno han querido perseguirme á mi con D. Quijote el malo, p ro no se qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en casa del Nuncio de Toledo para que le curen, y ahora remanece aqui otro D. Quijote, aunque bien diferente del mio. Yo, dijo D. Quijote, ro se si soy bueno, pero se decir, que no soy el malo; para prueba de lo qual quiero que sepa vuestra merced, mi señor D. Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza, que antes por haberme dicho que ese D. Quijote fantastico se habia hallado en las justas de esa Ciudad, no quise entrar yo en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira; y asi me pasé de claro á Barcelona, archivo de la corresia, alvergue de los Estrangeros, Hospital de los pobres, Patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades; y en sitio y en belleza unica; y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, lo llevo sin ella, solo por haberla visto. Finalmente, señor Don Alvaro Tarfe, yo soy D. Quijote: de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado

do que ha querido usurpar mi nombre, y honrarse con mis pensamientos: á vuestra merced suplico, por lo que debe á ser Caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el Alcalde de este lugar, de que vuestra merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el D. Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi Escudero es aquel que vuestra merced conoció. Eso haré yo de muy buena gana, respondió D. Alvaro, puesto que cause admiracion ver dos D. Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones; y vuelvo á decir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mi lo que ha pasado. Sin duda dijo Sancho, que vuestra merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso; y pluguiera al Cielo que estuviera su desencanto de vuestra merced en darme otros trescientos mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interès alguno. No entiendo eso de azotes, dijo D. Alvaro; y Sancho le respondió, que era largo de contar; pero que él se lo contaria si acaso iban un mismo camino. Llegòse en esto la hora de comer comieron juntos Don Quijote y Don Alvaro; entró en casa del Alcalde del pueblo en el meson, con el Escribano, ante el qual Alcalde pidió D. Quijote por una peticion de que á su re-

recho convenia, de que D. Alvaro Tarfe, aquel Caballero que alli estaba presente, declarase ante su merced, como no conocia á D. Quijote de la Mancha, que asimismo estaba alli presente, y que no era aquel que andaba impreso en una Historia intitulada: *Segunda parte de D. Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el Alcalde proveyó juridicamente, la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debian hacerse, con lo que quedaron D. Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostrára claro la diferencia de los dos D. Quijotes, y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras: muchas de cortesias y ofrecimientos pasaron entre Don Alvaro y Don Quijote, en las quales mostró el gran Manchego su discrecion, de modo, que desengañó á D. Alvaro Tarfe del error en que estaba, el qual se dió á entender, que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios D. Quijotes. Llegó la tarde, partieronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la Aldéa de D. Quijote, y el otro el que habia de llevar Don Alvaro. En este poco espacio le contó D. Quijote la desgracia de su vencimiento, el encanto y el remedio de Dulcinéa, que todo puso en nueva admiracion á

Don Alvaro, el qual abrazando á Don Quijote y á Sancho, siguió su camino, y Don Quijote el suyo, que aquella noche la pasò entre otros arboles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de las hayas, harto mas que de sus espaldas, que las guardò tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado D. Quijote uno solo golpe de la cuenta, y halló, que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de Don Alvaro, y de quan bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la Justicia, y tan autenticamente. Aquel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fue, que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó, D. Quijote contento sobre modo, y esperaba el dia, por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinéa su Señora; y siguiendo su camino, no topaba muger ninguna, que no iba á reconocer si era Dulcinéa del Toboso, teniendo por infalible, no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la qual descubrieron su Aldea, la qual vista de Sancho, se hincó de rodillas, y dijo:

Abre

Ábre los ojos, deseada Patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza tu hijo, sino muy rico, muy bien azotado; abre los brazos, y recibe tambien á tu hijo D. Quijote, que si viene vencido de los brazos agenos, viene vencedor de si mismo, que segun él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede; dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba. Dejate de esas sandeces (dijo D. Quijote) y vamos en pie derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron á su pueblo.

Tecnológico de Monterrey

CAPITULO LXXIII.

De los agueros que tuvo D. Quijote al entrar en su Aldéa, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande Historia.

A La entrada del qual, segun dice Cide Hamete, vió Don Quijote que en las heras del lugar estaban riñendo dos muchachos; y el uno dijo al otro: No te canses Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo D. Quijote, y dijo á Sancho: No adviertes, amigo, lo que aquel mucha-

chacho ha dicho: No la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues bien, qué importa que haya dicho eso el muchacho? Que? respondió Don Quijote, no vés tú, que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar, que no tengo de ver mas á Dulcinéa? Queriale responder Sancho, quando se lo estorvo ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre, seguida de muchos galgos y cazadores: la qual temerosa se vino á acoger y á agazapar debajo de los pies del Rucio: cogióla Sancho á mano salva, y presentóla á D. Quijote, el qual estaba diciendo: *Malum signum, malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinèa no parece. Estraño es vuestra merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinéa del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores, que la transformaron en la labradora, ella huye, y yo la cojo, y la pongo en poder de vuestra merced, que la tiene en sus brazos, y la regala; qué mala señal es esta, ni qué mal aguero se puede tomar de aqui? Los dos muchachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre; y al uno de ellos preguntó Sancho, que por qué reñian? Y fuele respondido, por el que le habia dicho, no la verás mas en toda tu vida, que él habia tomado al otro muchacho una jaula de grillos, la qual no pensaba volversela en toda

su vida. Sacó Sancho quatro quartos de la faltriquera, y dióselos al muchacho por la jaula, y pusosela en las manos á D. Quijote, diciendo: He aqui, Señor, rompidos, y desvaratados estos agueros, que no tienen que ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño: y si no me acuerdo mal, he oido decir al Cura de nuestro Pueblo, que no es de personas Christianas ni discretas mirar en estas niñerias; y ann vuestra merced me lo dijo los dias pasados, dandome á entender, que eran tontos todos aquellos Christianos que miraban en agueros; y no es menester hacer hincapie en esto, sino pasemos adelante, y entremos en nuestra Aldéa. Llegaron los cazadores, pidieron su libre, y diósela D. Quijote; pasaron adelante, y á la entrada del Pueblo toparon en un pradillo rezando al Cura y al Bachillér Carrasco; y es de saber, que Sancho habia echado sobre el Rucio, y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la tunica de bocaci pintada de llamas de fuego que le vistieron en el Castillo del Duque la noche que volvió en si Altisidora; acomodóle tambien la coroza en la cabeza, que fue la mas nueva transformacion y adorno con que se vió jamás iumento en el mundo: fueron luego conocidos los dos del Cura y el Bachillér, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse

Don

Don Quijote, y abrazóles estrechamente; y los muchachos, que son linces no escusados, divisaron la coroza del jumento, y acudieron á verle, y decian unos á otros: Venid muchachos, y vereis el asno de Sancho mas galan que Mingo, y la bestia de D. Quijote mas flaca hoy que el primer dia. Finalmente, rodeados de muchachos, y acompañados del Cura y del Bachillér, entraron en el Pueblo, y se fueron á casa de D. Quijote, y hallaron á la puerta de ella al ama y á la sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida; ni mas ni menos se las habian dado á Teresa Panza, muger de Sancho, la qual desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido; y viendole no tan bien deliñado como ella se pensaba que habia de estar un Gobernador, le dijo: Cómo venis asi, marido mio, que me parece que venis á pie y despeado, y mas traeis semejanza de desgobernado, que de Gobernador? Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces, donde hay estacas, no hay tocinos: y vamonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas; dineros traygo, que es lo que importa, ganados por mi industria, y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aqui ó por alli, que como quiera que los hayais ganado, no habreis hecho usanza nueva en el mun-

mundo. Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traia algo, que le estaba esperando como el agua de Mayo; y asiendole de un lado del cinto, y su muger de la mano, tirando su hija al Rucio, se fueron á su casa, dejando á D. Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañia del Cura y del Bachillér. D. Quijote, sin guardar terminos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el Bachillér y el Cura, y en breves razones les contò su vencimiento, y la obligacion en que habia quedado de no salir de su Aldéa en un año, la qual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un atomo, bien asi como Caballero Andante, obligado por la puntualidad y Orden de la Andante Caballeria; y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podia dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitandose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraria ovejas y ganado fuficiente, que les diese nombre de pastores: y que les hacia saber, que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque los tenia puestos los nombres, que les vendrian como de molde. Dijole el Cura, que los di-

dijese. Respondió D. Quijote, que él se ha-
bia de llamar el pastor Quijotiz, y el Bachi-
llér, el pastor Carrascon, y el Cura, el pas-
tor Curiambro, y Sancho Panza, el pastor
Pancino. Pasmaronse los dos de ver la nueva
locura de D. Quijote; pero porque no se les
fuese otra vez del pueblo á sus Caballerias, es-
perando, que en aquel año podria ser curado,
condescendieron con su nueva intencion, y apro-
baron por discreta su locura, ofrecieronsele
por compañeros en su ejercicio; y mas, dijo
Sanson Carrasco, que como ya todo el mun-
do sabe, yo soy celeberrimo Poeta, y á cada
paso compondré versos pastoriles ó cortesa-
nos, ò como mas viniere á cuento, para
que nos entretengamos por esos andurriales,
donde habemos de andar: y lo que mas es me-
nester, señores mios, es, que cada uno es-
coja el nombre de la pastora que piensa ce-
lebrar en sus versos, y que no dejemos arbol,
por duro que sea, donde no lo rotule y grave
su nombre, como es uso y costumbre de los
enamorados pastores. Eso está de molde, res-
pondió D. Quijote, puesto que yo estoy li-
bre de buscar nombre de pastora fingida, pues
está ahí la sin par Dulcinéa del Toboso, gloria
de estas riberas, adorno de estos prados, sus-
tento de la hermosura, nata de los donayres;
y finalmente, sugeto sobre quien puede asen-
tar bien toda alabanza, por hyperboles que sea.

Asi

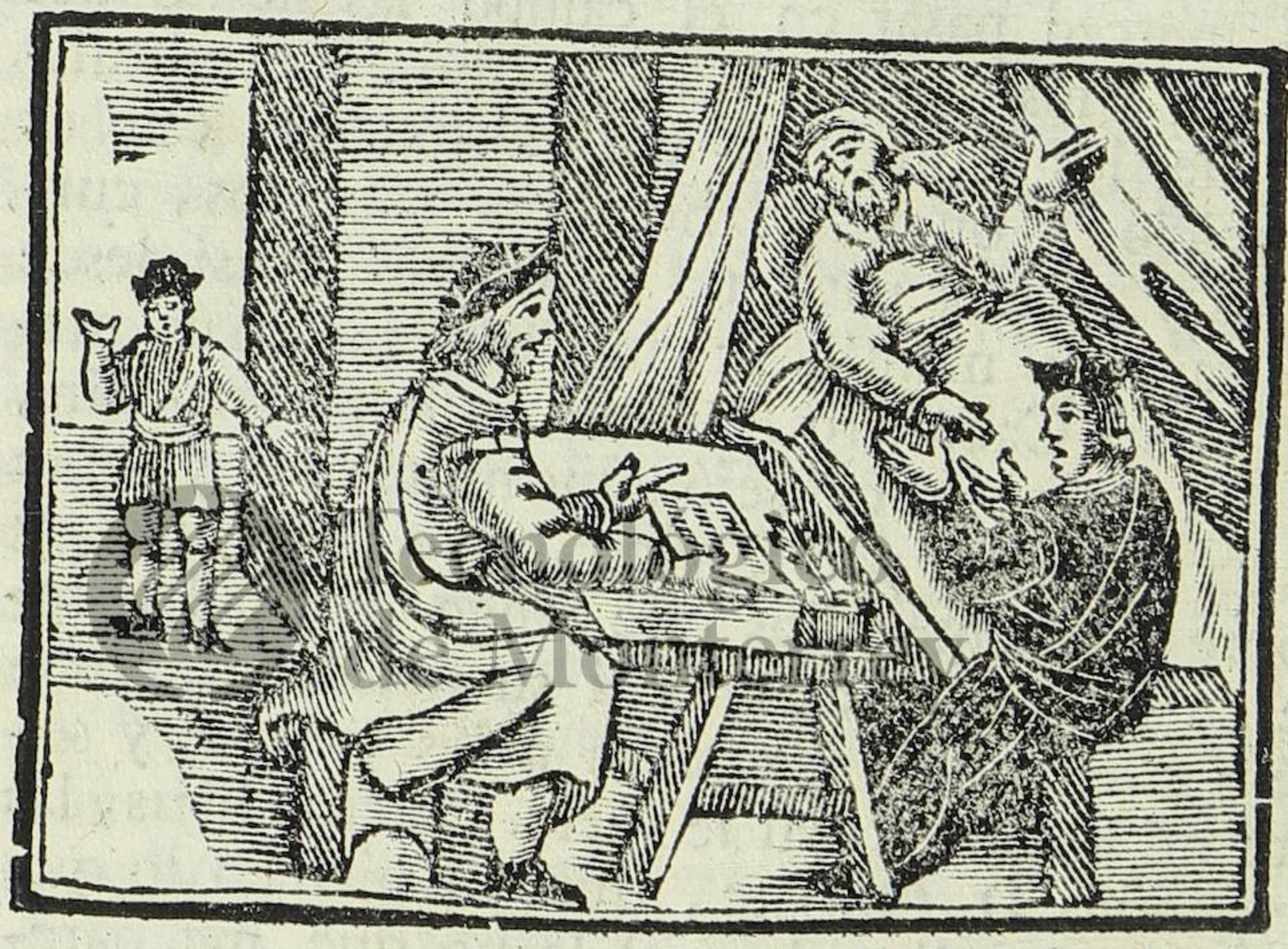
'Asi es verdad, dijo el Cura; 'pero nosotros buscarémos por ahi pastoras mañeruelas, que si no nos quadraren, nos esquinen. A lo que añadiò Sanson Carrasco: Y quando faltare, darémosles los nombres de las estampadas é impresas, de quien està lleno el mundo, Filidas, Amarilis, Dianas, Fleridas, Galateas, y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos compiar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, (ó por mejor decir mi pastora) por ventura se llamare Ana, la celebrare debajo del nombre de Anarda; y si Francisca, la llamaré yo Francenia; y si Lucia, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradia, podrà celebrar á su muger Teresa Panza con nombre de Teresayna. Rióse D. Quijote de la aplicion del nombre, y el Cura le alabó infinito su honesta y honrada res lucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañia todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron de él, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, y con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la platica de los tres, y asi que se fueron, se entraron entrambas con Don Quijote, y la sobrina le dijo: Qué es esto, Señor tio? ahora que pensabamos nosotras que vuestra merced volvia á reducirse en su casa, y pasar en ella una

una vida quieta y honrada, se quiere meter, en nuevos laberintos, haciendose pastorcillo, tu que vienes, pastorcito, tu que vas? pues en verdad que está yá duro el alcacér para zamponas. A lo que añadió el ama: Y podrá vuestra merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, y el ahullido de los lobos? no por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio, casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser Caballero Andante, que pastor. Mire, Señor, tomé mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estese en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi anima si mal le fuere. Callad, hijas, las respondió D. Quijote, que yo sé bien lo que me cumple; llevadme al lecho que me parece que no estoy muy bueno, y tener por cierto, que ahora sea Caballero Andante ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubieredes menester, como lo vereis por la obra; y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer, y regalaron lo posible.

CA-

CAPITULO LXXIV.

De como D. Quijote cayó malo, y del Testamento que hizo, y su muerte.



COmo las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios, hasta llegar á su ultimo fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de D. Quijote no tuviese peligro del Cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento, quando el menos lo pensaba, porque ó ya fuese de la melancolia que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del Cielo, que asi lo ordenaba, se le ra-

arraygó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los quales fue visitado muchas veces del Cura, Bachillér y Barbero, sus amigos, sin quitarsele de la cabecera Sancho su buen escudero. Estos (creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo, en la libertad y desencanto de Dulcinéa, le tenia de aquella suerte) por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciendole el Bachillér, que se animase y levantase, para comenzar su pastoral ejercicio, para el qual tenia ya compuesta una Egloga, que mal año para quantas Sanazaro habia compuesto, y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado; el uno llamado Barcino, y el otro Butrón, que se los habia vendido un Ganadero del Quintanar: pero no por eso dejaba D. Quijote sus tristezas: llamaron sus amigos al Medico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo, que por si ó por no atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo D. Quijote con animo sosegado; pero no lo oyeron asi su ama, su sobrina y su Escudero, los quales comenzaron à llorar tan tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del Medico, que melancolias y desabrimientos le acababan. Rogó D. Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco. Hicieronlo asi,

y

durmió de un tiron (como dicen) mas de seis horas, tanto, que pensaron el ama y la sobrina, que se habia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo: Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho: en fin, sus misericordias no tienen limite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tio, y parecieron mas concertadas que él solia decirlas, á lo menos en aquella enfermedad; y preguntóle, qué es lo que vuestra merced dice, Señor? tenemos algo de nuevo? qué misericordias son estas, ó qué pecados de los hombres? Las misericordias, respondiò D. Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados; yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las Caballerias: ya conozco sus disparates y embeleco, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros, que sean luz del alma: yo me siento, sobrina, á punto de muerte, querria hacerla de tal modo, que diese á entender, que no habia sido mi vida tan mala, que dejase re nombre de loco, que puesto que lo he sido,

y no querria confirmar esta verdad en mi muerte: llamame, amiga á mis buenos amigos, al Cura, al Bachillér Sanson Carrasco, y á Maese Nicolás el Barbero, que quiero confesarme, y hacer mi Testamento; pero de este trabajo se escusò la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quijote, quando dijo: Dadme albricias, buenos Señores, de que yo ya no soy D. Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadìs de Gaula, y de toda la infinita caterva de su linage; ya me son odiosas todas las Historias profanas de la Andante Caballeria: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leido; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino. Quando esto le oyeron decir los tres creyeron sin duda: que alguna nueva locura le habia tomado. Y Sanson le dijo: Ahora, señor D. Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la Señora Dulcinéa, sale vuestra merced con eso? y ahora que estamos tan apique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos Principes, quiere vuestra merced hacerse Ermitaño? Calle por su vida, vuelva en si, y dejese de cuentos. Los de hasta aqui, replicó D. Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del Cielo, en mi provecho.

cho. Yo, Señores, siento que me voy murien-
do á toda priesa, dejense burlas aparte, y
trayganme un Confesor, que me confiese, y
un Escribano que haga mi testamento, que en
tales trances como este no se ha de burlar un
hombre con el alma; y asi suplico, que en
tanto que el Señor Cura me confiesa, vayan
por el Escribano. Miraronse unos á otros, ad-
mirados de las razones de Don Quijote, y
aunque en duda, le quisieron creer; y una de
las señales por donde congeturaron se moria,
fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco
á cuerdo: porque á las ya dichas razones aña-
dió otras muchas tan bien dichas, tan chris-
tianas, y con tanto concierto, que del todo les
vino á quitar la duda, y á creer, que estaba
cuerdo: hizo salir á la gente el Cura, y que-
dòse solo con él, y confesóle. El Bachillér fue
por el Escribano, y de allí á poco volvió con
él y con Sancho Panza; el qual Sancho (que
ya sabia por nuevas del Bachillér en qué es-
tado estaba su señor, hallando á la ama y á
la sobrina llorosas) comenzó á hacer pucheros,
y á derramar lagrimas. Acabòse la Confesion,
y salió el Cura diciendo: Verdaderamente
se muere, y verdaderamente está cuerdo
Alonso Quijano el Bueno; bien podemos en-
trar para que haga su testamento. Estas nue-
vas dieron un terrible empujon á los ojos preña-
dos de ama, sobrina y de Sancho Panza su

buen

buen Escudero, de tal manera, que los hizo rebentar las lagrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho, porque verdaderamente (como alguna vez se ha dicho) en tanto que D. Quijote fue Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fue D. Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condicion, y de agradable trato; y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos quantos le conocian. Entró el Escribano con los demás, y despues de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma D. Quijote con todas aquellas circunstancias christianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo: Item es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Panza (á quien en mi locura hice mi Escudero) tiene, que porque ha habido entre él y mi ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo de ellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno, despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si como estando yo loco fui parte para darle el Gobierno de la Insula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un Reyno, se le diera, porque la sencilléz de su condicion, y fidelidad de su trato lo merece; y volviendose á Sancho, le dijo: Perdoname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo,

yo, haciendoté caer en el error en que yo he caido, de que hubo y hay Caballeros Andantes en el mundo. Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuestra merced, Señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida, es dejarse morir, sin mas ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben, que las de la melancolia: mire no sea perezoso, sino levantese de esa cama, y vamonos al campo, vestidos de pastores (como tenemos concertado) quizás tras de alguna mata hallaremos á la Señora Dulcinea desencantada, que no hay mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, echeme á mi la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: quanto mas que vuestra merced habrá visto en sus libros de Caballerias ser cosa ordinaria derribarse unos Caballeros á otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana. Asi es, dijo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad de estos casos. Señores, dijo Don Quijote, vamonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño, no hay pajaros ogaño; yo fui loco, y yo soy cuerdo: fui D. Quijote de la Mancha, y soy ahora como (he dicho) Alonso Quijano el Bueno; pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mi se tenia, y pro-

si-

siga adelante el señor Escribano. Item mando toda mi hacienda, á puerta cerrada, á Antonia Quijana mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo mas bien parado de ella lo que fuere menester para cumplir las mandas, que dejo hechas, y la primera satisfaccion que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dejo por mis Albaceas al señor Cura y al señor Bachiller Sanson Carrasco, que están presentes. Item es mi voluntad, que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion, que no sepa que cosa sean libros de Caballerias; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiese casarse con él, y se casare, pierda todo lo que la he mandado, lo qual pueden mis Albaceas distribuir en obras pias á su voluntad. Item suplico á los dichos mis Albaceas, que si la buena suerte les trajere á conocer al Autor, que dicen que compuso una Historia, que anda por ahí, con el titulo de la *Segunda Parte de las Hazañas de D. Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, quan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion, que yo sin pensarlo, le di, de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto de esta vida con es-

crupulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el testamento, y tomandole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotaronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres dias que vivió despues de este donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo: andaba la casa alborotada pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho, que esto del heredar algo, borra, ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razon que deje el muerto. En fin llegó el ultimo de D. Quijote, despues de recibidos todos los Sacramentos; y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de Caballerias, hallóse el Escribano presente, y dijo: Que nunca habia leido en ningun libro de Caballerias, que algun Caballero Andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan Christiano como D. Quijote. El qual entre compasiones y lagrimas de los que alli se hallaron, dió su espiritu (quiero decir, que se murió.) Viendo lo qual el Cura, pidió al Escribano le diese por testimonio, como Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente D. Quijote de la Mancha hábia pasado de esta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia, para quitar la ocasion de que algun otro Autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, é hiciese in-

acabables Historias de sus hazañas. Este fin, tuvo el ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí, por ahijarsele, y tenerse por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homéro. Dejanse de por aqui los llantos de Sancho, sobrina y ama de D. Quijote, y los nuevos Epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este:

Yace aqui el Hidalgo fuerte,
Que á tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte,
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco,
Fue el espantajo y el coco
Del mundo, en tal coyuntura,
Que acrediró su ventura.
Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentisimo Cide Hamete dijo á su pluma: Aqui quedarás colgada de esta espetera y de este hilo de alhambre, ni se si bien cortada ó mal tajada. Peñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines Historiadores no te descuelgan para profanarte; pero antes que á ti lleguen, les

puedes advertid y decirlos, en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada,
Porque esta empresa, buen Rey,
Para mi estaba guardada.

Para mi sola nació D. Quijote, y yo para él: èl supo obrar, y yo escribir; solo los dos somos para uno, á despecho y pesar del Escritor fingido y Tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de abestruz, grosera y mal deliñada, las hazañas de mi valeroso Caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás (si llegas á conocerle) que deje reposar en la sepultura á los cansados y ya podridos huesos de D. Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, á Castilla la Vieja, haciendole salir de la fuesa, donde real, y verdaderamente yace rendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos Andantes Caballeros, bastan las dos, que él hizo, tan á gusto y beneplacito de las gentes, á cuya noticia llegaron, asi en estos como en los estraños Reynos; y con esto cumplirás con tu christiana profesion,

acon-

aconsejando bien á quien mal te quiere ; y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus Escritos eternamente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas Historias de los libros de Caballerias, que por las de mi verdadero D. Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. VALE.

Tecnológico de Monterrey

FIN.

TABLA.

De los capitulos del tomo quarto de D. Quijote de la Mancha.

CAP. 41. De la venida del Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura, pag. 1.

Cap. 42. De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza antes que fuese à gobernar la Insula, con otras cosas considerables, pag. 17.

Cap. 43. De los consejos segundos que dió D. Quijote á Sancho Panza, pag. 25.

Cap. 44. Como Sancho Panza fue llevado al Gobierno; y de la estraña aventura que en el Castillo sucedió á Don Quijote, pag. 43.

Cap. 45. De como el gran Sancho Panza tomó posesion de su Insula, y del modo que comenzó á gobernar, pag. 49.

Cap. 46. Del temeroso espanto cencerril, y gatuno, que recibió Don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora, pag. 61.

Cap. 47. Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en el Gobierno, pag. 69.

Cap. 48. De lo que sucedió á D. Quijote con Doña Rodriguez la Dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna, pag. 82.

Cap. 49. De lo que sucedió á Sancho Panza ron-

rondando su Insula, pag. 95.
Cap. 50. Donde se declara quien fueron los encantadores verdugos que azotaron á la Dueña, y pellizcaron y arañaron á D. Quijote, con el suceso que tuvo el Page, que llevó la carta á Teresa Panza, muger de Sancho Panza, pag. 113.
Cap. 51. del progreso del Gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos, pag. 126.
Cap. 52. Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, ó Angustiada, por otro nombre Doña Rodriguez, pag. 140.

LIBRO OCTAVO.

Cap. 53. Del fatigado fin y remate, que tuvo el Gobierno de Sancho Panza, pag. 152.
Cap. 54. Que trata de las cosas tocantes á esta Historia y no á otra alguna, pag. 162.
Cap. 55. De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras, que no hay mas que ver, pag. 174.
Cap. 56. De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre D. Quijote de la Mancha y el Lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la Dueña Doña Rodriguéz, pag. 185.
Cap. 57. De como D. Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedio con la discreta y desenvuelta Altisidora, Doncella de la Duquesa, pag. 193.

Cap.

Cap. 58. De como menudearon sobre D. Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras, pag. 199.
Cap. 59. Donde se da cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á D. Quijote, pag. 218.
Cap. 60. De lo que le sucediò á D. Quijote yendo à Barcelona, pag. 230.
Cap. 61. De lo que le sucedió à D. Quijote, en la entrada de Barcelona, con otras, que tienen mas de lo verdadero, que de lo discreto, pag. 250.
Cap. 62. De la aventura de la Cabeza encantada; con otras niñerias, que no pueden dejar de contarse, pag. 255.
Cap. 63. De lo mal que le avino á Sancho Panza con la vista de las Galeras; y la nueva aventura de la hermosa Morisca, pag. 274.
Cap. 64. De la aventura, que mas pesadumbre dió á D. Quijote de quantas hasta entonces le habian sucedido, pag. 290.
Cap. 65. Donde se da noticia quien era el Caballero de la Blanca Luna, con la libertad de D. Gregorio, y de otros sucesos, pag. 298.
Cap. 66. De lo que verà el que lo leyere, ò lo oirá el que lo escuchare leer, pag. 307.
Cap. 67. De la resolucion que tomó D. Quijote de hacerse pastor, y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos, en verdad gus-

to-

tosos y buenos, pag. 315.
Cap. 68. De la cerdosa aventura que le aconteció á D. Quijote, pag. 323.
Cap. 69. Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso de esta grande Historia avino á D. Quijote, pag. 331.
Cap. 70. Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas, para la claridad de esta Historia, pag. 339.
Cap. 71. De lo que á D. Quijote le sucedió con su Escudero Sancho yendo á su Aldea, pag. 351.
Cap. 72. De como D. Quijote y Sancho llegaron á su aldea, pag. 360.
Cap. 73. De los agueros que tuvo D. Quijote al entrar en su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande Historia, pag. 368.
Cap. 74. De como D. Quijote cayó malo, del Testamento que hizo, y su muerte, pag. 376.

SUR-

SURTIDO

DE LOS LIBROS QUE SE HALLAN impresos por Don Manuel Martin, Impresor en esta corte.

Libros en quarto.

LAS Obras del V. P. M. Fr. Luis de Granada, del Orden de Santo Domingo, su Vida, escrita por el Licenciado Luis Muñoz: nueva impresion en nueve tomos en quarto de marquilla, arreglada á las antiguas, y la mas fiel y correcta de quantas hasta ahora se han hecho.

Reelecciones del M. R. P. M. Fr. Francisco Victoria, del Orden de Santo Domingo.

Yepes Vida de Santa Theresa, dos tomos.

Heinecii Elementa Jur. Nat. et Gentiunm.

Idem su Historia.

Theologia del Santo Rosario.

Trabajos de Maria Santisima.

Filosofia de Ferrari, en tres tomos.

Coleccion de quarenta Historias sagradas, y profanas de los mas célebres Heroes del mundo. y sucesos memorables del Orbe, en dos tomos, y se venden sueltas.

Tertulias de la Aldea, y Miscelanea curiosa de sucesos notables, aventuras divertidas, y chistes graciosos, para entretenerse las noches del invierno y del verano, y tambien se dan sueltas.

Guia

Guia de Pecadores de Fr. Luis de Granada.
Las Obras de Lodovico Blosio, en quatro tomos:
La Vida de S. Antonio de Padua.
Vida de S. Antonio Abad.
La Monarquia Hebrea en dos tomos.
Vida de S. Vicente Ferrer.
Marquez, el Gobernador Christiano, en dos tomos.
Diferencia entre lo temporal y eterno, con estampas, y sin ellas.
Hechos, y Escritos del Clero secular.
Sermones del Padre Gallo.
La Regla de las Costumbres contra las falsas Maximas.
Un papel, Azote del Cortejo.
Sermon traducido del Francés, predicado en París á las Honras del Cardenal Fleury.
Idem otro Predicado á las Honras del Padre Garcés.
Papel sobre la Amputacion de los Miembros.
Instruccion Sólida para los Ministros de Estado.

Libros en Octavo.

El Concilio.
El Virgilio.
El Ovidio.
El Cejudo.
Quinto Curcio.

Oracion y meditacion para los siete dias de la Semana.

Oraciones varias para los dias de la semana de dicho Fr. Luis.

Exercicio quotidiano, con diferentes devociones, y oraciones para antes, y despues de la Confesion, y sagrada Comunion, en letra bastante crecida, añadido el Exercicio Christiano, oraciones para el santo Sacrificio de la Misa, con Estampas: y de este tamaño le hay con laminas finas; y asimismo le hay en dozavo.

Conversaciones Familiares de Madama Beaumont, en dos tomos.

Almacen, ó Biblioteca completa de los Niños por la misma Autora, en quatro tomos.

Breve Memorial de los pecados.

Nueva Jerusalen Maria, Poema heroyco: fundase en los doce precisos cimientos de la Mystica Ciudad la Vida y excelencias de la Virgen.

Platicas Doctrinales de Leal.

Platiquillas de Valerio.

Las de Lara.

Explicacion del libro quarto y quinto.

Generos de Olarte.

Oraciones del dicho.

Estado Sagrado, Chronologico, Genealogico, y Universal del mundo, desde su creacion hasta los presentes siglos, en doce tomos.

Puer-

Puerta Franca del Cielo.
Discurso politico sobre el establecimiento de los Hospicios en España.
Secretos de Naturaleza.
Escala de S. Juan Climaco.
El Hombre perfecto de Guerra.
Caton Christiano.
La Vida devota de S. Francisco de Sales.
Vida de Santa Rosalia.
Escuela de mugeres.
El Devoto Peregrino.
El Belarmino.
Arte de Nebrija.
Arte de Cocina.
Metodo breve de ajustar cuentas para alivio de Contadores, Tesoreros, y otras personas.
Gritos del Purgatorio.
Gritos del Infierno,
Carta Pastoral del Señor Valero.

Libros en dozavo.

El Kempis, traducido por Fr. Luis de Granada, con quatro laminas finas.
Breves Meditaciones sobre los Novisimos, repartidas por los dias del mes, con la regla para bien vivir.
Semana Santa de Fr. Luis de Granada, en marquilla con doce laminas.
Cathecismo de la Doctrina Christiana, segun

la

la enseñan los Padres de las Escuelas Pias.

Pasto del alma sobre los mysterios de la Pasion de Christo, con estampas.

El Hijo prodigo. Y del mismo Autor, Espiritual medicina, y antidoto de la culpa mortal.

Manual Christiano, que comprehende el Ofrecimiento del Rosario, el Via Crucis, la Novena de S. Antonio, la de S. Josef, con su Septenario, la Novena de Maria Santisima Dolorosa, y la de las benditas Animas.

Promptuario espiritual.

Fabulas de Esopo.

El Niño educado.

Camino Real del Cielo.

Libros en dies y seis.

Ramillete de divinas flores.

Jardin florido del alma.

El Via Crucis, y el librito del Rosario.

La Novena, y Septenario de S. Josef.

La Novena de S. Roque.

La Novena de S. Antonio.

La Novena de los Dolores.

Guia del Cielo, y llave de oro.

Cathecismo de la Doctrina Christiana.

Cinco modos de ayudar á Misa.

Los santos Evangelios.

Tecnológico de Monterrey

Tecnológico
de Monterrey

Patrimonio Cultural

30002007656515

http://biblioteca.mty.itesm.mx

Tecnológico
de Monterrey

Tecnológico
de Monterrey

Tecnológico
de Monterrey

TION

QUIXOTE

863.3
C4197
20
1777-78
v.4

Colección
Carlos Prieto

Tecnológico
de Monterrey

Tecnológico de Monterrey